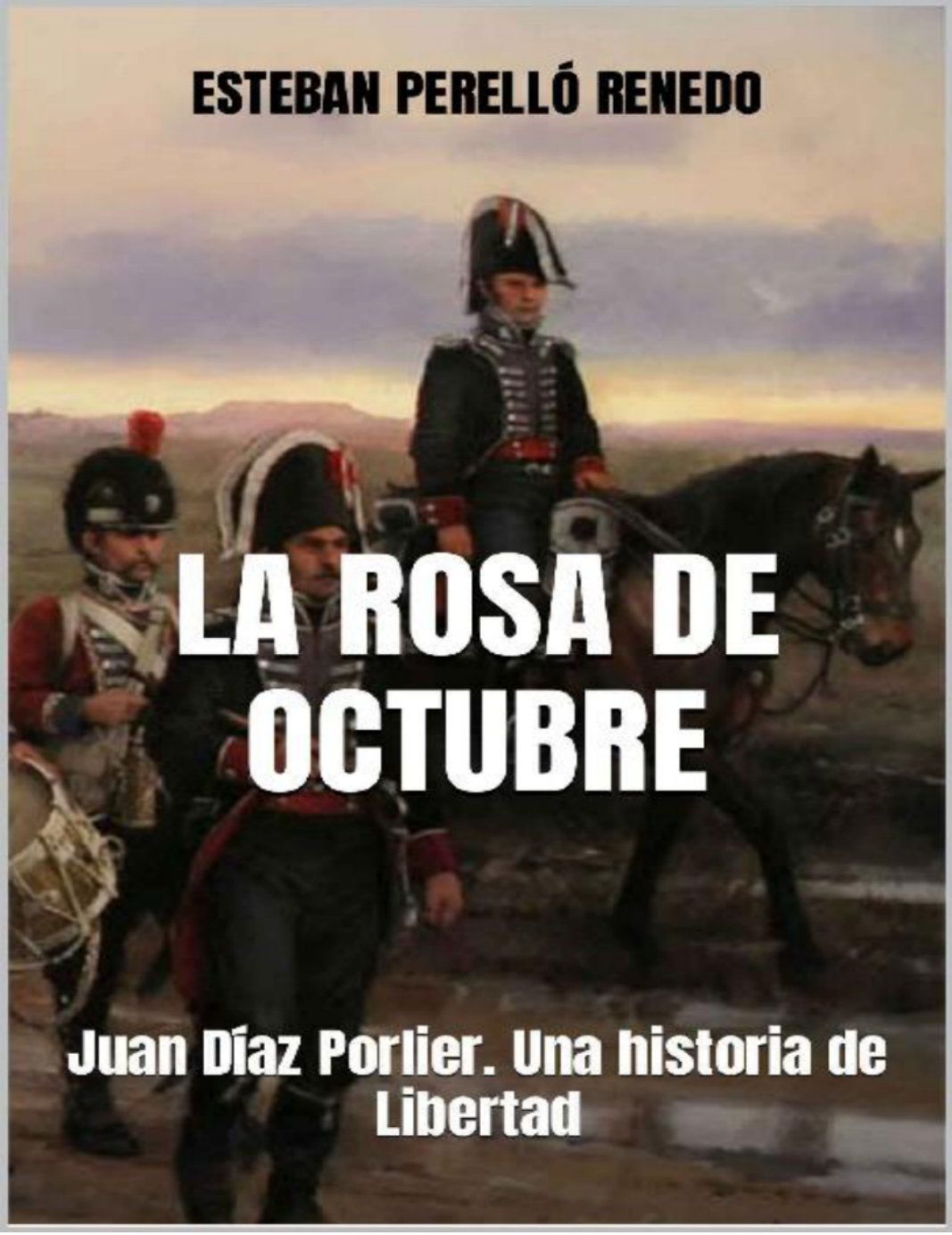
ESTEBAN PERELLÓ RENEDO
LA ROSA DE OCTUBRE
Juan Díaz Porlier. Una historia de Libertad

La rosa de octubre

Juan Díaz Porlier.
Una historia de Libertad

ESTEBAN PERELLÓ RENEDO

Copyright © 2021 Esteban Perelló Renedo
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9798463470058

Aquí yacen las cenizas de don Juan Díaz Porlier, General que fue de los Ejércitos Nacionales. Fue siempre feliz en cuanto emprendió contra los enemigos externos de la patria, y murió víctima de las disensiones civiles. Hombres sensibles a la gloria: respetad las cenizas de un patriota desgraciado.

Epitafio de la tumba de Porlier.

LA ROSA

Muchas veces me acuerdo de aquel pequeño rosal, que crecía entre matorrales y árboles, a la vera del camino, cuyas hojas ya estaban secándose y cayendo. La única flor roja, con perfume penetrante, lucía desafiando a quien la viera, incluso a la misma naturaleza. Su color bermellón casi dañaba los ojos. El agradable olor profundo, exagerado, que de ella salía, te impregnaba. Pero,... ¡ay!..., sus espinas pinchaban hasta hacer daño y sangre.

Mas siempre tendré el convencimiento de que ese lejano tres de octubre comenzó, para ser por siempre, la primavera.

LA BURLA DEL DESTINO

Corría el año 1808. El francés intentaba señorear el país sin conseguirlo. Habían entrado con una excusa bastante poco creíble, la de la invasión del vecino Portugal, pero no habían avanzado mucho, ya que aquí se habían quedado.

Mas fue en mayo cuando esos visitantes se llevaron a los reyes y familia de viaje al presidio a un lugar que se llama Valençay, allá por la Francia. Esto supuso una protesta en Madrid, que se acalló con fuego y muerte. Merced a esa ignominia tan grave el pueblo se alborotó. Los encontronazos de rebeldía iniciales pasaron a mayores en muy poco, de tal forma que se libraron batallas, escaramuzas y demás.

La mayor parte del ejército nacional se encontraba disperso por Europa, bajo los mandados del mismo Napoleón, que quitó todo el poder a nuestros reyes para otorgárselo a su hermano, como en un juego de repartición del mundo. Pero no contaban con la iniciativa, el arrojo y la valentía del mismo pueblo español. Los enormes ejércitos enemigos eran, muy a menudo, incomunicados y cortados sus suministros. Sus correos interceptados. Sus avanzadas desperdigadas. Las pequeñas partidas de soldados y campesinos españoles, organizados en cuadrillas, eran quienes daban golpes de mano y selectivos ataques por sorpresa que los desconcertaban, llenándoles el alma de intranquilidad y miedo.

Las fuerzas de Napoleón no eran derrotadas, pero sí hostigadas de manera continuada. Se puede decir que toda España se encontraba sumida bajo el yugo del invasor, pero que toda ella, picoteando un poco de aquí, un poco de allá, no lo dejaba dormir tranquilo. La población entera, como una piña cargada de piñones, se enfrentaba a esos foráneos guerreros que habían hecho de las violaciones, los robos, los asesinatos,..., de todas las bajezas del ser humano, su medio de vida y de expresión para con el paisanaje español.

De aquellas, yo era un mozo casadero de algo más de veinte

años. Vivía en la aldea de A Peneida, perteneciente al obispado de Mondoñedo, aldea de no muchas almas, en la Galicia de la montaña. Allí había nacido en 1785, y poco o nada más conocía del mundo. Mi nombre es Diego Carballo da Veiga, con sobrenombre o alias de «Virojo». Mi vida, con ella mi mundo entero, transcurría tranquila, ajena a las algarabías que se estaban formando por el resto del país. Hasta tenía en trámites mi boda con una vecina de nombre Inés. Era esta moza de una edad como la mía, de buen ver, carnes prietas, sin bigote ni patillas, buena disposición, anchas caderas y refajo apretado. Digo esto, lo del refajo, porque por las buenas era una mujer tierna, agradable, hasta simpática diría yo. Pero, como se le llevara la contraria,..., ya podía prepararse quien lo hubiera hecho.

Cierto es que con ella me encontraba muy a gusto, en todos los aspectos. Hasta nos habíamos permitido el pecar de manera carnal en varias ocasiones. Esta cuestión fue castigada por el mismo cielo, en forma de obsequio a Inés de una barriga que se hinchaba a días ver. Por ello, construí a toda prisa una casa no muy grande, al lado de la de mis padres y cerca de la de los de ella, fijando la boda para principios de febrero de ese año, 1809, ya que mi Inés crecía a lo ancho a ojos vista. En su tripa guardaba un hijo que, como decían las aldeanas de edad, debía de ser una niña por lo sonrosada que se le había puesto la cara a la madre.

Andaba yo con estas cuestiones de la construcción cuando a principios de enero sucedió que aquel infame invasor pasó por allí cerca una buena mañana. Marchaban sobre una veintena de hombres a caballo, armados de mosquetería y espada. Por los curiosos avatares del destino uno de los franceses venía con prisas para orinar, por lo que avisó a su partida de que lo esperaran. Cuando bajó de su caballo, comenzó la evacuación pegado a una de las paredes del alpendre de mi familia. Coincidió que mi padre se encontraba cerca, horquillando algo de estiércol de la cuadra y lo vio en la faena. Por ello, enfadado le gritó alguna inconveniencia, arrojándole una piedra que fue a caer cerca del soldado.

Uno de sus acompañantes, que se había dado cuenta del gesto, lo interpretó como si fuera una forma de atacar a su compañero por lo que descabalgó y se acercó a mi padre con su sable en la mano, profiriendo gritos en su lengua que ninguno entendimos. Cuando estuvo a su lado le largó un tajo de arriba a abajo, abriéndole el pecho. Mi buen progenitor cayó fulminado hacia atrás, muerto del todo. No le había dado tiempo ni a boquear.

Al momento se formó un alboroto bastante grande, ya que mi madre, mis hermanas, varios vecinos, Inés y yo, nos acercamos profiriendo grandes gritos hacia ese asesino. Sus compañeros, a la vista de lo que sucedía, descabalgaron con sus armas empuñadas en

actitud desafiante, que no conciliadora.

Los ánimos cada vez estaban más y más arrebatados, por lo que nos pusieron a todos juntos, éramos alrededor de doce, pegados a una tapia de la huerta. Ellos formaron una línea delante de nosotros y cargaron sus mosquetes. No nos lo podíamos creer. ¡Iban a fusilarnos! Nada habíamos hecho, hasta habíamos sufrido la muerte de mi padre y aquellos infames franceses, haciendo uso de la sinrazón, nos iban a fusilar.

Uno de ellos se colocó a un lado, levantó el sable y gritó en su lengua:

— *¡Prêt!*

Los soldados del pelotón encendieron los pabilos y levantaron sus armas.

— *¡Visez!*

Entonces nos apuntaron con ellas. Un estremecimiento salió de todo el grupo al ver esas bocas negras de los fusiles con las mechas humeantes. Mi futura esposa, abrazada a mí, se pegó más todavía a mi cuerpo.

— *¡Fue!*

Yo, con los ojos cerrados, solo oí un estampido. Entonces, una andanada cerrada de balas nos cubrió. No sé ni lo que sucedió. Recuerdo estar caído, quieto por el miedo, con el cuerpo de mi Inés encima, manchado entero con su sangre.

Los franceses, entre risotadas, se alejaron sin hacer caso a los recién fusilados. Solo quedó el oficial, que, con el sable en la mano, se acercó a nosotros. Iba ensartando de uno en uno todos los cuerpos allí abatidos, lanzando una estocada en el pecho, el cuello o el estómago, como le cuadrara. Cuando llegó a mí hizo el amago de rematarme, pero el sablazo se lo llevó doble mi futura esposa, recostada encima. Con el tiempo, la única explicación que he encontrado para que ese día allí a mí no me mataran fue la gran cantidad de sangre que nos cubría a los dos. Esto pudo causar que el soldado confundiera un cuerpo con otro, otorgando a la que habría sido la madre de mi hija dos veces la espada, una por ella y otra por mí.

Cuando esta funesta labor terminó, gritó más cosas a los otros, que rieron mucho. Entonces encendieron unas pajas, y con ellas prendieron fuego a mi vivienda, a la de mis padres, a la de mis futuros suegros, que también yacían muertos, a las cuadras, al pajar y a dos o tres casas de vecinos cercanas. Cuando las llamas ascendían a lo más alto, montaron de nuevo y siguieron su camino sin dejar de carcajearse.

¡Qué irónica burla nos acababa de obsequiar el destino!

A pesar de que se oía decir que la recién empezada guerra iba a más, en nuestra aldea no había pasado nada hasta entonces. Solo

bastó que unos soldados franceses, los primeros que veíamos, pasaran por allí, y que uno anduviera de vejiga floja. Esta fruslería desató una serie de acontecimientos que acabaron con la vida de muchas personas, incluida la de toda mi familia y la de mis seres más queridos. Por esa pequeñez de orinar pegado a un muro, la existencia, ese mundo particular de cada uno, había dado un vuelco total.

Ahora yo me encontraba desamparado, solo. Mi ánimo y mi espíritu habían perdido todo su aliento esencial en un instante. No fue más que un suspiro, pero produjo en mi alma tal mancha negra, que aun hoy en día no logro limpiar. Por estas cuestiones el miedo propio pasó a ser odio inmenso hacia esos asesinos, fueran quienes fueran. Solo me bastaba que llevaran ese uniforme o que hablaran en francés. Mi sombra ya nunca jamás estuvo tranquila.

Como nada me había quedado, después de dar tierra a mis difuntos, comencé una peregrinación sin destino. Ningún familiar tenía vivo, ningún bien material poseía. Por ello, nada más que la propia vida me quedaba. Caminé y caminé, sin tener cierto el final. Muchas veces, en alguna situación extraña me vi, pero de todas salí airoso.

EL GUARDA DEL GRIAL

Pasaron los meses, y, un tiempo después andaba metido yo en una de esas partidas que operaba en los montes de Galicia, en la que me había enrolado, por haberme perdido de la mía anterior. Esa, agregada en comisión a fuerzas inglesas, fue dispersada después de una gorda refriega que a mí me valió el conocer por primera vez lo que es una batalla, y mi paso de ser paisano a militar de rango raso del ejército nacional.

La formábamos, la nueva cuadrilla, alrededor de cincuenta hombres, en su mayoría aldeanos. Los diez o quince soldados que allí estábamos, procedíamos, como tengo escrito que era mi caso, de algún ejército disuelto después de una batalla o por habernos perdido en las marchas a las que nos veíamos sometidos para enfrentarnos a los franceses.

Permanecía en esa partida desde abril de 1809, después de que Soult persiguiera a Moore hasta La Coruña. Contra ese ejército comenzamos a actuar de manera casi que solitaria e independiente, hasta que en junio nos liamos en una terrible lid contra muchos franceses. Estábamos agregados o integrados en la División Gallega del Ejército Nacional, formada por una gran cantidad de paisanos en cuadrillas. La terrible contienda tuvo lugar en un sitio por la zona de Vigo que se llama Pontesampaio. Allí, habíamos cortado un puente que unía las dos orillas del río Verdugo. Éramos unos diez

mil, enfrentados contra otros tantos, que se decían los mejores soldados del mundo. Pero...les dimos tal varapalo que conseguimos que huyeran, tan aguerridos y apuestos como eran, tal cual perros asustados. Sufrimos muchos, demasiados muertos, pero ellos más.

Alguien me dijo alguna vez que esa fue la primera batalla que los franceses perdieron en Europa entera. La cuestión fue que gracias a ello, conseguimos echarlos de casi toda Galicia. Como yo no estaba contento con las almas que había conseguido arrebatar de sus cuerpos, me preocupé de convencer a los de mi cuadrilla para perseguirlos y acosarlos todo lo que pudiéramos. Por ello, nos desvinculamos de la División Gallega, para hostigarlos, haciendo también, a los dispersos que capturábamos, cosas malas, feas y demasiado crueles.

Después de lo de Pontesampaio, el francés salió de casi toda la región, dedicándose a guerrear por el resto de España. Aun así, nosotros continuamos con lo nuestro, incordiando como moscas de verano, de esas que parece que no pican, si no que te muerden y aprovechan para darte una patada en la espinilla.

Comenzamos a realizar estos impertinentes ataques por entre las tierras de Asturias, León y algo de Galicia. Les robábamos caballos y fusiles. Capturábamos a los correos, matando a los rezagados. Los pocos que éramos, les causábamos tanto daño que, a partir del final del verano, los mensajeros viajaban con escoltas muy numerosas. Esas muestras de fuerza que hacían los debilitaban mucho, ya que si enviaban dos o tres compañías de caballería y de infantería protegiendo cualquier envío, eran unos ciento cincuenta o doscientos soldados menos de alguna guarnición que, casi siempre, nosotros asaltábamos.

En bastantes de estas refriegas conseguíamos tomar posiciones y coger prisioneros que eran tratados de la misma manera que la que ellos aplicaban a los nuestros. Se les sacaba información gracias a la tortura. Después los degollábamos. Los pueblos o fortalezas que tomábamos no los saqueábamos, sino que, la mayoría de las veces, eran los propios paisanos quienes nos daban víveres e información.

El jefe de mi partida era un tal Carlos García, que había sido sacristán y guarda del santo grial en la parroquia del Cebreiro, en el monte de ese nombre. Era hombre de treinta años, sin mujer ni hijos. Su estatura no muy grande. Tenía una abundante melena roja, que se mezclaba, en sortija, con su cerrada barba del mismo color, lugares estos en los que los enormes piojos habitaban de manera tranquila, hasta en los días de lluvia.

Por esa razón le apodábamos «Piojo». Su chata nariz era lo único sin arrugas ni cicatrices de su rostro, que guardaba, bajo unas

cejas y párpados sin pelo, un solo ojo de azul profundo y mirada siniestra. El origen de tanta descomposición facial eran los franceses, quienes se habían ensañado con su cara en un apresamiento que le hicieron, allá por los finales de 1808. En dos días escapó, pero habían sido suficientes como para marcar su alma y su rostro. Nunca contó nada de lo que le hicieron, pero debió de ser terrible.

Otro compañero de refriegas era el «Muyayo». Hombre de unos cuarenta años, sin familia según él, que había nacido en las islas de las Canarias. Las casualidades de su vida, era marinero en un mercante inglés de especias, le hicieron aparecer por estas costas. Ese apodo se lo obsequiamos por ser persona que al hablar era incapaz de pronunciar la letra *ch*, que sonaba como *y*. De esta forma, en vez de *chorizo* él decía *yorizo*, el *mucho* era *muyo*, y así todas las palabras con *ch*. De esta forma, mucho nos reíamos cuando le pedíamos que nos dijera frases como *muchacho, dame mucho chorizo*, que sonaba *muyayo, dame muyo yorizo*; o *chaval, que ancha es la chimenea de la chica de la cachaza con tanta chanza*, que quedaba *yaval, que anya en la yimenea de la yica de la cayaza con tanta yanza*. Y así mil y más como las dichas. Él no se lo tomaba a mal, ya llevaba mucha guerra encima como para eso. Se dejaba hacer, pareciendo como que hasta le agradaban nuestras risas burlonas.

La cosa, como solía decir, era que en aquel mercante, trasegaban diferentes semillas y plantas de las aromáticas desde los mares del sur de las Indias orientales, hasta un pueblo con puerto, que está en la Inglaterra, que se llama como Dover. Mas, un año antes, cerca de los acantilados y pedruscos de las costas del Finis Terrae, una urca francesa los cañoneó unas cuantas veces.

Como fuera que el barco inglés, en el que él estaba, arrió la bandera, los de los cañonazos abordaron al transporte, haciéndose con la mercancía y la tripulación. Llevados hasta el puerto de Gijón, el «Muyayo» consiguió escapar antes de que lo enrolaran de galeote forzoso en un galeón de la Francia. Deambuló por montañas y valles, hasta que se topó con la partida de «Piojo», que lo acogió en ella.

No sé yo muy bien cuales habían sido los antecedentes de este hombre canario, pero siempre estaba con una sonrisa hiriente, que acompañaba de venenosa carcajada más parecida al siseo de una culebra. Y digo esto porque me fijé más de una vez en que su compasión no entendía de amigos o enemigos, de hombres o mujeres. Tal era esa falsa risotada que soltaba a veces, que mi impresión fue que trataba a animales como a personas, de la misma

manera cruel.

Sirva de ejemplo el día en que, por las montañas de León, capturamos a unos cuantos coraceros franceses. Por cosas del combate estaban casi todos muertos o heridos. Solo dos de ellos, los oficiales que se habían refugiado acobardados tras las espaldas de los soldados, estaban enteros y sanos. Sucedió también que no estaba «Piojo», que era el jefe de la partida, ni tampoco el «Cura», que venía a hacer las veces de segundo oficial. Por ello, el mismo «Muyayo» era quien nos mandaba y organizaba.

Él mismo remató a los heridos con una gran navaja que llevaba. Les cortó el pescuezo, sin perder esa sonrisa virulenta, mientras el silbido de su carcajada escapaba por entre sus dientes. Mas la cuestión es que para los dos vivos reservaba un espectáculo digno de los circos de los antiguos de Roma.

—Como en las islas. Vamos a organizar una pelea de gallos. A ver si son tan bravíos aquí y ahora —dijo entornando los ojos.

Allí cerca había una especie de corral natural, de los que se forman en las montañas a fuerza del viento y de la lluvia. Era casi un círculo cerrado de grandes piedras no de mucha altura, sin techumbre. Pues allí metió el «Muyayo» a los dos prisioneros. Habían sido desnudados antes, y a cada uno se le había dado una navaja corta. Lucharían a muerte, con la promesa de que quien ganara quedaría libre.

A mí no me entusiasmó la idea, pero aun así asistí a aquella sinrazón. Empezaron los luchadores con algo de ánimo, pero poco a poco, a medida que los pequeños cortes se iban produciendo en sus carnes, la lid comenzó a ser más briosa y enérgica. La sangre comenzó a salpicar para todos los lados, cubriendo piedras y desnudos enemigos. Tardaron casi la mitad de una hora en terminar. Cuando así fue, uno yacía tumbado boca abajo, dejando salir su alma con el último estertor. Su contrincante, al lado, gemía y lloraba de tal forma que las lágrimas limpiaban su roja cara, trazando dos regueros blancos por sus pómulos y mofletes.

Entonces «Muyayo» se le acercó.

— ¡Qué, *franyute*! Todavía respiras. No *muyo*, la verdad —se rio muy fuerte—. Pero vives.

El pobre y asustado francés levantó la vista y lo miró suplicante. No podía hablar, solo sollozaba, con un hipar jadeante, más lastimoso que otra cosa. Esperaba que cumpliera la promesa dada.

—Ahora sí —silbó el canario—. Ahora quieres el perdón, el indulto. Quieres vivir.

El arrodillado enemigo, que creo que le entendió la frase, comenzó a afirmar con la cabeza, volviendo su gesto de miedo hacia

uno de clemencia.

—¡Pues esta es la justicia de Dios!

Mientras esto voceaba el «Muyayo», de un certero corte con su gran navaja cercenó la garganta del caído, que entre ahogos cayó de cara al suelo, salpicando, más si cabía, todo con la poca sangre que quedaba en su cuerpo.

Y esta era la forma de actuar de ese hombre, el tercero en el mando de la partida. Pero el primero, el «Piojo», no se le quedaba a la zaga ni mucho menos. He pensado más de una vez que entre ambos se había debido de iniciar una competición tácita sobre cuál era el más cruel, el más inhumano, feroz y sanguinario. Y el tiempo me lo hizo ver así. Ambos andaban a la par.

Contaré entonces una del «Piojo», para poder ser equitativo con estos dos monstruosos contendientes en la perversidad, quien, como el canario, demostraba siempre una falta de compasión total y un salvajismo infinito para con el enemigo.

Recuerdo un día, en una aldea cercana a Ribadeo, a la que habíamos llegado con ciento cincuenta maltratados prisioneros recién cogidos por las alturas de Mondoñedo, en que nos ordenó meterlos dentro de una pequeña casa de una planta. Nos mandó también el sellar con clavos y maderos todas las ventanas así como la puerta. Después, él mismo subió al tejado y esparció por él un barril entero de pólvora.

Durante toda la tarde, sentado en un pedrusco de la entrada de la casa, se estuvo burlando de ellos a grito pelado, con frases demasiado gruesas. Sirva como ejemplo que la de mayor calibre que haya podido escuchar un paisano en muchos años, era como un cuento de niños comparado con las que de la boca de «Piojo» salían. A ello, conocedor de que los encerrados sabían lo del barril del tejado, no dejaba de amenazarlos con frases como *que te quemo, que te quemo*, o la de *hoy cenamos franchute a la brasa*. Todo ello se lo decía en francés, que, por casualidades de la vida misma, él lo hablaba bastante bien.

Así continuó hasta que cayó la noche. Entonces se levantó, calló en sus improperios, y con toda la tranquilidad encendió una antorcha.

—¡Ya no os queda tiempo! ¡Ni tan siquiera de confesaros! —con sus risas parecía que hasta los piojos de su cabeza se alborotaban—. Esto hacía yo, que fui el guardián del Santo Grial, con los que profanaban mi templo, con los que violaban el sagrado, Seguro que os va a gustar.

Volteó la antorcha un par de veces y la arrojó sobre el tejado. El fuego se extendió rápido. Los chillidos y alaridos de los de dentro eran contestados por los gritos de Carlos.

— ¡«El Piojo» os saluda, franceses! —decía entre risotadas de demente— ¡La piojosa muerte también!

Varios consiguieron reventar las tablas de una ventana. Por allí salieron algunos. Fueron disparados todos, menos cuatro o cinco en los que sus ropas ardían. «Piojo» prohibió hacer fuego sobre ellos, dejando que murieran abrasados.

—¡Has violado el sagrado! —les decía de uno en uno a esos que se retorcían en el suelo.

El olor de la carne quemada se nos pegó a los cuerpos y nos persiguió, allá donde fuimos, más de un mes.

Como partida que éramos nunca permanecíamos más de dos días en el mismo lugar. Así, llegamos en septiembre de 1809, a las cercanías de un pueblecito, del que no recuerdo su nombre, que distaba como tres leguas de Ponferrada.

Por ser día de mucho calor, nos escondimos en un tupido robledal para esperar la noche y refrescar un poco nuestros cuerpos. A media tarde, «Piojo» cogió su caballo y se alejó a la aldea, con la excusa de ir a hablar con un amigo. Como ya tengo escrito, cuando el jefe de la partida se ausentaba por cualquier motivo, tomaba el mando de ella el segundo, el «Cura», a quien llamábamos así por haber sido estudiante de teología en Santiago de Compostela.

Al llegar la noche, comenzamos a preocuparnos por el ausente, hasta que, con la luna menguante en lo alto, «Cura» nos ordenó acercarnos sigilosos al pueblo. Entonces comenzó a sonar la campana de la iglesia. Con cautela nos enterramos entre mucha hierba alta, a la espera de que se hiciera de día para ver lo que sucedía. Al clarear la mañana, cesó el tañer que nos había acompañado durante toda la noche.

Desde donde estábamos veíamos el campanario. En él descubrimos a «Piojo». Lo habían capturado los franceses. Estaba desnudo y atado a la campana que acababa de dejar de sonar, de tal forma que con sus brazos y piernas la abrazaba. Un grupo de soldados se mofaba de él desde la plaza. «Cura» calculó las fuerzas enemigas, decidiendo iniciar un ataque silencioso a la bayoneta. Las calamos y corrimos con precaución. Fuimos matando franceses, hasta que en el pueblo no quedaron más que los de la plaza, ajenos a la suerte de sus compañeros.

Les disparamos a las piernas para no matarlos. Ya caídos, los desarmamos. Dos de los nuestros subieron al campanario a por «Piojo». Cuando lo trajeron en volandas, estaba muerto, con su cuerpo tan frío y tieso que conservaba en sus extremidades la forma curva de la campana. Este fue el final de Carlos García, sacristán y guarda del Santo Grial en la parroquia del Cebreiro.

«Cura» llamó a varios vecinos y les encargó que lo enterrasen en

sagrado. A los cinco prisioneros heridos los subimos a lo más alto del campanario. Desde allí los empujamos a la piedra de la plaza. Solo uno no murió por la caída. Fue degollado por el canario que no dejaba de sisear riendo mientras le salpicaba la sangre. Desde aquel día, «Cura» fue el jefe de la partida, y «Muyayo», seguro que reconfortado, había ganado su particular guerra de muerte con el fallecido «Piojo».

NO HA ROTO EL HUESO

En enero de 1810 se recibió aviso de la Junta del reino de Asturias, para que entráramos en sus provincias e hiciéramos correrías en las montañas cercanas a León, en el límite de los tres reinos (el de Asturias, el de León y el de Galicia). Tengo que decir ahora, que desde hacía unos pocos meses operábamos bajo las directrices, órdenes y mandados de esa Junta ya citada, los cuales nos hacían llegar una o dos veces al mes por correos a pie o montura.

Por ello permanecimos haciendo correrías inenarrables por su crudeza, hasta principios de febrero, cuando recibimos un parte del coronel Moscoso, que actuaba como jefe del ejército asturiano, para que fuéramos hasta Avilés a reforzar las fuerzas que intentarían tomar esa plaza. Llegamos ante la ciudad el día cuatro. Nos encuadramos en donde nos dijeron, entre unas docenas de partidas líberas como la nuestra. Bien organizados, al siguiente, dio comienzo el ataque por el oeste y el sur.

Durante cinco horas, les estuvimos atizando con toda la salvaje alegría de la batalla. Tanto y de tantas maneras les dimos, que lo que quedaba de la orgullosa gabachería, salió con las plumas de sus gorros entre las piernas. Atrás dejaron sus armas, su soberbia y un ancho reguero de sangre.

Cuando acabó lo de Avilés, nuestro grupo de cuadrillas, ya casi encuadrado en el ejército de España, formaba como cosa de dos compañías completas. Entonces se nos puso a las órdenes de la Junta de Asturias, sin poder operar de manera individual. Y con éstas andábamos, cuando el día seis partimos hacia Oviedo, a fin de reconquistarla, cuestión que se hizo efectiva el doce por la noche. Allí vi, por primera vez, al brigadier Porlier. Su juventud, aspecto y porte, nos sorprendió con fugacidad a todos. Pero, en otras líneas hablaré más largo y tendido de él.

Hasta el trece por la mañana, nos divertimos con unas docenas de rezagados franceses, haciéndoles todo tipo de faenas y diabluras. Cuando nos cansamos del sufrimiento de aquellos aterrados enemigos, los colgamos desnudos, boca abajo, de un

castaño de gruesas ramas, para que su muerte fuera lenta, agónica, desesperante. Los dejamos allí, con sus gritos y lamentos, marchándonos a otras veredas.

Y es que la guerra endurece los corazones, embruteciendo las almas de paisanos, militares, amigos y enemigos. Sin quererlo, se entra en una espiral de violencia, que gira cada vez más deprisa. Se pasa, sin problema, de víctima a verdugo y viceversa.

Durante todos esos años, fui arte y parte de unos sucesos que, en época de paz, causarían horror al más grande asesino de la tierra entera. Fui actor de hechos tan abominables que la mente más perversa jamás pueda imaginar. Supongo que Dios, el día de mi juicio, sabrá perdonar todos esos pecados. De hecho creo que mi situación actual, que ya dura varios años, es el principio de la purga que merezco. Quiera el Señor que mi vida no se apague en mucho tiempo, para que mi castigo en la otra sea más leve. Pero no voy a extenderme en mis penas y desgracias, que me oprimen a diario lo más profundo de mi alma, por lo que no relataré más esos tiempos de luchas, venganzas y vejaciones crueles, pasando, sin más dilación, al año 1812.

Por circunstancias de la vida y de la guerra, me encontraba encuadrado en la partida del comandante don Manuel Aysa desde el veinte de diciembre de 1811, en que desembarqué, formando parte de unos refuerzos provenientes de La Coruña, en el puerto de Tazones.

Era el dieciocho de enero del mencionado 1812, cuando el estado mayor del general Porlier nos ordenó que avanzáramos hasta las cercanías de Gijón, a fin de observar lo que allí aconteciese. Hasta el veinte no sucedió nada, pero en ese día, mediada la mañana, salió de la ciudad una compañía de medio centenar de infantes y una docena de coraceros enemigos a caballo, que se dirigieron a nuestro encuentro.

Mi comandante mandó adelantar cuatro o cinco guerrillas de a diez, entre los que yo estaba. Con tiento y sigilo avanzamos arrastrando los cuerpos, hasta que los tuvimos tan cerca que los tiros no erraran, como así fue. De dos descargas, emprendieron la huida a la desbandada, cuestión ésta que aprovechamos para hacerles más daño.

Al rato, formaron otra cuadrilla, pero ahora era mayor. Esta vez ya no había caballeros, seguro que habían huido con el rabo entre las piernas. La que mandaron la componían unos cien de infantería, apoyados por un cañón de a doce, que pronto comenzó a repartir bombas y metralla, por lo que los de las guerrillas nos vimos obligados a retroceder, cosa que hicimos en buen orden y concierto.

Coincidió que en ese momento apareció una columna de más de trescientos franceses por el camino de Oviedo, que descargaban mucha munición hacia nosotros, por lo que el comandante Aysa ordenó la retirada hacia Somió. Duró, con mucha lentitud, hasta el anochecer. Fue en ese repliegue donde recibí un tiro limpio, que me pasó de lado a lado del muslo derecho. Para mi alegría, si es que podía tenerla dado mi estado, no me había tocado el hueso, rompiendo solo la carne. Como no podía andar, se me transportó en parihuelas.

Permanecimos unos días vivaqueando como pudimos por aquellos altos, los de Somió. Todos, como siempre, sufrimos mucho debido a la gran cantidad de nieve que por allí abundaba. Yo tuve suerte, al ser instalado, con otros cinco heridos, en una especie de habitación excavada entre la roca y el hielo, en la que me abrigué como pude.

La pierna dolía bastante, pero con ayuda de unas botellas de aguardiente se convirtió en apacible molestia. En unos diez días ya me encontraba casi recuperado, hasta el punto de que me mantenía en pie, pudiendo apoyar solo el talón, ya que si lo hacía con la punta, el boquete de la herida del tiro se me abría, soltando sangre y doliendo bastante.

A principios de febrero nos trasladamos a Gijón, que ya era española, instalándonos a los maltrechos en un caserón de la plazoleta de San Juan. Pasaron rápido dos semanas, con buena comida, mejor bebida y ardiente cuidado aliviador femenino. Cuando el mes ya estaba a falta de una semana para acabar, apareció por el hospital el sacerdote que nos confesaba, acompañando a un militar. Ambos se dirigieron a mí.

—Muchacho —me habló el cura—, este oficial que aquí ves, es el capitán Amor Pisa, ayudante que es del general Díaz Porlier, liberador de esta plaza.

—Con buen ánimo te veo —me dijo el nombrado—, tus heridas ya han debido sanar.

—Una mala bala me hizo un rasgón en una pierna hace ya tiempo, pero el agujero está medio cerrado y la postilla casi caída —contesté.

—Y de ánimo, ¿cómo estás? —preguntó.

—Siempre es un honor luchar contra el francés, mi capitán. Cuando tenga hijos, supongo que verán en mí a un salvador de la nación, que peleó con bravura a las órdenes del más valeroso general que ha parido esta tierra —respondí con vehemencia mal disimulada.

—Hablas bien soldado —sonrió—. El brigadier Díaz Porlier es el más bravo y joven de nuestro país. Pero, dime, ¿no estás

cansado ya de tanta batalla?

—Señor —mis palabras brotaban despacio—, llevo ya, como muchos, cuatro años matando y sufriendo. Es lógico que el cansancio asome, pero no es inconveniente para seguir en la lucha.

—Me ha dicho el capellán que eres hombre de maña envidiable para muchas cosas —indagó—. Que eres hábil con las manos y rápido de inteligencia.

—Mi capitán —respondí—, cierto es que valgo para un roto como para un descosido.

Era Amor Pisa, hombre de mediana estatura, con edad de unos treinta y siete años. Su rasurada tez lucía un color de miel, sin duda producido por el continuo aire de la montaña. En aquellos ojos marrones se adivinaba honradez, confianza y valentía. Portaba uniforme de oficial, con charreteras doradas, algo sucio pero entero. Su sable rozaba, de vez en cuando, las espuelas enganchadas en las altas botas de caballería, produciendo un suave tintineo.

Mi contestación debió de hacerle gracia.

—Eres sincero, soldado —rio—. Pero todavía no sé tu nombre.

—Soy Diego Carballo da Veiga, aunque muchos me llaman «Virojo», como a mi padre, que le venía de mi abuelo.

No he escrito nada todavía del sobrenombre que yo tenía. Era heredado, le dije al capitán, pero tanto de palabra como de obra. Y me explicaré. Resulta que mi abuelo padecía un defecto en los ojos que hacían que el derecho se le torciera hacia dentro cuando el corazón o los nervios se le alborotaban. Lo mismo le sucedía a mi padre. Yo, para no ser menos y continuar con la saga familiar, también tenía ese fallo. Y es que era tara por partida doble. Cuando padecía de los nervios, por la situación o la cosa que fuera, mi ojo derecho miraba, él solo, un poco hacia dentro. De esta forma, mi rostro llamaba como a la risa de quien me viera, pero también delataba que mi corazón o mi estómago estaban alterados. Quiero decir que pocas veces he podido disimular esos momentos de inquietud, miedo o incertidumbre que todos padecemos más o menos a menudo.

—Bien, Diego —dijo el capitán Amor Pisa—. Tengo entendido que los cirujanos te dejarán ir en pocos días. Cuando esto suceda, deberás presentarte a mi persona, en el Cuartel General de la División.

—Pero, señor —repliqué—, yo estoy a las órdenes del comandante Aysa. Considero que a él deberé presentarme.

—Te lo explicaré. El general Porlier necesita un asistente. El que tenía, fue muerto de un disparo hace pocos días. Te he elegido a ti después de mucho mirar y buscar. Me pareces la persona

adecuada para nuestro general. Das la impresión de ser amable, dispuesto, discreto y valiente —se sinceró—. Por eso, te ordeno que te me presentes en cuanto te dejen marchar.

Yo no salía de mi asombro. Asistente del general Porlier. Mi ojo comenzó a torcerse un poco. El oficial, dio entonces media vuelta y salió de la estancia, despidiéndose con «nos veremos, Diego»..

LE LLAMABAN «EL MARQUESITO»

Antes de continuar mis vivencias, describiré de manera ordenada a mi general, su vida y sus hechos, para así tener un mejor conocimiento de todo lo demás. Por ello, si alguien esto lee algún día, que sepa que todos somos humanos, que como tales pecamos, Pero siempre hay gentes con maldades escandalosas, perversas, y otros que las suyas son algo más suaves, sin llegar a la frase de «era por ser piadoso», que es una falsedad en sí misma.

Y él era hombre joven, nacido en las Américas, en Cartagena de Indias en el año 1788. Sus padres eran el hoy mariscal de campo don Esteban Porlier y Asteguieta, marqués de Bajamar, y doña Juana Díaz de Pimienta, sobrina del fallecido virrey de Cartagena de Indias, don Juan de Torezal Díaz Pimienta. No mucho conozco de estos nombres, ya que mi general siempre trató de no hacer público su linaje, aunque muchos lo llamaban «el Marquesito» o «el Marquesillo», pero siempre a sus espaldas.

Cuando este secreto a mí me fue confiado, hube de jurarle que jamás lo desvelaría, por los posibles perjuicios que se le podrían causar a su padre. Pero, a la vista de la ayuda que no le ha dado a su hijo, me considero en la obligación de relatarlo, no importándome si algún día se hacen públicos.

La historia de su nacimiento es muy sencilla. En 1786 el capitán don Esteban Porlier, marqués e Bajamar, fue nombrado ayudante de campo del virrey de Cartagena de Indias. Gracias a ese nombramiento, entabló amistad con los familiares del anterior virrey, y, una más sincera, con doña Juana Díaz. Entre ellos surgió un escondido amor apasionado. Corrieron los rumores de esa relación por el virreinato, a la vista de la creciente barriga, por lo que el virrey los cortó de raíz, en noviembre de 1787, enviando de vuelta a España al capitán Porlier. A doña Juana la enclaustró en el convento de las Custodias de la Anunciación. Allí, una de las celdas de las monjas se convirtió en paritorio escondido. El recién nacido fue adoptado por la viuda del virrey Pimienta, doña María Pereira de Hoyos, quien se trasladó a Buenos Aires primero y después a La Habana, fijando allí su residencia. Con los años, aquel niño recibió la educación esmerada

que corresponde a uno de familia principal. Cuando estaba a punto de cumplir catorce, sentó plaza como aventurero en el navío Neptuno, en la isla de Cuba. En él, se encontraba enrolado su tío don Rosendo Porlier y Asteguieta, que lo acogió, considerándose como tutor del muchacho. Fue formado como oficial del ejército, hasta que en enero de 1806 fue nombrado capitán de infantería, adscrito al Regimiento de Mallorca, en donde permaneció dos años, aprendiendo tácticas de guerra y completando su instrucción militar en otras artes específicas de las armas.

Cuando el francés se llevó al rey felón y a su familia a Francia en 1808, estalló una revuelta en España. Por esos hechos y por la dispersión del ejército, el pueblo llano se levantó en armas, como nunca jamás otra nación del universo había conocido. En muy poco, se convirtió en guerra total contra el invasor. Como el enemigo había deshecho la milicia, y ante la escasez de oficiales, mi amigo ascendió a teniente coronel del Regimiento 1º de Granaderos Provinciales, uno de los pocos no desplazados por el invasor fuera de nuestras fronteras. Fue movilizada su unidad para participar en la desastrosa batalla de Gamonal, llamada también de Burgos. Después de ella, con solo veinticinco hombres, assoló las partidas francesas en tierras casstellanas. Con sus fuerzas engrossadas, formó la División Volante en 1809. Gracias a las torturas dadas por los franceses a los prisioneros, se alistaron muchos hombres en las filas de mi general, tantos como para formar dos compañías. Fue entonces cuando le llegó, de la Junta del Reino de Asturias, el ascenso a brigadier. El ya general don Juan Díaz Porlier, a quien algunos, incluidos los franceses, apodaban «el Marquesillo» o «el Marquesito», formó la División Cántabra, siendo nombrado Jefe del Cuerpo Franco Asturiano. Me consta que el enemigo, con solo oír su nombre, temblaba de pánico, tal era su fama de guerrero invicto. Bajo su mando tenía, en ese momento, los Escuadrones 1º y 2º Cántabros, tres Regimientos de Infantería de Castilla y dos Compañías de Granaderos, con los que ocupó Cortés y Torrelavega. Durante más de un año, su fuerzas y la División Volante siguieron obteniendo victoria tras victoria, haciendo callar, gracias a ello, las voces envidiosas que querían acallarlo

En marzo de 1810, recibió los refuerzos de la División del Reino de Galicia, con la que continuó con la lucha por todos los territorios. En 1810, en La Coruña, consiguió municiones y pertrechos, estableciendo lazos de amistad con personajes singulares de la vida coruñesa, como es don Andrés Rojo, de profesión comerciante, que le brindó alojamiento y ayuda. En 1811, fue nombrado Comandante General de la I División Cantábrica, que contaba con unos seis mil hombres de infantería, repartidos de a mil doscientos entre el Regimiento Provincial de Laredo, el 1º Cántabro y el 1º, 2º y 3º de

Tiradores de Cantabria, así como cuatrocientos de caballería, que formaban el Regimiento de Húsares de Cantabria, y la División del reino de Galicia.

Los soldados lo admiraban por su arrojo, su valentía y porque se sentían por él protegidos, ya que era un jefe que jamás los dejaba a merced de los caprichos de los superiores, asumiendo él las responsabilidades, tanto de las victorias como de las derrotas. Los enemigos lo temían. A esas alturas de la guerra, muchos coroneles o generales francos, al oír que se iban a enfrentar a las fuerzas de Porlier con él a la cabeza, se lo pensaban mucho antes de entrar en batalla. Su fama entre ellos era tan grande, que la mitad de la victoria ya estaba conseguida entes de empezar.

Otros muchos hechos heroicos realizó ese año, pero, en mis apuntes, lo más reseñable es su boda. Casó por poderes con doña Josefa Queipo de Llano, hija del VI conde de Toreno, don José Marcelino Queipo de Llano, y doña Dominga Ruiz de Saravia. Su hermano es el actual VII conde de Toreno, don José María. Ella nació en 1783 en Oviedo. Era una mujer de cuerpo muy bien proporcionado, más bien alta que baja, pelo y pupila oscuros que resaltaban lo bonito de su rostro. Su siempre amable sonrisa, relucía, acrecentada si cabe, por esos labios rojos, carnosos y atractivos, que destacaban junto con sus grandes ojos negros, adornados de largas pestañas sobre la rosada piel. La nariz, de tamaño mediano, era recta, denotando energía y generosidad. Las finas cejas, daban un remate perfecto a esa faz digna de ser esculpida por algún magnífico artista de la Italia antigua. Mujer de buena simpatía y rápido ingenio. Su porte, clase, compostura y belleza, explicaban sin palabras al que la veía o trataba, que con ella viajaba la esencia de la nobleza de orígenes y espíritu. Ello no quita para que siempre demostrara finura y exquisitez para con todos, no importándole la clase. Yo la he visto tratar por igual a generales y soldados, a terratenientes y campesinos.

Y aquí haré un pequeño aparte, para decir que lo admito, que sí que es cierto. Ella fue mi enamorada inalcanzable. Todavía hoy guardo en lo más profundo de mi alma un gran amor silencioso, seguro que enterrado en la última partícula de mi corazón. Pueda ser que yo soy persona de ánimo voluble, alma algo inquieta y corazón vehemente, pero quiero decir que desde el momento en que la vi y hablé con ella por primera vez, nunca jamás nadie, hombre o mujer, hizo que en mis entrañas surgiera ese ardiente calor, acompañado de deseos, a veces, no demasiado inmaculados. Pero mi intención es que debe constar que siempre la vi como un celestial ser inalcanzable que, además, era la esposa de mi general y amigo.

ABRIGO Y TRANSPORTE

Como ya tengo escrito en alguna hoja anterior, recibí la orden verbal del capitán Amor, para dirigirme, cuando estuviera sano, al cuartel general del brigadier Porlier. Sobre cuatro días antes del fin de febrero de 1812, uno de los cirujanos se me acercó. De paso que me decía que ya estaba curado, me entregó un pasaporte expedido a mi nombre, el cual rezaba lo siguiente:

«Expido pasaporte a favor del soldado Diego Carballo da Veiga, para que desde la villa de Oviedo se traslade a la de la Montaña, a fin de incorporarse, en calidad de asistente, a la 1ª compañía de húsares de la división cántabra. Se ruega a las autoridades de su tránsito, no le pongan impedimento alguno, antes bien, le faciliten todos los medios necesarios a su alcance para incorporarse a su destino. El interesado deberá, caso de no encontrarse su compañía en la villa mencionada, extender este pasaporte hasta verificar su encuadramiento. Dado en la Montaña, a las 7 de la noche del 21 de febrero de 1812. Excelentísimo señor don Juan Díaz Porlier.»

Con este salvoconducto, por lo tanto, me acerqué a la ayudantía de la comandancia militar de Oviedo, a fin de que me fuera facilitada una cabalgadura. El pasaporte lo decía muy claro: «..., antes bien, le faciliten todos los medios necesarios a su alcance para incorporarse a su destino....». El sargento que me atendió, se rió mucho ante mi petición de un caballo.

—Pero bueno, hombre. Estamos muy mal de material, y peor de caballos. Deben de quedar ahora unos pocos enteros, que son para los oficiales y la caballería.

—Digo yo —protesté— que aunque a alguno le falte una oreja, el rabo, o...yo que sé, un ojo, que podrá trotar unas pocas leguas conmigo encima.

—No me he explicado bien —replicó—. Cuando digo lo de que están enteros, solo hablo del cuerpo, las patas y la cabeza. Todos los que nos quedan han participado en batallas o refriegas, y tienen tantas o más cicatrices que tú mismo.

—Claro, claro. Pero... algún jamelgo del tipo que sea quedará. Me basta con que se mueva un poco —mi contestación casi era una súplica —. Que ande para adelante y que vea algo.... No sé.... Una mula, un burro, un pequeño borrico,... Lo que sea, pero que en ello me pueda subir. Así se me hará el camino algo más descansado. Que bastantes desgracias hemos pasado todos ya.

—Bueno. Te veo soldado avezado. Supongo que, aparte del transporte, necesitarás impedimenta —me miró de arriba a abajo —,...vaya, vaya,...algo para cubrirte, que te veo como suelto de ropa para el tiempo de frío que hace.

—Pues sí, pues sí —mi regocijo empezó a crecer algo—. Con esta pelliza floja no aguantaré más de una noche al raso.

—Nada muchacho, nada —mostró una sonrisa de oreja a oreja de lo más simpática—. Aunque estamos en guerra, y en el ejército de España es costumbre desde siempre andar mal de material y de soldada, sí que creo que tenemos en los almacenes lo que necesitas.

En una hoja oficial de la comandancia de Oviedo, con la palabra «VALE» en la cabecera, escribió algo. Estiré un poco el pescuezo y leí los garabatos, que decían «vale por abrigo y transporte. Tamaño mediano». Lo firmó con rebuscadas letras mayúsculas, y sin perder el gesto risueño, socarrón, me lo entregó.

—Aquí tienes chico. Acércate a la casa del final de la calle, al almacén de subsistencias y material. Allí te van a dar lo que necesitas

— ¡Gracias! ¡Gracias! —qué menos que agradecerle aquel oportuno interés—. Me acordaré de usted por el camino.

Salí de allí pareciéndome oír decir al sargento algo así como que «ya lo creo que te acordarás. Ya lo creo». Contento con mi vale, fui hasta el almacén. Estaba empezando a llover y me encogí un poco, pensando en lo abrigado y cómodo que viajaría un rato después. «Tamaño mediano» ponía. Bueno. Si era un burro tampoco le haría ascos. Lo importante era el poder viajar cómodo.

Ya en la casa en cuestión me presenté al oficial encargado, entregándole el resguardo que yo portaba. Él me miró de arriba abajo antes de decir:

—Vaya, parece que has cogido de buenas hoy al sargento de la ayudantía.

Sonreí como forzado, sin saber muy bien qué era eso de «haberlo cogido de buenas».

—Ha sido muy amable el sargento conmigo. Y,..., mire usted mi oficial. Tengo algo de prisa por llegar a mi destino, por lo que le rogaría que el transporte fuera de lo más efectivo. Quiero decir que prefiero caballo a mula, o mula a mulo, o mulo a burro. En lo demás, supongo que con un chaquetón con piel por dentro me bastará.

—Ya. Caballo en vez de mula, mulo en vez de burro, chaquetón con piel,...—movía la cabeza de lado a lado mientras entraba en una habitación contigua—... ¡y la piel por dentro!

Cuando le oí carcajearse comencé a desconfiar. No sabía yo sí... Al poco, apareció de nuevo.

—Bueno, pues estás de enhorabuena muchacho. Tengo lo que necesitas. Y te llevas lo mejor de lo mejor —me miró de arriba a abajo como midiéndome la altura y el peso—. «Tamaño mediano». Bien, he acertado. Esto es lo tuyo.

Yo asentí ilusionado, seguro que hasta con gesto de inocente impaciencia en mi rostro.

—Pues toma. Aquí tienes todo —me entregó una chaqueta de dos cuartos de ligero paño y un par de alpargatas de mi calibre, con suela de estraza.

Me quedé sin hablar, como sorprendido, a la espera de que me dijera en donde podía coger la montura. Él siguió a lo suyo, ignorándome, hasta que al rato le pregunté:

—Mi oficial, pienso que todavía falta algo, el jumento, el chaquetón de piel,... No sé,..., usted me dirá.

Su única ceja negra se arrugó un poco, como sonriendo burlona, por encima de la nariz.

—Vamos a ver, muchacho. Pero tú,... ¿en qué guerra crees que estás? El vale lo dice muy claro: «abrigo y transporte, tamaño mediano» —señaló la chaqueta y las alpargatas, por ese orden—. Pues venga. Ahí está el abrigo y el transporte de tu tamaño. Arreando por ahí que seguro que tendrás que hacer.

No supe si reír o llorar. Lo que sí me demostraron aquellos del almacén, es que el ingenio no tiene límites. «Abrigo y transporte» decía el vale, y él es lo que me facilitó, con todas las de la ley, pero, eso sí, sin perder ese humor español, que en algunas circunstancias puede resultar algo negro o ácido. Cierto es que el ejército estaba mal pertrechado, así que cogí las alpargatas y la chaqueta y me marché sin hablar, supongo que sonriendo.

La Montaña quedaba a muchas leguas para ir andando, por lo que me di una vuelta por Oviedo. Andaba a la procura de una cabalgadura. Recorrí varias calles, y en una, a las puertas de una taberna, vi varios jamelgos atados. Me asomé y descubrí a unos paisanos de buen vestir, apurándose tazas de vino con alegría. Deduje que ellos eran los dueños, por lo que, aprovechando su despiste y que en un momento dado la calle estaba casi sin gente, agarré las riendas del que me pareció más útil. Al poco, salía al trote corto de la ciudad, a lomos de un bonito caballo andaluz, con silla y frenos.

El bicho se portó muy bien, atendiendo a todas mis indicaciones, sin echar en falta a su verdadero dueño. Pero como las malas obras se pagan, el camino me resultó bastante accidentado. Al segundo día, cerca de Llanes, una partida de desertores franceses, que respetaron mi vida, me asaltaron. Se llevaron todo lo que poseía, hasta la chaqueta de paño, dejándome solo con las alpargatas y el pasaporte. Si es cierto que «*el que roba a un ladrón tiene cien años de perdón*», pues esos salteadores irán al cielo cuando mueran, ya que se me llevaron el bonito caballo.

Merced a la caridad de algunos vecinos de un pueblo que encontré allí cerca pude conseguir comida y abrigo. Debía de ser tal el aspecto desaliñado que presentaba, llamando a la piedad de las gentes, que cuando partí de allí iba abrigado, alimentado, bebido y

hasta saciado, ya que una muchachota de la villa me obsequió con placeres carnales de los que yo no disfrutaba desde hacía bastante tiempo, y un alma piadosa con una terca mula.

Mi jumento, me dejó solo al segundo día, cuando en un despiste mío, salió al trote veloz. Fue el asunto que había descabalgado para estirar un poco las piernas. El animal, viéndome, olisqueó un no sé qué por allí y comenzó a engullir unos hierbajos verdes a sus pies. Al poco, decidido a continuar, lo cogí de las riendas y fui a montar, cuando giró la cabeza hacia mí mirándome como con gesto de enojo. Le di una palmadita entre las orejas, diciendo algo así como «venga, venga, que nos vamos». El bicho, pareciendo que me había comprendido, tiró hacia atrás soltando mis manos del asa del cabezal. Al tiempo hacía gestos con su cabezota, mientras agitaba las orejas relinchando, para enseñarme unos negros y grandes dientes. Parecía que hasta sonreía.

Como yo intenté cogerla de nuevo, ella retrocedió. A cada paso que yo daba para adelante, ella marchaba uno hacia atrás, sin dejar de rebuznar. Mis pies fueron, poco a poco, cogiendo velocidad, hasta que llegó el momento que la mula corría con alegría por el campo y yo detrás de ella, lanzando maldiciones hacia los caballos, los burros y todos los jumentos y santos del calendario.

En mis oídos resonaban ya aquellos sonidos de relinchos y bufidos del principio, como carcajadas largas de burla. Paré entonces por estar sin resuello, y como ya tenía cercano mi destino la dejé marchar con una sonrisa y el pensamiento de «*vete con Dios*». Las dos leguas que me separaban de La Montaña las hice en una tarde.

Llegado al pueblo, un centinela me acompañó ante el teniente jefe de la primera compañía de infantería. Cuando el oficial reconoció la firma del general Porlier en mi pasaporte, ordenó se me llevara a un caserón, en mitad del pueblo, en donde se encontraba el estado mayor. En los sótanos me habilitaron un jergón. Después de comer un trozo de carne seca, recibí la orden de presentarme al alba al capitán Amor Pisa.

—¡Diego! —exclamó cuando me vio al día siguiente—. Veo que ya estás repuesto. ¿Cómo te ha ido el camino hasta aquí?

—Sin novedad, mi capitán —mentí acordándome de la mula, del abrigo, de los medios de transporte y de los bandidos desertores franceses.

—Espera, que en cuanto el brigadier termine con las consignas, te presentaré a él.

Retrocedí unos pasos, aprovechando para observar al grupo de oficiales. Eran unos diez. Todos lucían sus uniformes, aunque alguno medio roto y gastado de más. En su mayoría eran bastante jóvenes, de menos de cuarenta años. Hacían corro alrededor del general Porlier, a quien yo ya había visto antes. Al poco, cuando terminaron, el capitán Amor habló con mi señor, señalándome. Me hizo entonces un

gesto con la mano para que me acercara.

AL FINAL, TERMINÓ LA GUERRA

Era, mi general, hombre de no mucha edad, como ya tengo dicho. De porte alto, cabello negro rizado, con largas y anchas patillas, pero sin barba ni bigote. Sus chispeantes ojos oscuros, analizaban de un solo vistazo todo aquello sobre lo que se posaban. El rostro era bello, de líneas no muy angulosa, que inspiraba confianza. Las manos, no muy grandes, guardaban proporción con sus largos dedos. Vestía uniforme de oficial con charreteras de brigadier. El brillante sable colgaba a su izquierda, rozando las botas de caballería. Parecía persona de mente clara, con pensamientos lógicos y rápidos. Tal fe tenían en él sus tropas, yo lo he visto, que en multitud de ocasiones miles de soldados y oficiales, algunos hasta le doblaban la edad, le seguían asustados pero entusiasmados al combate, sabiendo que muchos de ellos perderían la vida. En mi existencia no he conocido, dudo que lo haga, a persona alguna con tanto carisma como él.

Me cuadré y saludé para presentarme. Él me miró a los ojos.

—Espero que tu nuevo destino te agrade.

—Por supuesto que sí, mi general.

Mientras el capitán Amor callaba a un lado, nosotros permanecimos unos segundos en silencio, sin desviar la mirada, hasta que me tendió su diestra.

—Sé bienvenido —me la estrecho con energía—. Acércate hasta el sargento Campos. Él te pondrá al corriente de lo que serán tus obligaciones.

Estas fueron mis primeras palabras con el general Porlier. A partir de entonces fui su ayuda de cámara. Con el tiempo, su amigo.

Mucho se recorrió y luchó ese año, pero lo más importante no fueron las batallas en sí. Sucedieron dos cuestiones que marcaron a mi señor. La primera fue el nacimiento de su hija, a quien llamaron Juana, allá por el mes de julio. Este suceso colmó de gozo al matrimonio, uniéndolos, más si cabía, en la distancia, ya que no era mucho el tiempo que podían permanecer juntos debido a los avatares de la guerra. El parto tuvo lugar en Bilbao, a donde acudió el padre al recibir la noticia.

La otra cuestión que inscribió ese año en la historia de España, fue la aprobación y proclamación, el diecinueve de marzo de 1812, de la Constitución. Siendo ese día la festividad de San José, muchos llamaron a aquella ley de leyes «*la Pepa*». En ella se fijan los derechos y libertades de las personas, se suprime la Inquisición y el poder absoluto del rey. A pesar de ser una constitución monárquica, en ella

se dice que la soberanía nacional radica en el pueblo, que es el único capacitado y autorizado para elaborar leyes. Gracias a ella, durante los años que estuvo en vigor, la patria, la nación, España entera, prosperó como nunca antes lo había hecho, aún a pesar de librarse en sus carnes una cruenta guerra contra el francés. Pero el felón, demasiado mal aconsejado por su camarilla, ya se encargó de destruir todo lo que tanto esfuerzo había costado levantar, como explicaré en otra hoja.

En otoño de 1813, mi general se hizo acreedor del ascenso a mariscal de campo. La cosa sucedió que mi general se encontraba al mando de la 5ª División, encuadrada en el 4º Ejército, cuando recibió la orden de marchar hacia la frontera con Francia. El treinta de agosto, se apostó, todo el 4º Ejército, en esas montañas, situándose la 5ª División en las alturas que se llaman de San Marcial. Se complementaban las fuerzas españolas con dos brigadas inglesas, estando todos al mando del general Wellington.

Al amanecer del lluvioso día treinta y uno, los franceses atacaron con ímpetu por todo el frente. Al principio tuvimos que retroceder, pero en cuanto recibimos el apoyo del Regimiento de Laredo, fue tal nuestro arrojo que tuvieron que volver a sus puntos de partida. Hasta eso de la diez de la mañana, anduvo el enemigo incordiando con empeño, pero siempre fueron rechazados, por lo que nos bombardearon durante un largo rato. Aprovecharon nuestra falta de actividad ante la caída de las bombas, para colocar un puente sobre el Bidasoa.

Según nos cayó el último zambombazo, cruzaron por allí, a toda velocidad, unas cuantas divisiones, con la malsana intención de hacernos daño por el centro del ejército. Mi general, al darse cuenta de sus intenciones, organizó el descenso de todos los de caballería e infantería que estábamos en San Marcial.

La última vez que vi a doña Josefa, un mes antes, me encargó que cuidara de su esposo.

—Diego, vela por él, te lo suplico. Que nada malo le pase —me dijo.

¡Qué ironía del destino! La mujer, por quien mi corazón se deshacía a silenciosos golpetazos cada vez que cerca de ella estaba, me pedía que cuidara de ese que se encontraba enfrentado a mis sentimientos. Mi enemigo en el amor, era mi mejor amigo en todas las demás cuestiones de la vida. Ese hombre, compasivo caudillo guerrero, era quien había cogido antes que yo esa fruta, la manzana del árbol prohibido del Edén. Él comía de las moras maduras de la zarza espinosa. Yo me pinchaba con el arbusto cada vez que acercaba mi mano, aunque fuera en sueños, desgarrándome más mi alma sanguinolenta. Pueda ser que Dios mismo estaba cobrándose las atrocidades cometidas por mí en tiempos no tan pretéritos,

presentándome muy cercano al inalcanzable Árbol de la Vida que a mí me llegaba en calidad de continuo sufrimiento amoroso.

—Os juro, señora —contesté resignado, pero con una sonrisa—, que daré mi vida por mi señor si es necesario. Allí donde él vaya, allí estaré yo, a su lado. Velando por su integridad como si fuera el sagrado de una iglesia

Me sentía obligado, por ese juramento, a hacer algo para que el brigadier no participara en el combate como, a mí me daba esa acertada impresión, era lo contrario a lo que se proponía. Un mes hacía ya que lo había jurado, pero siempre lo tuve muy presente. Mi compromiso de honor y lealtad fue llevado hasta donde mis propias fuerzas del cuerpo y el alma me permitieron,

—Mi general —le dije en voz baja sin que nadie nos oyera—. No vayáis a la cabeza de los húsares. Os sobran generales y coroneles. Si vais y algo malo os sucede, jamás podré perdonármelo.

Me miró sonriente antes de contestar.

— ¿Tienes, quizá, algún encargo de mi señora para con mi persona?

—He jurado dar mi vida por vos.

—Diego, amigo —me abrazó—. No puedo dejar a mis hombres solos. Debo marchar a la cabeza. Si yo como jefe no combato, nadie lo hará.

—Pero señor, eso es tentar a la muerte.

—Lo sé, pero recuerda que a cada instante de la vida la estamos tentando. Este momento es como todos. Ni más ni menos que un quite con la muerte.

Su reflexión era tan sencilla que no tuve otro argumento.

—Dejadme al menos que corra a vuestro lado.

—Si ese es tu deseo, acude a las cuadras y toma un caballo. Vuelve presto que enseguida partiremos —durante un instante pensó lo que iba a decirme—. Pero... quiero que nada malo te pase. Prométeme que continuarás vivo y entero cuando esto termine, y que si yo, de esta que vamos a emprender, no termino con bien, cuidarás de mi esposa con todas tus fuerzas, con todo tu cariño fraternal.

¡Pero cómo son las mismas casualidades del destino! Primero doña Josefa, mi amada etérea e inalcanzable me pedía que yo cuidara de mi amigo, pero enemigo en su amor. Ahora, él me solicitaba mi promesa de conservar mi vida para cuidar de ella si le pasaba algo funesto. Seguro que yo estaba acertado. Dios ya había empezado a actuar como acreedor. Yo, como humilde pagador para intentar llegar al Purgatorio, que no al Infierno.

—Señor. Mi general —contesté con una digna sonrisa demasiado forzada—. Os lo prometo. Os lo juro. Conservaré mi vida y vos la vuestra. Si los hados misteriosos de las batallas están en contra,

y si algo malo os sucediera, yo cuidaré de doña Josefa con todas mis fuerzas, hasta el último hálito de vida, como un padre a un hijo. Os lo juro.

Me miró con gesto grave, serio. Se dio cuenta entonces de que en mi interior, sentía algo más que amistad hacia su esposa.

—Bien Diego —dijo al poco—. Te tomo la palabra. Hasta el último hálito de tu vida. Como un padre a un hijo.

Entonces suavizó un poco su semblante, esbozando una expresión alegre, consoladora.

—Que así sea. Amén —me guiñó un ojo—. Ahora, tratemos de la guerra y de la muerte, que la paz ya se ha acabado. Vayamos cada cual a su sitio.

Pasé a mi puesto, no muy lejos de él, encuadrado con los de caballería, que formábamos delante una larga fila. Detrás, los infantes esperaban ansiosos con sus armas dispuestas. El general Porlier salió ante todos, y paseó de lado a lado.

— ¡Soldados de España! —gritó —. El día de hoy será recordado por muchos años. Que ese recuerdo sea para nuestra victoria. Luchemos con valentía y arrojo. Desafiemos a la vida. Desafiemos a la misma muerte. ¡Viva la Constitución! ¡Viva el rey! ¡Viva España!

Coreamos muy fuerte las tres últimas frases. Cuando el griterío cesó, sacó su espada de la vaina.

—¡Desenvainen!

Se dirigió al cercano corneta y le dijo:

—Soldado, toca «degüello».

Con la melodía guerrera de una carga sin piedad ni prisioneros sonando, nos dio la espalda. Dirigió entonces la punta de su arma hacia adelante y comenzó el galope a la par que ordenaba.

— ¡Húsares de Galicia, a la carga!

Casi cuatro mil españoles, de ellos más de mil con cabalgaduras, volamos, que no corrimos, por las laderas de San Marcial. Nos acompañaban las notas del corneta. Arrollamos todo lo que encontramos, produciendo una total desbandada del enemigo. Y nosotros, válgame Dios, interpretamos bien la música. Se había ordenado «degüello», pues sin compasión, a «degüello» cabalgamos. El resto del 4º Ejército aprovechó para perseguir y hostigar a los que huían.

Hubo un momento en que mi general estuvo a punto de salir malparado. Un dragón se acercó desbocado por su izquierda para ensartarlo en su lanza, pero falló el primer golpe, rodando por el suelo. Mi señor frenó un poco, lo que aprovechó el enemigo caído para sacar un pistolón de su funda. Gracias a Dios que llegaba yo en ese momento, a galope enloquecido, por lo que arrollé al francés, justo

en el momento en que disparaba. La bala me rozó la pierna derecha, incrustándose en mi silla. Sin bajarme, separé la cabeza del francés de su cuerpo, de un rabioso sablazo. Acababa de comenzar a cumplir mi promesa a doña Josefa.

Cuando los enemigos llegaron a sus posiciones del principio, se reorganizaron rápido, lanzando otro ataque contra la 3ª División, que estaba a la izquierda. Allí, de nuevo, sufrieron un grave descalabro, merced a la ayuda que les prestamos los de Porlier. Al final de la tarde, atravesaron de vuelta, el río Bidasoa, refugiándose en lugar seguro. Tuvieron casi cuatro mil bajas, por algo más de dos mil nosotros.

Durante la batalla de aquel día, que se desarrolló bajo una intensa lluvia, solo intervinimos tropas españolas. El general Wellington, asombrado de nuestra bravura, publicó una orden del día, la cual decía así:

«Guerreros del mundo civilizado: aprended a serlo de los individuos del cuarto ejército español, que tengo la dicha de mandar. Cada soldado de él merece, con más justo motivo que yo, el bastón que empuño. Del terror, de la arrogancia, de la serenidad y de la muerte misma, de todo disponen a su arbitrio. Dos divisiones británicas fueron testigos de este original y singularísimo combate, sin ayudarles en cosa alguna, por disposición mía, para que llevasen ellos solos una gloria que en los anales de la historia no tiene compañera.

Españoles: dedicaos todos a premiar a los infatigables gallegos, distinguidos sean hasta el fin de los siglos, por haber llevado su denuedo y bizarría a donde nadie llegó hasta ahora, a donde con dificultad podrán llegar otros, y a donde ellos mismos se podrán exceder, si acaso es posible.

Nación española: la sangre vertida de tantos cides victoriosos fue recompensada con dieciocho mil enemigos y una numerosa artillería que desaparecieron como el humo, para que no nos ofendan jamás.

Franceses: huid pues o pedid que os dictemos leyes, porque el 4º Ejército de Galicia va detrás de vosotros y de vuestros caudillos a enseñarles a ser soldados».

Después de aquella batalla, y ya mariscal de campo, mi general recibió el mando de la 1ª Brigada. Con él me llevó, emprendiendo la cacería de los franceses, que, después de lo de San Marcial, huían abandonando pertrechos, armas y material. A principios de diciembre, después de desalojar los puntos fronterizos en los que el enemigo se había fortificado, los perseguimos sin cuartel hacia Urogne. Lo hicimos sin piedad alguna. Intentábamos cobrarnos agravios de otros

enemigos, en esos que se fugaban de un país que no era el suyo, de una guerra que no habían querido y de una muerte que no deseaban.

Me dejé llevar por el ansia de venganza, ya que los peldaños que había ascendido desde el Infierno hasta el Purgatorio, los bajé de golpe, habida cuenta de que muchas almas envié al cielo sin piedad. Todavía seguían sonando en mis oídos las notas de la carga de «degüello». Dios andaba en pugna con el mismo diablo, y el ángel negro le ganó la partida.

No obstante, aun a pesar de los horrores mismos de los años pasados, empezamos a tomar conciencia de estar muy cerca de una situación nueva, que se nos ofrecía y la que ya teníamos olvidada. Una alegría desmesurada nos llenó a todos cuando pisamos suelo francés. Ahora los combatíamos en su propia tierra. El día siguiente de ese mes, el general Freire estableció su cuartel general en Irún, por lo que al ser relevado, mi señor, con su ejército, partió hacia Bilbao para quedar allí de guarnición.

Por fin habíamos dejado atrás la miseria y la muerte. ¡La guerra había terminado!

EL REGRESO DEL REY

Establecido el acantonamiento de las tropas en un lugar que se llama el Garellano, Porlier, doña Josefa y la pequeña Juana pasaron a ocupar unas habitaciones en un lugar cercano al cuartel llamado Basurto. Yo vivía con los demás soldados, aunque durante muchas horas del día me desplazaba hasta la casa que hacía las veces de domicilio de mis señores. Llegaron los días de la Natividad del Señor, y la celebramos con alegría y con la católica paz que casi ya teníamos olvidada. Fue justo antes de terminar ese año de 1813, cuando mi general solicitó, en base a los méritos de su persona, que le fuera concedido el mando de la capitanía general del Reino de Asturias, motivo por el cual pedía, para tratar el tema, autorización a la regencia para tomar permiso de dos meses en Madrid.

Como no llegaba la contestación, escribió a su superior, el general Freire, solicitándole un permiso discrecional de un mes para pasarlo en Valladolid. Allí debería de solucionar asuntos de herencias y sucesiones de Doña Josefa que habían quedado postergadas por los avatares propios de las cuestiones de las campañas guerreras.

Pero la desgracia se cebó en ellos. Coincidiendo con la llegada de la autorización para esa comisión en Valladolid, a mediados del mes del nuevo año, la infante Juana enfermó de fiebres que le fueron a más a días vista. A medida que la vida se apagaba en el alma de la niña, el corazón de mis señores se deshacía. El veintitrés de enero, la

pequeña falleció. Fue enterrada en el camposanto de la iglesia de San Nicolás de Bari de Bilbao. Jamás vi tanta tristeza en los ojos de sus padres. La amargura llegó pareja de las lágrimas.

A finales de enero marchamos para Valladolid. Allí, mi señor contrató a un criado llamado Agapito Halconero, que hacía las veces de recadista y amanuense de mi general. Estaba casado con una moza de Santurce. Era de unos treinta años y carácter reservado, por lo que nunca conocí si tenía hijos. Después supe que era un traidor, pero más adelante lo explicaré.

Expulsado ya el francés, el rey Fernando VII, llamado entonces «*el deseado*» mote que el propio pueblo cambió con el tiempo por el de «*el felón*», firmó en Valençay un tratado que lo restituía al trono. En él se comprometía a respetar los derechos y bienes de los afrancesados así como a evacuar al ejército inglés de España. Por haber sido firmado a espaldas de las Cortes Constitucionales, unido a los términos expresados, éstas no lo reconocían, quedando, dicha restitución, a expensas de que Fernando jurara la Constitución. A pesar de ello, en marzo de 1814, el rey regresó, después de un dorado y apacible exilio de cinco años, que la mayoría de los españoles creíamos que había sido terrible y cruel prisión. Desde 1808 había permanecido en Francia, en Valençay como ya tengo escrito. Mas en esa ciudad ocupaba un gran palacio junto con toda su corte. De nada le había privado el anfitrión, ladrón de reinos, Napoleón. Su físico denotaba, a su regreso, la opulencia que había marcado su cotidianeidad durante ese forzado exilio. Aseado, pulcro, gordito tirando más bien a rechoncho de panza prominente y acompañado por su corte de serviles interesados y egoístas que se hacían llamar consejeros. Así volvió el rey a España. De esa guisa, con esas maneras.

Entró por Figueres y siguió hasta Valencia. Por el camino, sin jurar nada, haciendo caso omiso de la ley de 1812, comenzó, con premura, a dictar regias leyes. Restableció la Inquisición, el Consejo Real, el de Estado y todos los anteriores a 1808, aboliendo también las diputaciones, así como todas aquellas normas o reglamentos que fueron promulgados al amparo de la suprema. Lo que el sufrido pueblo español habíamos conseguido en casi seis años de guerra cruenta y terrible, él, al poco de volver, comenzaba a deshacerlo.

Entonces, los cobardes comenzaron a mostrar su ruindad. Esos que a sí mismos se hacían llamar «salvadores de la patria». Ellos, que más de una vez corrieron con el rabo entre las piernas, cargados de humillante cobardía ante los disparos franceses. Los que habían medrado al amparo de la muerte y el hambre de los demás. Aquellos que más de una vez habían abandonado a sus tropas ante la mínima acometida enemiga. Todos los que hicieron de la envidia el entretenimiento nacional, desbancando a los juegos de cartas. Todos

ellos, aduladores de un rey confiado, que, seguro que desconocía muchos de los sufrimientos pasados por el pueblo, se aliaron en tácito acuerdo, para hacerse amigos de la bajeza y vileza, y al tiempo enemigos del altruismo, la generosidad y la filantropía.

Cierto es que demostraron demasiada falta de humanidad, amparándose, años después, en la misma persona de aquel rey ignorante. Dijeron que cumplían lo mandado por Su Majestad, que era él quien firmaba las leyes, que no solía querer consejos de nadie, aplicando siempre su criterio con total arbitrariedad,... Que no sean estas frases escritas con ánimo de descargo de alguna culpa del mismo monarca, ya que él fue la punta de la pirámide, que amparó y consintió, en beneficio propio, todas esas miserias humanas. Sabiéndolo o no, lo desconozco, él es el responsable de todo.

Gracias a esa camarilla de serviles aduladores, el regresado rey, llamado hasta ese momento «el deseado», el treinta de mayo, día de su onomástica, promulgó un decreto en el que expulsaba de España a miles de personas que habían contribuido a la victoria. Muchas otras barbaridades dictó, pero ahora no las escribiré. A raíz de esa en la que exiliaba a demasiada gente, los patriotas fueron arrojados al país contra el que habían combatido. Miles de héroes anónimos, mezclaron sus lágrimas con el polvo de los caminos de esa España ingrata, que tanta sangre les había costado defender. Muchos de ellos, cuando llegaron a Francia, fueron detenidos y ajusticiados por haber combatido en la guerra de España contra el mismo Napoleón.

¡Qué injusticia! Expulsados por ese a quien habían defendido. Y encima, al país contra el que habían peleado y a cuyos soldados habían matado. Era de esperar esa venganza franca, no así el perdón español por pecados no cometidos, ni tampoco el agradecimiento por ese padecer tan grande y profundo que había afectado a todos los ámbitos de la sociedad. Ya nadie estaba a salvo en el país. No existía rincón seguro, ni amigos fiables. Se perseguía a los que habían arriesgado sus vidas, y se premiaba a los cobardes que, durante la guerra, se habían escondido. Sí es cierto que el Rey se dejaba influenciar por sus consejeros, pero la responsabilidad final es de él. Esos que le rodeaban eran unos sinvergüenzas con ningún mérito para estar en donde estaban.

El regreso de Fernando supuso la ruina del país. Nadie podía hacer frente a los altos impuestos, que eran cobrados por la fuerza, siendo encarcelados los que no podían atender a tan desmedida imposición. Los liberales eran detenidos, a los absolutistas se les daba parabienes vitalicios, que, se podrá comprobar por el paso de la historia, sus hijos y nietos harán tal uso de aquellos robos, que hasta parecerán conseguidos con honradez y buen hacer. O´Donell, Elío, Ugarte, Collado, Córdoba, Ostalaza y muchos más, solo basta con

mirar los apellidos de los más pudientes, en títulos, dineros, tierras y heredades, del país para darse uno cuenta de que lo que digo es la realidad. Dentro de cien o de doscientos años, sus descendientes seguirán despilfarrando con desprecio hacia el pueblo, todos esos productos de los robos, asesinatos y felonías de sus abuelos, bisabuelos o tatarabuelos. Estoy seguro que el tiempo me dará la razón.

Gracias a toda esa ristra de mezquinos y miserables, las gentes andaban desnudas, morían de frío y hambre. Las lágrimas del pueblo eran acalladas con la horca, que funcionaba un día sí y al otro también. Nadie, excepto los mezquinos aduladores del asesinato y del terror, se encontraba a salvo de la amenaza de la soga.

LA DELACIÓN

En abril de ese año, nos trasladamos desde Valladolid a Madrid, instalándonos en una casa propiedad de mi señor, cerca del cuartel del Noviciado. Era, el edificio, de dos plantas, no muy antiguo, con suelos y paredes de madera. Los muebles, algunos de bellos forjados, llenaban las seis habitaciones.

Allí, la vida transcurría de forma tranquila. A diario, mi general se reunía con varios conocidos y amigos para jugar a los naipes. También, casi a diario, remitía correspondencia a Oviedo, Bilbao, La Coruña, etcétera. Por ser yo el asistente y no el amanuense, desconocía lo que Agapito Halconero solía escribir al dictado. Por mi parte, mis labores eran simples, más bien escasas.

Cierto es que si yo hubiera querido, habría tenido la licencia de la milicia con solo pedirla en la capitanía general. Me la hubieran dado aun sin el permiso del mismo Porlier, quedándome una pequeña paga mensual de algunos reales, en compensación por los méritos adquiridos y los sinsabores padecidos durante la guerra. Hasta el mismo general me animó más de una vez a ello, aunque creo que su intención era que yo allí permaneciera. Pero la conversación más trascendental de todas, fue el día anterior al de partir para Madrid.

—Diego, amigo —comenzó él—. Mucho hemos pasado y padecido juntos, parece que fue ayer mismo cuando nos conocimos.

—Y qué razón tenéis señor. Bastante tiempo ha pasado, demasiadas vivencias buenas y malas, mejores y terribles nos han sucedido, pero ahora, aquí estamos. Supongo que intentando disfrutar algo de la paz que durante años no tuvimos.

— ¡Ay la guerra! ¡Qué terrible es!

—Y qué bonita la paz —añadí a modo de sentencia.

—Sí. La verdad es que creo que ninguno echamos de menos tanta muerte y desgracia. Ya ves, ahora aquí, con mi esposa y contigo, amigo mío. Y,... ¿qué más puedo pedir?

Adiviné unos brillos en sus ojos. Seguro que tenía en mente a su hijita fallecida, Juanita. Al poco, cuando se le pasó ese momento de tristeza, continuó.

—Quiero preguntarte una cosa, Diego. Sabes que, si así lo quieres, puede, la capitanía, licenciarte, otorgándote un sueldo de una docena de reales por los servicios prestados.

—Claro que lo sé señor. Pero, decidme, ¿no me queréis a vuestro lado?

—Por supuesto que sí. Nunca se me ha pasado por la cabeza el licenciarte o despacharte. Te considero un buen amigo, casi como un hermano. Hasta la misma Josefa te tiene demasiado aprecio. No sé qué haríamos sin ti. Te echaríamos demasiado de menos. Pero, compréndelo, es mi obligación el recordarte que tienes vía libre para elegir este nuevo camino en tu vida.

Lo conocía lo suficiente como para saber que esas palabras eran una invitación para quedarme, no una maniobra para que me fuera.

—No me atrevía a pedíroslo señor. Bien sabéis que no tengo familiares, ni tierras, ni posesiones. Toda esta barbarie recién pasada solo me ha dejado este cuerpo y mi alma. Si yo ahora pidiera la licencia, no tendría a donde ir. Por ello, mi general, os ruego que me dejéis permanecer a vuestro lado y al de vuestra esposa, en calidad de ayudante o de lo que se os ocurra. A mí me sucede lo mismo que a vos. Ya os considero un amigo, un compañero, casi un hermano. Sois como mi propia familia. Por ello casi nada pido, unas monedas para mis gastos, además poco como y menos guerra doy. No sé. ¿Qué pensáis de ello?

Se acercó a mí y me abrazó muy fuerte.

—Amigo mío. Desde ahora mismo formas ya parte de esta familia, que es la tuya.

Doña Josefa, que acudió poco después, se alegró mucho de ello. Hasta pude ver una pequeña lágrima en uno de sus ojos, como en un intento de corretear por sus mejillas. Ella también me abrazó, y con ese cariño hacia mi persona, en mi alma continuó esa dicha de silencioso enamorado.

En Madrid, como ya tengo dicho, la vida transcurría con tranquilidad. A diario, Porlier jugaba a los naipes con una serie de amigos y conocidos. Yo solía asistir a las partidas pocas veces en calidad de sirviente, muchas más como jugador. En ellas se hablaba, muy a menudo, de la situación cada vez más grave del país.

Un día cualquiera, mi señor recibió noticias de que se había dictado orden de detención contra su cuñado, el conde de Toreno, de talante liberal. Según ellas, le acusaban de conspirar contra «*la camarilla*». Decidido a no desamparar al hermano de doña Josefa, le envió varias notas con indicaciones para que escapara sin demora. En

ellas también le indicaba lugares, personas y demás que podrían ayudarle antes de que la justicia lo detuviera. También escribió otras, para que, diferentes personajes le facilitaran la huida si así se lo solicitaba el prófugo.

Pero la vida en un país en el que todo y todos son traidores, espías, delatores, calumniadores y difamadores para conseguir un beneficio propio, puede cambiar, de hecho lo hace, de un momento a otro, y nunca para bien. Las cuestiones de la casa seguían con normalidad, hasta que a finales de mayo, a la una de la madrugada, se presentaron un juez de policía y varios alguaciles aporreando la puerta.

Todos nos asustamos mucho, pero mi general ordenó que les franqueáramos el paso. Entonces los acompañó al salón. Allí le interrogaron sobre su familiar y unos conocidos de él de Valladolid y La Coruña. Todo ello estaba relacionado con aquellas cartas enviadas por mi señor al conde de Toreno y a otras personas, que habían caído en manos de la justicia en vez de en las de sus destinatarios.

Cuando terminaron le pidieron que les dejara registrar la casa, cuestión a la que asistió sin poner impedimento alguno. Vaciaron cómodas y cajones, armarios y mesas. Nada escapó a sus miradas. Buscaban algún papel incriminatorio, pero no lo encontraron. Eran ya las tres y media de la madrugada cuando se dieron por vencidos. Antes de irse hicieron saber a mi señor que quedaba en arresto domiciliario, debiendo jurarles por su honor, cosa que así hizo, el que al alba se presentaría en el cuerpo de guardia del cuartel del Noviciado para quedar a disposición del juez. Después se marcharon.

Muchas veces he recordado ese momento. ¡Maldito honor! Si mi amigo hubiera tenido un poco menos de él, ahora estaría vivo. Esa noche le insistí, cien veces, para que escapara. No existía, todavía, orden para detenerlo fuera de Madrid, por lo que le habría resultado fácil embarcar rumbo a Inglaterra, o llegar por camino a Francia. Pero él, apelando a su honor, quiso cumplir su juramento.

—He dado mi palabra —me repetía una y otra vez.

—Pero por favor —contestaba yo—, pensad en que la justicia de Fernando no es tal. Intentarán condenaros aunque no exista motivo.

—No he luchado por España para que ahora me dé la espalda. La grandeza de la patria y de la libertad está por encima de la justicia. Confío en ella, ya que no se puede acusar de nada a quien nada malo ha hecho.

Mi señora, por su parte, sufría de mucha más inquietud que yo. Ella lloraba, suplicante, pero sus ruegos siempre chocaban con la negativa de mi señor apelando a su juramento. Todavía titilaba alguna estrella cuando salimos de la casa. Pero antes de ello mi amigo me

dijo, aprovechando un momento que estábamos a solas en el salón:

—Diego, cuídamela. Cuídamela mucho. Que yo no sé qué pasará a partir de ahora. Cuídamela.

—Lo juro. Lo juro por mi vida amigo mío.

Ya en la calle, le acompañábamos doña Josefa y yo. Ellos iban de la mano, sin hablar. Se había vestido él con su uniforme de diario. En breve llegamos a la puerta del cuartel. Allí se despidió de su esposa con un beso bañado en las lágrimas de ella.

—Tranquilízate, mujer —le dijo.

—No puedo, me es imposible. Creo que algo malo puede sucederte.

—Si la guerra no ha podido conmigo, dudo que estos serviles lo hagan.

Rozaron de nuevo sus labios, sin hablar. Antes de entrar, mi amigo me guiño un ojo, en recordatorio de mi juramento. Yo asentí suave con mi cabeza. Entonces mi ojo derecho comenzó a hacer honor a mi apodo, Virojo, tal era la situación tan tensa de ese momento.

En estas, Porlier pasó ante el oficial de guardia, quien sorprendido ante tan alta visita, ordenó formar, para rendirle los honores reglamentarios. Mi señor observaba, curioso, con sonrisa cargada de ironía, a los soldados que le presentaban armas. Ante el asombro del fogueado oficial, mi general se presentó a él.

—Señor teniente, soy el mariscal de campo Juan Díaz Porlier. Me presento a usted para que tome mi persona en calidad de arrestado preventivo, sin cargos, conforme al juramento que hice anoche al juez Alcalá. Supongo que estará usted informado de los pormenores.

El oficial, un hombre que peinaba canas, ni decía ni sabía nada. Ante él tenía al mito del guerrero, al indomable e incombustible general Porlier. Y le decía que lo arrestara. ¡Inaudito! A pesar de esa contraproducente cuestión, reaccionó enviando un mensaje al coronel jefe del cuartel con la novedad. Hizo pasar a mi general al despacho del oficial de guardia, en donde le ofreció café y bollos. Yo, en calidad de asistente, permanecía a su lado, mientras que doña Josefa había regresado a casa. Tuvo lugar entonces una conversación intranscendente, en la que el teniente relató, muy breve, su experiencia en la guerra, adulando, a cada frase, al arrestado. Se escuchó el toque de generala, y cinco minutos después, apareció el coronel, que había formado a las tropas y esperaba que el general las revistara. Él rehusó ese honor, explicándole al jefe del cuartel que quedaba a su disposición, por orden del juez.

—Me encuentro a la espera de una comunicación del capitán general al respecto, por lo que os ruego que hasta que sepa lo que he de hacer os sintáis como mi invitado —fue la contestación.

De nuevo trajeron café y dulces, entablándose una charla trivial

entre ellos dos. Poco a poco, los jefes y oficiales del cuartel fueron acudiendo, más que nada, creo yo, para conocer al heroico vencedor de mil batallas general Porlier, a quien se presentaban.

A eso de las diez de la mañana, el coronel recibió un mensaje urgente. En él le comunicaban que debía proceder a la incomunicación inmediata y preventiva de mi señor, que quedaría a disposición del señor juez.

—Lamento mucho tener que hacer esto —dijo.

—Los malos tragos, cuanto antes pasen, mejor —contestó Porlier.

A la vez que un piquete de la guardia lo llevaba a los calabozos, a mí me echaron a la calle, sin dejar que me despidiera.

Durante un mes acudí allí, acompañando a doña Josefa, quien solicitaba, día tras día, ver a su marido, pero las mismas veces sus peticiones fueron denegadas. Eso sí, siempre fue atendida por el coronel jefe, quien se excusaba de mil maneras, pero todas muy educadas. En ese tiempo recibimos también en la casa, varias visitas de secretarios y alguaciles, enviados por el juez que instruía el delito, que decían había cometido, de mi señor.

Residíamos en la vivienda, aparte de mi señora y de mi persona, el amanuense, el mayordomo y la cocinera, que hacía las veces de ama de llaves. Nos interrogaron a todos, intentando que nos contradijéramos, sin conseguirlo. Nadie sabía cómo pudo ser la delación, pero yo sospeche de Halconero, el escribano, durante una conversación que mantuvimos. En ella, él defendió, con demasiado ardor, la persecución que se estaba llevando a cabo contra los liberales, por lo que, desconfiado, le pregunté:

— ¿No sabrás tú quien delató al general?

—Pudo ser cualquiera —respondió sin mirarme a los ojos.

—Cualquiera sí, pero tú eres quien escribió las cartas y las echó al correo. ¿No las perderías, o entregarías a alguien por el camino?

Recibí la callada por respuesta. En sus ojos descubrí el destello de la realidad.

—Eres un Judas —le hablé marcando las sílabas.

Él se retiró a su habitación, en donde hizo su pequeño equipaje. Abandonó la casa a escondidas, sin tan siquiera cobrar los sueldos que se le adeudaban. Desde ese día no lo he vuelto a ver, y nunca he sabido si su vil acción tuvo recompensa. Espero que no.

El siete de junio, doña Josefa obtuvo audiencia con el ministro de la guerra, quien la recibió a primera hora de la mañana. A él le presentó una memoria de los hechos de armas más representativos de la vida del general Porlier, haciendo hincapié en la improcedente y tan poco adecuada prisión que estaba sufriendo. Gracias a esta entrevista, consiguió que el rey ordenara que abandonara los

calabozos, pasando a otras dependencias más acordes con su empleo, pero sin perder la incomunicación que sufría. Con todas estas incertidumbres, malvivíamos en la casa, a pesar de seguir su curso las investigaciones, hasta que, por fin, se decidieron a dictar sentencia, sin haber tenido, para nada, en cuenta la recién pasada vida militar de mi general.

En ella se condenaba al mariscal de campo don Juan Díaz Porlier, a cuatro años de confinamiento en el castillo de San Antón de La Coruña, a suspensión de empleo, a reducción a la mitad de su sueldo y al pago de los costes del juicio, por el delito de conspiración contra el poder establecido. La pena inicial, de diez o doce años, se había reducido a la dicha, en atención a las circunstancias personales, por su empleo militar, del condenado. Pienso que, dado el carisma de mi señor, tenían miedo de imponerle una desproporción tan bárbara como la que ese juez de Fernando había intentado.

Al día siguiente, sin dar aviso a la parte del condenado, un carruaje enrejado, con el general Díaz Porlier en él encerrado, acompañado de escolta de diez soldados, partió de Madrid. Siguiendo las nerviosas indicaciones de doña Josefa, embalamos a toda prisa parte de los vestidos de mi general. Por voluntad propia, que no obligada, cargué todo en un carro y el salí de la corte persiguiendo a los carceleros ambulantes. Tenía la intención de alcanzar a mi señor por el camino y acompañarle para servirle, durante ese largo presidio que se avecinaba. Pasé varios días de veloz e infortunado viaje, cuando a la vista los tuve, cerca de Tordesillas. Me presenté, con demasiada humildad, al oficial al mando, quien me permitió continuar con ellos, previo pago, por supuesto, de cierta cantidad de efectivo, para gastos personales.

Iba, el pobre de mi amigo, engrilletado de pies y manos, dentro de un carro descubierto de lona, pero rodeado de rejas herrumbrosas. El implacable sol castellano hería su cuerpo. El polvo rojizo del camino se pegaba a sus sudorosas ropas. La lluvia, que por dos días fue muy fuerte, acabó por debilitarlo mucho. Las llagas, comenzaron a salirle alrededor de los labios y entre los dedos de las manos, las rojizas grietas de la piel, se mostraban demasiado dolorosas. A pesar de su lastimoso aspecto, ningún miembro de la escolta le prestó auxilio. Gracias a la amistad económica que me unía al jefe de la partida, pude aliviar, en parte, el sufrido deambular de mi general. Por fin, el uno de agosto de 1814, tras quince días de sufrimiento, alcanzamos la ciudad de La Coruña.

EL CASTILLO

Era de mañana cuando entramos en ella. La noticia de que el preso era el mariscal de campo Díaz Porlier se nos había adelantado, corriendo rápido entre las gentes, sin saber, yo por lo menos, como se tuvo conocimiento de ello. En poco, nada más atravesar la muralla del Caramanchón, un gran gentío nos seguía expectante por la Pescadería. El silencio solo era roto por el ruido de los cascos de los caballos.

Los pobladores de La Coruña ya conocían a mi señor de cuando la guerra. Había sabido granjearse el respeto y la simpatía de la mayoría. Sus hazañas guerreras, eran comentario de hombres y alabanza de mujeres, jugando los niños en las calles, a batallas entre Napoleón y Porlier, de las cuales siempre el segundo salía victorioso, humillando al eterno emplumado enemigo francés.

En la comitiva, marchaban delante cinco soldados y el teniente. Después iba el carro con el prisionero, al que seguían los otros cinco de la escolta. Yo, con mi carromato, cerraba el cortejo. Estaba, mi general, con la cabeza gacha, moviéndose merced al traqueteo del camino. Parecía como dormido, inmerso en sus propios pensamientos, ajeno, por lo tanto, a cualquier estímulo exterior. Sobre su cuerpo se acumulaba el polvo del camino, que formaba costras de barro en la ropa. Un murmullo creciente flotaba en el ambiente, por lo que el nervioso oficial, preocupado por la reacción del pueblo, ordenó, a su fuerza, el trote. Las gentes, sin embargo, aceleraron también el paso. Al doblar una esquina, en una plaza, al fondo de la calle, aparecieron gran cantidad de paisanos. Algunos portaban horcas y hoces, mostrándose, la mayoría, con mala disposición hacia los militares que se acercaban.

— ¡Viva la Pepa! —se oyó por detrás.

— ¡Viva Porlier! ¡Abajo el felón! —sonó por delante.

Mi señor levantó entonces la cabeza. Un destello de esperanza relampagueó en sus ojos. El pueblo de La Coruña lo recibía como héroe, deseosos de liberarlo, pero él era un preso, uno más, oprimido y encarcelado por obra y gracia de Fernando VII, el felón, rey aconsejado por miserables y mezquinos. Entreabriéndolos, pudo darse cuenta de la miseria y rabia que llenaban las vidas y los corazones de aquellos buenos patriotas.

El teniente, ansioso por hacerse paso, ordenó, con demasiado miedo, la carga al galope desbocado, contra los de la plaza de la Horca. Los soldados se abrieron en abanico, rodeando el carruaje, con sus espadas desenvainadas. Los espumarajos blancos de la saliva de los caballos, se mezclaban, en tenebrosa exposición, con el deslumbrante destello de las afiladas y mortales armas.

—¡No! —gritó fuerte mi señor— ¡Ellos no han hecho nada, dejadles vivir!

A medida que la escolta se acercaba a la muchedumbre, éstos

les fueron abriendo paso, de forma quizá involuntaria, sin dejar de gritar, amenazando a los uniformados con sus hoces y horcas.

—¡Viva la Constitución! ¡Viva Porlier! —insistían voceando.

Los miedos del teniente no se cumplieron. No se derramó ni una gota de sangre, a pesar de caerles más de una buena pedrada lanzada con tino. Como ellos tenían veloces caballos y lo mío era terca mula, me quedé atascado entre las gentes. Poco a poco se fueron todos, pudiendo entrar yo en la Ciudad Vieja. Cuando llegué al embarcadero, en la puerta de San Miguel, mi señor ya había ingresado en el castillo de San Antón. Bajé del carro, refunfuñando una sarta de maldiciones, a la espera de la vuelta de la barca. En esto, un paisano desarmado, de mediana edad, luciendo elegante capa de paño y sombrero de fieltro, me saludó.

—Buenos días —dijo—. ¿Sois recién llegado?

—Si señor —contesté—, soy el sirviente del general Porlier, quien ahora está preso en el castillo. Detrás de él he venido desde la Corte. Decidme ¿cómo podré verle?

—Se llega allí en barca, aunque esta solo transporta prisioneros, víveres o personal autorizado, por lo que, pienso yo, que no os va a ser nada fácil lo que queréis.

—No dispongo de acreditación, ni sé a quién recurrir para ello —repliqué.

—Pues quizá deberías hacerte con una —me tuteó.

Era, el hombre que me hablaba, de cerca de cuarenta años. De estatura más bien corta, cabeza de poco pelo negro, con cara rasurada y lentes en los ojos. Por sus vestidos se adivinaba que era personaje pudiente.

—Perdone, señor —le hablé—, todavía no sé quién es usted.

— ¡Ah, muchacho! —contestó sonriente—Lamento mi despiste. Soy Andrés Rojo, comerciante de esta ciudad. Tu general y yo somos viejos conocidos.

Lo miré no con desconfianza, sí con curiosidad.

—De la guerra. Hicimos amistad en esa época, cuando él azotaba a los franceses desde el mar.

—Entiendo señor —interrumpí—. Me tiene más premura el verle para entregarle sus baúles. ¿Quién me autorizaría el llegar al castillo?

—Veo que lo aprecias —sonrió de nuevo—. El capitán general te podría dar un salvoconducto. Espero poder arreglártelo en breve. Por cierto dispongo de cocheras en donde podrás dejar el carro y la mula a buen recaudo. Siendo asistente de mi amigo, te ofrezco también cama por el tiempo que necesites. Y si de algo más precisaras, te ruego que me lo hicieras saber.

Habiéndome cogido por sorpresa sus palabras, no supe que

contestar. Debía de ser lo único en lo que no había pensado antes, en el alojamiento.

—Quizá sea prematuro —balbuceé.

—Nada, nada —me interrumpió—. Confía en mí.

Hice como él dijo, conduciendo el carro hasta una casona, frente al puerto, en donde lo deposité. La mula pasó a una cuadra cercana, en la que había algún pesebre libre. En el mismo edificio, el señor Andrés me indicó mi aposento, así como en donde estaban las cocinas. Cuando le hablé del precio, estuvo a punto de enfadarse.

—Diego —dijo—, tú has venido a ayudar, en lo que puedas, al ahora caído en desgracia general Porlier. Ese gesto te honra, y dado que tu señor es mi amigo, así te considero, por lo que huelga hablar de economía. Solo quiero que pienses que estás en tu propia casa. Me encontraría mal si tú no te sientes aquí cómodo.

Después de asearme y de tomar algo de alimento, me acompañó al edificio de la capitanía general, a tratar el asunto del salvoconducto. Hice la petición a un oficial, quien me explicó que remitirían oficio al ministerio de justicia para que especificaran si la prisión de mi señor era incomunicada o, en caso contrario, del número y tipo de visitas que podía recibir. No obstante me entregó un escrito a fin de que el barquero pasara, sin más demora, al alcaide de San Antón, las pertenencias de mi general, para, una vez registradas, hacérselas llegar. Me emplazó allí quince días después, más o menos cuando calculó que se recibiría respuesta. Dispuse, por lo tanto, de casi medio mes libre, en el que me dediqué a andar por la ciudad.

Ya la conocía de antes, de tiempos de la guerra. Poco había cambiado en su físico. No así en las gentes. Se veía más miseria, más pobreza. De política nadie hablaba, aunque se palpaba oposición al absolutismo. Ese silencio estaba, sin duda, establecido de manera silenciosa por el sinfín de detenciones, delaciones y juicios que se habían visto en la comarca en los últimos tiempos. Se sabía, pero de ello nada se hablaba, que los ojos y oídos del rey y de su inhumana e insaciable camarilla estaban por todos los lados, sin descansar, inquietos. Por eso, la prudencia imperaba por las calles y comercios.

Este pueblo, el de La Coruña, desde antiguo ha sido liberal, siendo la situación actual de descontento general. La abolición de la Constitución había supuesto, para toda España, el retroceso del comercio y la agricultura. Las gentes de esta ciudad habían empobrecido mucho, por estar restringido el comercio con las Américas, encontrándose las pesquerías, saladeros y producciones de vino tan agobiados por impuestos, que casi no producían beneficio. Hasta los propios hacendados y comerciantes pasaban hambre, tal era la descomposición general de cualquier factoría, industria o establecimiento

Estaba el país entero, España toda, tan atosigado por el amiguismo de la camarilla, los mercachifles, los corruptos, que la mitad de él se moría, por no tener qué llevarse a la boca. Los militares no cobrábamos desde hacía meses, dándose el caso de muchos oficiales obligados a mendigar para poder alimentarse ellos y sus familias. Hubo quien se rebeló contra esa situación, pero las redes del felón los atraparon, dando con sus cuerpos en el garrote o en la horca. Tal era la tela de araña tan tupida y pegajosa que habían tejido, que cualquiera que la rozara, allí quedaba pegado. Así estaba la situación, mucho peor que mal.

Los quince días pasaron rápido, a pesar de no tener yo mucho entretenimiento para matar el tiempo. Cumplido el plazo, volví a la capitanía general del reino de Galicia. Fui recibido de nuevo por el mismo oficial, quien me explicó la respuesta de la corte. La prisión del general Porlier no era incomunicada. En atención a su empleo, podía recibir visitas de familiares y allegados. A mí, por ser su sirviente, se me autorizaba a pasar al castillo y a despachar con él dos veces por semana. La duración de cada uno de ellos sería de un máximo de dos horas. Nunca en fiestas de guardar, siempre de mañana. Me entregó un salvoconducto, con el que me apresuré a llegar hasta la puerta de San Miguel, desde donde partía el transporte.

Era el barquero del mismo, un hombre de mediana edad, canoso, de rostro arrugado pero bonachón, curtido por el mar. Su frente semejaba un labradío repleto de surcos. Le llamaban «el Mahonés», por ser natural de Mahón. Fumaba unos cigarros enormes, que contrastaban con su baja estatura, los cuales despedían una humareda difícil de dispersar. Me informó el marinero de que el coste del viaje era de un real la ida, más otro la vuelta, pagando además por bulto otra pieza. Le entregué mis dos monedas y me llevó hasta el cercano islote en donde se alza la prisión.

Es, el castillo de San Antón, una construcción grande, recia y antigua. De entre sus gruesos muros se dice que nadie ha escapado jamás. Las celdas, en número de doce, son húmedas y oscuras, con sus amenazantes entradas cerradas por pesadas puertas de madera. Todas están en un amplio patio interior. Solo dos de ellas tienen ventanas al exterior, cerradas con gruesos barrotes cruzados en cruz. En la parte de arriba de la fortaleza se encuentra la capilla, la vivienda del alcaide, el cuerpo de guardia y el polvorín. Toda ella está rodeada de un grueso muro almenado, a modo de corona real, con las construcciones en el medio, que sobresalen como un cetro. De los huecos entre las almenas, apuntan hacia la bahía la negra boca de unos diez cañones de a ocho, que asoman desafiantes. En él viven, aparte de la guarnición, el dicho alcaide con su familia, y el capellán, que cuida la pequeña iglesia así como los asuntos de las almas de

presos y guardianes.

La barca llegó rápido, salvando el corto trecho de mar en pocos minutos. Después de saltar a tierra, me presenté al centinela del muelle, quien al ver la autorización que portaba avisó al oficial de guardia. Ya dentro del edificio, anotaron mis datos en el libro de visitas y me marcaron la zona en la que podía estar, que era en la parte superior, la norte. Hasta allí me acompañó un centinela armado de mosquete y espada, que, durante todo el tiempo permaneció cerca del lugar del encuentro, aunque sin interferir en nada, y sin poder escuchar las conversaciones, por encontrarse un poco lejos. Eso sí, no nos quitó ojo de encima durante todo el rato.

Al poco apareció mi señor con escolta de dos soldados. Tenía sus ropas algo sucias, sin plancha. Estaba más delgado, luciendo su rostro con pocas pero nuevas arrugas, y barba de más de un mes. Me sonrió.

—Mi general —dije acercándome—. Me alegro de veros.

—Diego —nos fundimos en un abrazo—. Amigo mío. ¡Cuánto os he echado de menos a todos!

Nos sentamos en una piedra plana que allí había y conversamos, ajenos a los dos centinelas que nos observaban desde unos diez metros. Mi tiempo pasó rápido, pero en él le puse al corriente de todo lo que quiso saber. Cuando le informé sobre doña Josefa, las lágrimas brotaron silenciosas de sus ojos. Al marcharme, de nuevo lloró.

—Dale un abrazo a Andrés de mi parte —se despidió.

—Se lo daré.

De regreso a la barca yo tampoco pude reprimir el llanto. El Mahonés me miró de reojo, pero no dijo nada. En el siguiente viaje le llevé útiles de aseo y ropas limpias, en un paquete atado con cordel. Éste fue abierto y examinado al entrar. Buscaban algún arma, carta o cuerda. Pero la prudencia hizo que el mensaje que yo portaba fuera oral. Me lo había dado el señor Rojo y yo me lo llevaba aprendido de memoria. ¡Qué bien hice! En la misiva, le devolvía los saludos, excusándose por no poder visitarle. Extrañado mi general, me preguntó los motivos, lo que yo, conforme a las instrucciones que había recibido de aquel, le expuse.

La cuestión era muy simple, ya que don Andrés Rojo se sentía, casi a diario, vigilado por espías absolutistas. No tenía restricción alguna de movimientos, pero ya había recibido algún aviso de amigos sobre esa vigilancia, optando por lo tanto a la prudencia y al comedimiento en sus acciones. Por ello, consideraba demasiado imprudente venir al castillo. En las siguientes visitas fui el correo entre ellos. Muchas noticias intercambiaron, pero la más importante era la de que se estaba fraguando una revolución para reinstaurar la

Constitución. Estaban involucrados bastantes civiles de La Coruña, así como los principales jefes militares de la plaza, a excepción de dos o tres generales.

Poco a poco, mensaje tras mensaje, la revuelta fue tomando consistencia. Querían, cuando se levantaran en armas contra el Rey, que mi general tomara el mando absoluto de las tropas del reino de Galicia. Él, al principio, dudaba, pero cuando le confirmé que las guarniciones de León, Oviedo, Bilbao, Santander, Logroño y Barcelona se sumarían al movimiento, accedió.

El primer asunto que se debería solventar era el de la fuga. Escaparía del castillo, refugiándose en alguna casona de la comarca, a la espera del momento más propicio para iniciar la insurrección. La totalidad de la guardia de la fortaleza realizaba el relevo cada diez días, es decir, cambiaba pasado ese tiempo. El señor Rojo consiguió establecer amistad con uno de los oficiales que entraban en el turno de comandante de la guardia del castillo. Las palabras, a veces, no son buenas, el dinero siempre. Gracias al aflojar de su bolsa, consiguió que le prometiera que una noche por determinar, dejaría la puerta exterior, el patio de las celdas y la mitad del terrado, sin centinelas durante una media hora.

Por otro lado, había que conseguir copia de las llaves de las dos puertas de entrada y de la del calabozo. Para ello recurrió al Mahonés. Tenía, el marinero, gran amistad con todos los que en el castillo prestaban servicios. Al ser tan conocido, se paseaba, casi a sus anchas, por la mayoría de las dependencias. Con ardides y artimañas, abusando seguro que de la confianza de los soldados, consiguió llegar hasta el armario de las llaves de las puertas que, desde el exterior, privaban de libertad al general Porlier, haciendo moldes de cera de las mismas. Un hábil herrero discreto terminó el trabajo.

Con éstas y otras, llegó el mes de enero de 1815. A principios de él, ingresó, en otra celda, el que había sido, hasta poco antes, ministro de gracia y justicia, don Pedro Macanaz. Yo no lo vi, pero tengo entendido que su antiguo porte, que destilaba prepotencia, soberbia y desprecio a quien miraba, había dado paso a un personaje abatido, ojeroso, pálido, flaco, andrajoso, amedrentado y miedoso. ¡Qué gracias y cuentos tan retorcidos nos ofrece el destino! Y es que era él, Pedro Macanaz, quien le había impuesto a Porlier, sin clemencia alguna, la pena de cuatro años. Ahora, por algún capricho del felón o de su camarilla, había caído en desgracia, hasta el punto de que le obligaban a compartir presidio con aquel a quién, despreciando sus servicios a la patria, había condenado. ¡Qué burlonas jugadas nos obsequia la vida! ¡Pero cómo es el tiempo, que siempre, sin remisión, pone a cada uno en su sitio.

LA FUGA

Mas, volviendo al asunto de las llaves y cuestiones relacionadas, llegó el momento en el que ya todo estaba organizado para la fuga. Ésta se fijó para la noche del veintitrés al veinticuatro de enero de 1815. Ese día, el oficial corrupto estaba en el castillo. Don Andrés Rojo había comprado dos barcas, que permanecían atracadas en el muelle. No eran grandes, más bien chicas, similares a la que hacía el trayecto hasta San Antón. Su tripulación sería el Mahonés, dos empleados de confianza y yo mismo. Se había acordado que mientras una de ellas se acercaba al islote, la otra permaneciera cerca, por si era necesario utilizarla, ya que nunca se sabe en estas cuestiones de traiciones y demás como marchará el discurrir de las cosas según van sucediendo. Mi señor ya estaba advertido por mí, en una de mis visitas, de que de cuatro a cuatro y media de la madrugada, yo abriría su celda y escaparíamos. Para ello debería de tener su equipaje preparado.

Permanecimos toda la tarde en la casa que Andrés Rojo tenía pegada al puerto. Allí recibimos las últimas instrucciones. Yo iría en la primera, acompañado de un marinero, para desembarcar con sigilo, oculto por las sombras de la noche. El Mahonés y otro más, se mantendrían a la expectativa con la otra, rondado no muy lejos, pero encubiertos, al amparo de la oscuridad. Desde que yo saltara al muelle para entrar en la fortaleza, dispondría de cinco minutos para abrir todas las puertas y regresar con Porlier, con el mismo disimulo, o más si cabía, que el que había usado para la intrusión. Si alguien se interponía en mi camino, debería de usar cuchillo para defenderme. Al regresar a tierra cogeríamos cinco cabalgaduras para galopar hasta Pastoriza, en donde nos facilitarían escondite.

Dieron las tres y media de la madrugada. Con mucho tiento salimos a la calle. No había nadie, ni tan siquiera alguaciles, todos dormían. La nublada noche sin luna nos favorecía. Subimos a las barcas y remamos con cuidado. Nos alejamos de la costa, pasando el castillo en unas brazas. Los centinelas recorrían la parte alta, de lado a lado, ayudados de antorchas. Me viene a la mente ahora el recuerdo gracioso de que a cada bogada, con el casi inaudible salpique de los remos al salir y entrar en el agua, como, en ese trance tan apasionado, mi ojo derecho se liberó de su atadura, comenzando a moverse solo para mirar a la nariz.

Así, con la pupila diestra oteando la costa y la siniestra la fortaleza, estuve casi hasta la hora fijada, que era a las cuatro. Un poco antes, para mi propio alivio, recuperé la compostura habitual de los dos ojos alineados, con la visión en paralela sincronía. Llegado el momento, vimos cómo, con puntualidad militar, los de la zona de la

entrada se retiraban al cuerpo de guardia sin motivo aparente. Cuando el sonido de los pasos de ellos acompasando el roce de las armas con las ropas se escuchó lejos, bogamos, poco a poco, hacia el pequeño muelle de roca del castillo.

Mi corazón palpitaba con fuerza hiriéndome los oídos con su retumbar a cada latido. Creo que en ese instante, hasta mi propia alma temblaba, tal era la tensión que sentía. Supongo que solo mi ojo derecho era la única parte de mí que no sufría alteración alguna. Una vez comprobado que ya nadie podía observarnos desde la edificación, salté con sigilo a tierra, y me acerqué a la primera puerta. Di dos vueltas a la llave, para empujarla. Un leve chirrido, que me puso los pelos de punta, retumbó. Pasé dentro, con el cuchillo en la mano. Corría de sombra en sombra. Pienso que yo mismo era tiniebla.

La siguiente cancela, para mi alivio, no sonó al abrirla. Me agazapé, haciéndome un ovillo, en un oscuro rincón del patio. Oía con claridad las voces de los del terrado. Si se les ocurría asomarse, me verían. De dos saltos, me planté ante la celda de mi señor.

—Diego —susurró desde dentro.

—Calle mi general —hablé quedo—. Nos van a oír.

Él permaneció en silencio mientras yo introducía mi última llave en la cerradura. Quise girarla pero no valía. Sudoroso probé las otras. Ninguna abría. Lo intente una y otra vez pero no era capaz. El Mahonés se había equivocado, debía de ser de otra celda.

—Mi señor —siseé—. No puedo abrirla. La pieza está mal hecha.

Él no me contestó. Corrí la tapa del ventanuco y se lo repetí. Asomó su cara sonriente. Adiviné brillos en sus ojos, alguna lágrima en su rostro.

—Vete. Ya habrá mejor ocasión.

—Mi general, lo lamento. Siento no haber podido liberarle.

—Vete —sollozó—, por favor, vete.

Salí corriendo de allí y cerré la puerta del patio. Llegué a la de la entrada e hice lo mismo, pero con la mala fortuna de que, por lo apresurado que iba, los goznes chillaron más de la cuenta y un centinela oyó algo.

A la par que yo saltaba a la barca, una sombra, portando una antorcha encendida, se acercó a la parte alta.

— ¿Quién va?

Le respondieron los remos golpeando fuerte las olas. Entonces sonó un disparo. El fogonazo iluminó la noche. El soldado, al distinguirnos, volvió a disparar. El plomo atravesó la cabeza de mi acompañante, que cayó encima de mis piernas. Un temblor se le notaba en sus manos, las piernas y el cuello. En su salida, la bola disparada había dejado un gran boquete en una de sus sienes. Por él

chorreaba mucha de la sangre que albergaba su cuerpo. Al poco, dejó de temblequear. Su alma había pasado a las alturas celestiales, seguro. Yo, envalentonado por todo el miedo que sentía, remé y remé, cada vez con más rabia, con más fuerza. Desde la otra barca, el Mahonés me llamó varias veces con voz queda, mas no oyendo contestación, emprendió también el regreso.

En mi huida, me había alejado bastante de la costa. Cuando pasó mucho tiempo, algo más de media hora desde los disparos, comencé a tranquilizarme un poco. Arrojé el cuerpo sin vida de mi compañero, y empecé a bogar despacio hacia el demasiado lejano muelle. Cuando llegué ya pasaban de las cinco y media. Nadie me esperaba, por lo que corrí hasta la casa. Allí me encontré con los otros dos navegantes y con don Andrés.

—Estás herido Diego —exclamó al verme.

Debido a las prisas, la preocupación y el miedo, todavía no había reparado en que mis ropas y manos estaban manchadas de la sangre del fallecido.

—No ha salido de mis heridas, puesto que ninguna tengo.

Se dieron cuenta de que nadie había venido conmigo.

— ¿Y el general?

—No pude abrir su celda. La llave no era de esa puerta. De regreso, un centinela nos despidió a tiros. Le voló la cabeza a mi compañero. Su cuerpo está ahora en lo más profundo de la bahía.

El señor Rojo se sentó pensativo. El silencio era sepulcral.

—Bien —levantó la cabeza el comerciante—. Tienes que cambiarte de ropa y lavarte manos y cara. Mañana volverás al castillo como si nada hubiera sucedido. Vosotros —señaló a los otros dos—, hundid la barca lejos del muelle. Después regresad a vuestra normalidad, como yo también haré. Nadie debe sospechar nada de nosotros.

Lo poco que quedaba de noche apenas dormí. De mañana temprano, pagué mis dos reales al Mahonés, como cualquier otro día. Nos miramos, mas ni un solo atisbo de gesto que denotara algún estado de ánimo sospechoso se pudo advertir en nuestras caras. Él me acercó a la fortaleza, hablando de las cosas triviales diarias. Esa jornada, el control de entrada fue más riguroso que de costumbre, pero pude pasar sin mayor problema. Mi señor me estaba esperando.

—Diego, no le des importancia. Otra vez será. De todas formas, gracias por haberlo intentado.

—Mi general —contesté—, no deberíais dármelas por nada.

—Pudiste morir. De hecho yo así lo pensaba después de los disparos. Te has arriesgado por mí. Eres un valiente.

No dije nada de la suerte que corrió mi acompañante de la barca, indagando si había tenido alguna repercusión para él, el hecho

de que nos descubrieran.

—De momento ninguna, aunque, a eso de las cinco, nos sacaron a todos al patio y registraron las celdas, sin encontrar nada de interés.

Continuamos la charla sobre lo sucedido en el castillo, hasta que, cercano ya el momento de irme, me dijo:

—Sé que sigues a mi servicio por el cariño que me tienes, el cual sabes que es correspondido. Aún a pesar de que tu paga de militar te sea negada, y la particular que yo te debo dar vaya con retraso, a pesar de eso, sigues a mi lado. Quiero que me consideres tu amigo, tu hermano.

Cierto es que yo no me había separado de él, pero también lo es que no seguía allí por dinero o privilegios, que como estaban las cosas, nunca llegarían, sí por amistad y cariño hacia él y su señora. Otras cosas me dijo, terminando por pedirme que fuera a Madrid a traer a doña Josefa. Por supuesto que tomé el guante, así que me despedí para unos cuantos días, sabedores los dos de lo lejos que está la Corte.

Don Andrés me facilitó dinero, caballos y dos acompañantes. Partimos de La Coruña el veinticinco al alba. Tardamos casi diez días en llegar a Madrid. El retraso se debió a que al ser invierno, las tormentas, la nieve y el frío, nos retrasaron mucho. Cuando me presenté ante mi señora con la nueva del viaje, lloró y rió mucho. Cuanta pena tenía aquella mujer en su corazón. Dios quiso privarle de su pequeña hija. La avaricia, la incomprensión y el egoísmo de algunos hombres, le robaron a su marido. Aun así seguía, en su pena, con su belleza resplandeciente.

Se puede decir que yo era para ella como el hermano pequeño. Pueda ser que no esté bien que escriba mis pensamientos de entonces hacia esa mujer, pero teniendo en cuenta que estas líneas solo son mías, ya que quizá nadie las lea jamás, diré que ella para mí era, seguía siéndolo, la fruta prohibida; siempre la tenía a mano, pero nunca llegaba a alcanzarla. Yo era su eterno enamorado silencioso. En lo oscuro de mi habitación, muchas veces lloré por ella. Nunca nadie conoció de mi amor.

Volviendo al tema anterior, en un solo día la ayudé a preparar los baúles. Compré un carruaje cerrado y partimos de vuelta a La Coruña. Por ser el vehículo de dos tiros, con capota, los empleados de don Andrés pasaron a ocupar, uno el lugar del cochero, otro el de escolta. Yo viajé sentado al lado de mi señora. A últimos de febrero llegamos a La Coruña. Habíamos invertido veinte jornadas en el recorrido. El retraso se debió al mal tiempo y a que doña Josefa sufrió unas fiebres que la obligaron a guardar cama cinco días en Astorga, en el hospedaje de la casa de un antiguo amigo de mi señor, de cuando la guerra. Como ella se encontraba encamada, sucedió que no existían religiosas libres que la cuidaran. Por eso yo me ofrecí a hacer ese

menester, no sin antes pedir permiso a mi inalcanzable enamorada. Para mi satisfacción, accedió con una sonrisa. Suplí con bastante eficiencia a cualquier fémina que se hubiera encargado de su cuidado. Ella no dejaba de demostrarme su agradecimiento con un gesto amable, un «gracias», o...muchos detalles cariñosos. La velé día y noche, hasta su total recuperación. En esas largas horas, hubo instantes en los que deliró mucho.

Pero fue la última noche que pasamos en aquella casa, cuando en uno de sus devaneos, me tomó por el marido ausente. Yo me encontraba sentado a los pies de su cama cuando comenzó a hablar sola en su delirio. Intenté calmarla con bonitas frases, e incluso secándole el sudor con un paño, pero ella continuaba. Por eso, como era fría la madrugada, ocupé en la cama, supongo que sin ella saberlo, el lugar que no me correspondía. Cuando, bajo las sábanas, noté el calor de su cuerpo casi desnudo pegado al mío, un escalofrío me sacudió de arriba a abajo. Le susurré cosas tranquilizadoras al oído que atendió con los ojos cerrados. Al poco, los abrió y me acarició la mejilla.

—Cómo te he echado de menos —escuché.

La luz de la lumbre transformaba las móviles sombras, creando un halo fantástico en toda la habitación.

—Yo...—no sabía que hacer o decir—, yo, es que soy...

—Calla —me puso un dedo en los labios—. Tú eres mi esposo. Hazme tuya otra vez.

Y así lo hice, pero por primera vez. ¡Estaba comiendo la fruta prohibida! Los dos llegamos a la par a tal fascinación de nuestros cuerpos como nunca la habíamos alcanzado. Por lo menos yo. El resto de la noche fue un continuo reto amoroso que nos dejó extasiados. Con las primeras luces, me levanté de la cama y me vestí. Volví a ocupar mi lugar a los pies, y esperé a que ella se despertara.

Al poco, abrió los ojos. Me miró contenta, parecía feliz.

—Diego —dijo—. Hoy he soñado con mi esposo. Todavía siento sus caricias en mi piel.

Yo sonreí sin contestar. Y...la cosa quedó ahí. Estoy seguro que mi eterna enamorada, tomó aquella noche como un agradable sueño y no como una maravillosa realidad. Este asunto jamás se lo he contado a nadie. Mas, con el tiempo, me he convencido de que ella misma, a pesar de ser parte, no tiene conciencia cierta de haber yacido conmigo una fría noche de invierno en la ciudad de Astorga.

Llegados a La Coruña, los primeros días los pasó en la misma casa que yo ocupaba junto al puerto, a la espera de recibir autorización para ver a su esposo. Cuando ésta llegó, no se hizo esperar para encontrarse con su amado. Ni que decir tiene que se fundieron en un abrazo cargado de lágrimas. La escena fue vista por la

mujer del alcaide, a la que tanto le debió de conmover el ver a aquellos dos jóvenes en su desgracia, que habló con su marido para que intercediera ante el capitán general. Sus pretensiones tuvieron el resultado de que doña Josefa fue invitada, unos días más tarde, a residir en la vivienda del gobernador del castillo, pudiendo estar con su esposo en todo momento, a excepción de la noche.

Siempre he sabido que los hechos que sucedieron en los meses posteriores, comenzaron a fraguarse entre las húmedas piedras de aquella prisión. Las influencias de algunas gentes pertenecientes a una sociedad clandestina, lo llevaron a protagonizar los sucesos de septiembre de ese año. Nunca llegué a entrar en esa asociación, ni a conocer su nombre, aunque sí que averigüe que sus pilares básicos eran la libertad del individuo, el conocimiento del universo y el estudio de todas las ramas del saber humano. Sus miembros, pertenecían a muchas clases sociales, aunque en su mayoría eran comerciantes. Se solían reunir en una casona cercana a la leprosería de Santa Lucia. Uno de los maestros principales de la Orden era don Andrés Rojo, quien fue el que más arriesgó, antes y después.

Él logró, gracias al Mahonés, que mi general estableciera contacto, por medio de mensajes cifrados, con dos destacados liberales, ingresados en la cárcel real de La Coruña. Eran don Manuel de Santurio y García Sala y don Sinforiano López Alía. Cada tres o cuatro días, recibía algún comunicado de ellos, que siempre era contestado. Poco a poco, mi señor fue empapándose, más si cabía, de todas aquellas ideas nuevas, a la par que su oposición al rey y a sus secuaces aumentaba. Con el tiempo me convencí de que el intento de fuga del mes de enero, no había sido preparado sólo por el señor Rojo, sino que se había elaborado en la casa de Santa Lucía.

Allá por el mes de mayo, la larga sombra del felón se posó sobre don Sinforiano. Este hombre de treinta y cinco años, había sido uno de los artífices de la lucha contra el francés en la guerra pasada. No obstante, sin tener en cuenta los méritos de que era acreedor, lo detuvieron un tiempo antes, acusado de alguna trama contra Fernando VII. Fue torturado de manera concienzuda, pero parece ser que la entereza del reo pudo más que el sufrimiento. No delató a nadie. Supongo que, impotentes ante esa afrenta de silencio por parte de don Sinforiano, fue, sin más contemplaciones ni miramientos, pasado por la soga en la plaza de la Horca. Así funcionaba la justicia de entonces.

Los graves problemas de salud que padecían, tanto doña Josefa como su esposo, se agravaron por este hecho, ya que ambos lo conocían de tiempos de la guerra. Mi general respiró tranquilo, a los pocos días, cuando el Mahonés le ratificó que todas las cartas y notas cifradas que al fallecido le pasaba, eran destruidas nada más leerlas de manera singular: se las comía, y que el recién difunto no había

desvelado nada ni nombrado a nadie.

Por el hecho de las indisposiciones de mi señora, el matrimonio consideró necesario y prudente el que ella abandonara las húmedas paredes del castillo. Así, pasó a ocupar unas habitaciones en casa de un antiguo amigo en la ciudad, que era don Manuel Soto. Estaba, el edificio, en la calle del Riego, cerca de la plaza del Mercado. Él, al verla de manera poco saludable, le indicó que en Arteijo, un pueblo cercano, existían unas termas a las que podía acudir para tomar baños medicinales. Se decía de esas aguas que eran terapéuticas, sulfuroso magnésicas, templadas y burbujeantes. Con estas cualidades, cualquiera que se sometiera a unos lavados y chorreos con ellas de manera continuada, sanaría de los males de los huesos, de la cabeza, de los hígados y de la piel, haciendo que incluso, las mujeres inmaduras por viejas, pudieran concebir con normalidad natural.

Puesto al tanto mi general del resultado de las inmersiones en esos manantiales, acordó que así lo hiciera doña Josefa, a no tardar. Al estar sin criada, mi señora contrató a una muchacha, de aquellas de dieciséis años, que se llama Bernarda Freire. Con ella marchó, en la galera que hace la ruta de Arteijo, a mediados de junio. Fue entonces cuando mi amigo envió un escrito, dirigido al rey, en el que le solicitaba permiso para acudir él también a las aguas, debido al mal de los huesos que sufría por acción de las humedades de su celda. También le hacia constar que así se reencontraría con su esposa, quien le proporcionaría algo de paz en su alma, para «recolocar su ánimo en el buen camino hacia nuestro bien amado rey Fernando VII».

Pasaba el quince de agosto cuando llegó la contestación favorable, firmada de puño del mismo monarca, supongo que agradado por pensar que un tiempo de cárcel hacía que cualquiera de sus súbditos se recondujera sin ayuda por la senda perdida del la fe ciega en el absolutismo. El capitán general ordenó entonces que se organizara una partida para acompañar, en todo momento, a mi señor, mientras durara su estancia en los baños. Siempre he pensado que ese general le tenía, a mi amigo, cierto cariño y aprecio.

Estaba formada la mencionada fuerza por el capitán Castañera, su asistente, un sargento, tres cabos y doce soldados. El día diecinueve temprano, durante mi visita diaria, desembarcó en el castillo el oficial ya dicho y dos o tres de escolta, para comunicar a mi general la orden de marcha, que sería el veinte.

Coincidió que él y Castañera ya se conocían, por haber combatido juntos en Asturias, por lo que la entrevista fue cordial y sincera. En ella le informó a Porlier, que no era su intención considerarlo como prisionero, por lo que no sería de su agrado que los viera como carceleros. La escolta, más que nada, era para protegerlo de bandidos y malas gentes, así como que le gustaría ser considerado

su edecán. Le indicó entonces mi señor, que era su deseo que, al volver a tierra, solicitara autorización al capitán general para alojarse en la casa de campo que, en Pastoriza, poseía don Andrés Rojo, habida cuenta de la cercanía de ambos pueblos.

Ese día se me consintió pernoctar en la celda, para ayudarle a preparar su equipaje, en vistas a que se realizaría temprano. No obstante, poca cosa había para transportar. Aun así, tanto mi amigo y general como yo, agradecimos el poder volver a dormir en la misma habitación juntos, como cuando andábamos guerreando por las tierras de España. Como solo existía un catre en la celda, yo me habilité un rinconcito con un par de mantas, que me hicieron un avío fenomenal que me recordó mis tiempos de aventuras y desventuras de guerrillero y soldado.

Al amanecer del veinte, a eso de las nueve de la mañana, saltamos a la barca que nos acercó a La Coruña. Ya en tierra, los bultos fueron acomodados en un carromato; los demás íbamos a caballo. Al pasar por la plaza de la Harina, el capitán general, asomado a una ventana, invitó a mi general a que subiera a palacio para saludarle, cosa que así hizo acompañado por la escolta y por mí, en calidad de asistente. Allí tenían preparado un copioso desayuno, de los que hacía mucho tiempo que yo no veía. Ni que decir tiene que los dos generales poco comieron, aunque bebieron mucho, por lo que el grueso de las viandas, pasó a formar parte de los estómagos de los acompañantes. Entre risas y chanzas, le fue ratificado a Porlier la autorización para ocupar la casa de campo de don Andrés.

Cuando salimos de allí, para cabalgar de nuevo en el viaje, a mi amigo, se le veía exultante, repleto de gozo por su precaria libertad y por su pronto encuentro con su esposa, mi amada Josefa. Unos brillos en sus ojos delataban esa alegría, producto del gran deseo de verla a ella, acompañado si cabe, de los efluvios de Baco que emanaban de las copas de recio vino que acabábamos de beber. Partimos al trote hacia la población de Pastoriza, distante de allí algo más de una legua, por el camino que lleva al fin de la tierra, al Finis Terrae.

LA VIRGEN DE LA PASTORIZA

Nada más atravesar la puerta de la muralla, mi general se adelantaba y volvía al galope, desentumeciendo su cuerpo de tan larga permanencia en la cárcel. Hacía cabriolas con el caballo, tan alegre como el jinete, aunque lo más fuerte que había ingerido la montura era un forraje de algarrobas.

Cuando llegamos al pueblo de San José, tuvimos que parar para refrescar un poco las bestias, cuestión que hicimos en la casa de don

Ramón Ibáñez, quien al vernos se alegró mucho, ya que conocía a mi señor de hacía años. Nos obsequió con pan, vino y tocino, de lo que dimos buena cuenta a la sombra de unos robles. Terminado el almuerzo, proseguimos viaje. Al poco, unos aldeanos, trabajadores de don Andrés, nos estaban esperando para guiarnos hasta la casa. Al llegar a ella nos recibió el mayordomo, que se llamaba Cheda, quien enseñó todas las dependencias y habitaciones al huésped.

Como ya habíamos almorzado, aquel propuso el marchar hasta Arteijo para encontrarse con doña Josefa. Yo, muy a pesar por tener el ansia en el cuerpo de verla, me quedé, por lo que aproveché la tarde para curiosear por allí. Era la edificación de piedra, con tres plantas, estando construida en una pequeña cuesta. La baja albergaba las cuadras y las bodegas. En la primera estaban las cocinas, un par de bonitos salones y las habitaciones del servicio. La segunda tenía siete aposentos, que eran los de los señores. Un desván la completaba. No era casa vieja, ya que sobre una de sus puertas habían grabado en el marco el año de su construcción que era el de 1783. Estaba rodeada por árboles y un cuidado jardín. Un frondoso monte la protegía de los fríos vientos del norte.

Al día siguiente, a eso del mediodía, regresó mi señor con doña Josefa. La encontré radiante, maravillosa, encantadora. A los beneficiosos efectos de las aguas, se le sumó la emoción de ver, abrazar y yacer con su marido. Casi sin quererlo, un rubor intenso apareció en mi cara cuando me saludo. No obstante, ese síntoma, solo fue advertido por ella y por mí mismo. Sin hablar, cuando incliné mi cara roja para saludarla, ella sonrió y me guiñó un ojo. Como ya estaba inmediata la hora de la comida, pasamos al comedor, en donde se presentó don Andrés, que saludó con cariño a mis señores. Cuando nos sentamos todos a comer, el anfitrión levantó su copa de vino para brindar.

—Muchos sinsabores nos han sucedido a bastantes de los que aquí estamos. Por eso quiero brindar. Por no tener que volver a padecerlos. Por la emoción de la aventura. Por la alegría de la libertad. Por ver a mis amigos —señaló al matrimonio invitado y a mí — sentados a mi mesa, con una sonrisa. Por todo ello brindo.

Entonces nos pusimos todos en pie, con las copas en la mano.

—¡Por nosotros, por el general Porlier! ¡Por su bella esposa Josefa!

Le dimos un sorbo al vino, pero don Andrés, en vez de sentarse, inició otro deseo.

—Y quiero también brindar por Diego. Nuestro valiente amigo Diego —alzó de nuevo su copa—. ¡Por Diego! Y... ¡Por la libertad!

Cuando se sentó, ocupaba un asiento cerca de mí, me preguntó muy bajito:

—Oye Diego. ¿Es cierto que te llaman Virojo?

Me entró la risa ante esa cuestión. Me limité a mirarlo, muy serio, obligando a mi ojo derecho a retorcerse hacia dentro.

—¡Por los cielos! ¡Jesús! —contestó como haciéndose el asombrado.

Y con estas cosas de risas, bromas y demás pasó la animada comida. Las carcajadas se multiplicaron. Mi general recuperaba, poco a poco, la alegría de la vida. Creo que todos empezamos en ese momento a respirar un poco más tranquilos.

Puestos de acuerdo dueño y huésped, acordaron, en primera instancia, reducir el servicio, dejando solo personas de su total confianza. Era su intención llevar a buen término un asunto ya planificado, que involucraría, incluso, a los mismos ejércitos. Cuanta menos gente estuviera al corriente de esos asuntos, mejor que mejor.

Por ello, quedamos en la casa, aparte de mis señores, el capitán Castañera, su asistente Domingo Miranda, un cabo, cuatro soldados, Bernarda Freire, asistenta de doña Josefa, y yo mismo. Las tareas domésticas se repartieron entre todos.

Cuando amaneció el día siguiente, lo primero que hicimos fue acercarnos a la Virgen de la Pastoriza, allí cerca, para darle las gracias a la Señora, que, según cuentan las leyendas, se apareció a una pastora que cuidaba su ganado, hace ya muchos años.

Sobre un altar de piedra, se encuentra la imagen de la Virgen. Se dice milagrosa para quienes pasan por un estrecho túnel que forman dos grandes piedras, bajo el altar. Esas rocas fueron el lugar escogido para ofrecerse a la vista de la campesina. Todos realizamos el rito, aunque, personalmente, no creo en este tipo de milagros. Mas bien supongo que, al tener que atravesar la delgada galería, nada larga, al que lo hace, le quedan al salir las rodillas, codos y riñones algo como doloridos, siempre que no se haya atizado un golpe en la cabeza con la roca, cosa frecuente, ya que entonces añadiríamos el chichón propio de un testarazo en condiciones. Supongo, es reflexión mía, que el milagro se produce entonces, en el ánimo de las gentes de sanar o encontrarse mejor de espíritu, nada más que por el hecho de no tener que repetir el corto recorrido por el túnel de Pastoriza.

Al margen de estas ideas personales sobre santos, vírgenes o milagros, lo cierto es que nos tomamos la cuestión muy en serio. Como ya he escrito, todos realizamos el rito, y cuando salimos parecía como que teníamos las almas más tranquilas, seguro que decididos a no repetir. Entonces volvimos, cada uno, a nuestros quehaceres.

A medida que pasaban los días, mi general recibía, cada vez, más visitas, que, muchas, se quedaban hasta bien entrada la noche. Pasaron por allí bastantes militares de los que tenían mando en plaza, así como civiles de La Coruña, que debían de pertenecer a la Orden.

Entre todos se aportaron ideas, comentarios y demás, conformando el todo de la revolución.

El señor Rojo acudía muy a menudo, mostrándose siempre amable y risueño. Eran habituales las reuniones en el salón principal o en el jardín, en las que, a veces, se discutía de forma acalorada. En esas conversaciones, organizaron todos los movimientos previos a la sublevación general del ejército, que tenía, como fin último obligar al rey Fernando VII a jurar la Constitución.

El plan era muy sencillo: se alzarían en armas contra el absolutismo las guarniciones de Galicia; le seguirían las de Asturias, Cataluña y León. El mando de la primera, que sería la que iniciara el movimiento a nivel nacional, lo tomaría el general Porlier. Todas estas elucubraciones, procuraban, al principio, mantenerlas en secreto, sin que saliera del círculo de visitantes y ellos mismos, cuestión esta que no influía para que el capitán Castañera, nuestro carcelero amigo, y yo mismo conociéramos todo casi desde el comienzo.

Se realizó el plan de actuaciones que, comenzaba con la entrada del general Porlier en La Coruña, poniéndose al mando de la totalidad de las fuerzas de la Plaza, cuyos oficiales estaban comprometidos. Después se detendría al capitán general, al gobernador militar y a todos los civiles y militares sospechosos de apoyar al rey, garantizándose a los detenidos sus libertades y derechos recogidos en la Constitución. A la par, se liberaría a los presos liberales.

La Constitución sería de nuevo proclamada por las calles, con banda de cornetas y tambores. Mientras, se leerían a la ciudadanía los bandos y proclamas que emitiera la autoridad militar, haciendo saber la nueva situación política. Hecho ya todo esto, se enviarían emisarios con la noticia del alzamiento y sublevación a diferentes zonas de España, en las que se presumía de liberalismo. Los correos recabarían ayuda y apoyo de los destinatarios, todos militares de alto rango, y civiles de mucha influencia económica y social. El ejército de Galicia marcharía hacia Astorga y Asturias, reuniéndose con las guarniciones levantadas contra el felón, siendo previsible que, al cabo de unas semanas, y debido a la presión del ejército, el rey se viera obligado a jurar la Constitución, restableciendo las libertades en España. En ese momento, harto delicado, se deberían extremar las medidas de espionaje y contraespionaje, para evitar el fracaso de todo el operativo.

Se daba por hecho, que algunas unidades, las mandadas por oficiales hijodalgos o con raíces nobles, no se sumarían a la revuelta, para así no perder sus propios privilegios reales. Estaban bastante bien definidas, con tres cuarteles en Madrid, dos en Valencia, alguno en Zaragoza y unos pocos en Extremadura, Logroño y Andalucía. Para

solventar esta cuestión, se seguía confiando en que con la presión del resto de las tropas y la propia del pueblo, entregarían las armas.

Tan solo en aquellas conversaciones, oí hablar una vez de derrota.

—¿Qué pasará si los de Santiago o los del Ferrol se nos enfrentan? —preguntó un teniente.

—Me consta que la mayoría de los oficiales de esas ciudades son afines al movimiento. Ellos sabrán imponerse a la tiranía de sus jefes —contestó Porlier.

—¿Y si las gentes del pueblo no nos apoyan? —reiteró el oficial.

Mi general lo miró con una sonrisa.

—No me sea usted abogado del diablo. Disponemos de una guarnición de mil doscientos hombres. Nos basta para encender la mecha de la revuelta. Es mi sentimiento y creencia el que el fuego de nuestras ideas se extenderá como si entre pólvora estuviera.

Nada más se trató del tema, dando todos por supuesto que si el plan se llevaba a cabo como estaba ideado, triunfaría y el rey juraría la Constitución. Cabe decir que, a principios de septiembre, mi señora y Bernarda se enteraron de todo. Por ello, mi general les dio instrucciones para que, cuando comenzase, siguiesen en Pastoriza hasta que él se pusiera en contacto con ellas. También las instruyó en el aspecto de que si algo salía mal, deberían de jurar por lo más sagrado, ante quien fuera, que no tenían conocimiento alguno de la rebelión, y que todos los que visitaban la casa lo hacían por amistad, que no por conspiración.

Doña Josefa, por su parte, se mostraba algo nerviosa, e intentaba persuadir a su marido, con conversaciones como ésta, que escuche un día, de casualidad, mientras ellos paseaban por el jardín y yo recortaba unos matorrales.

—Juan dijo ella — ¿no crees que es demasiado prematuro?

—No Pepita, no —la solía llamar así—. No estoy dispuesto a morir entre las piedras de San Antón, ni a que tú dejes tu alma en ese islote. No aguantaríamos otros tres años así, sin libertad.

—Pero, querido, puedes esperar unos meses. Estoy segura que el rey cambiará. Solo deberá de abrir los ojos ante el sufrimiento del pueblo.

—Ese vil cobarde no lo hará jamás. Demasiada mala influencia recibe a diario de las pérfidas compañías que lo rodean. Pero él quiere seguir ciego. La política que le dictan, que es la que lleva a cabo, es la de la mentira y la traición. Yo debo de aprovechar este momento en el que estoy libre para lanzarle una estocada de muerte. Aquí los soldados me quieren y me apoyan. Las gentes del pueblo me aprecian. Todos están ya hartos de tanta miseria, de los impuestos, de la falta de

pago de los salarios, de los espías, de los ahorcamientos —calló un momento para agarrarla suave de las manos—. Mi amada, estoy seguro que el pronunciamiento saldrá victorioso. Confía en mí.

Ella lo miraba con sus ojos cargados de brillos.

—No quiero perderte —susurró—. No aguantaría vivir sin ti. Tengo mucho miedo.

Él, sonriente, la abrazó.

—Querida mía, los buenos ganaremos. Pero —se puso un poco serio—, si las cosas se tuercen, huiremos a Inglaterra.

Los sollozos de mi señora no se hicieron esperar. Él la apretó más.

—Si esto fracasa y te cogen —habló quedo doña Josefa—, te acusarán de traición. La sentencia por ese delito es la muerte.

—Dudo que eso suceda, pero si así pasa, Dios Nuestro Señor tiene guardados dos asientos a su lado. Uno para ti, el otro para mí.

Cuando llegó el lunes dieciocho de septiembre, la actividad en la casa se volvió frenética. Nadie paraba en su sitio. Ese día, marcaba la salida para conseguir una nueva era de prosperidad y paz para España. Desde primeras horas de la mañana, mucha gente pasó por allí. A todos los recibía mi general, departiendo de forma breve y a puerta cerrada.

La comida fue frugal. Después de ella, mi señor envió al capitán Castañera en busca del teniente coronel Cabrera, con el encargo de que tuviera las tropas de la guarnición dispuestas al ocultarse el sol. La tarde pasó rápido. Cuando el ocaso llegó, cenamos de la misma forma que al mediodía. Al acabar me dijo:

—Diego, esta noche comienza una nueva etapa en la historia de nuestro país. Espero que quieras venir conmigo. Si así es, prepara un morral con tus cosas y ensilla los caballos. Salimos en una hora.

Él subió a sus habitaciones para despedirse de mi señora doña Josefa. Pasado el tiempo que me había marcado, se presentó en las caballerizas portando una larga capa oscura, que cubría del todo su uniforme de mariscal de campo. Montamos, saliendo al paso, que en poco se convirtió en trote. Giró la cabeza y lanzó un beso con la mano a su amada, que nos miraba desde detrás de una ventana.

—Querido amigo —me dijo—, estamos cabalgando hacia la libertad o hacia la muerte. Quiera Dios que sea lo primero.

Yo no contesté, pero la emoción que sentía en mi corazón, se transformó en miedo, haciendo que varias lágrimas brotaran de mis ojos.

Proseguimos viaje, en silencio, cada uno con sus pensamientos. El camino estaba bien iluminado por la luna menguante. Era una luz pálida, tenue, que hacía que los ruidos y sombras propios de la noche cobraran vida. A cada árbol, a cada piedra, se me figuraban ver los fantasmas de los inquisidores, delatores, espías o soldados. Mi corazón rebotaba inquieto, queriendo salírseme del pecho. Cercanos al alto de Nelle, mi general observó mis miedos.

—Te veo demasiado intranquilo.

—Tenéis razón —contesté—. Estoy hecho un manojo de nervios. Pienso en lo que sucederá, en la victoria, pero lo que así me tiene es la idea de la derrota, de la falta de apoyos, de los traidores.

—En mil batallas hemos combatido juntos. En todas ellas demostraste valor y serenidad, aun sabiendo que la muerte acechaba por los rincones —me sonrió—. Bien sabes que todo está organizado para que nada falle, debes tranquilizarte. Esos malos pensamientos que inquietan tu corazón, se te irán de la cabeza en cuanto veas que el movimiento triunfa.

Lo miré sin responder. Viéndolo con su prestancia, a la luz de la luna, nadie pensaría que ese hombre sereno iba a escribir una de las páginas más gloriosas de la libertad y el sacrificio en nuestro país. Pasado el montecillo nos detuvimos. Deberíamos esperar algún mensaje de La Coruña. Nos apeamos de los caballos, sentándonos en una piedra plana que allí había.

Desde donde estábamos se veía la ciudad rodeada por el mar. Algunos puntos de luz titilaban, compitiendo con las estrellas. El brillo de Selene se reflejaba en la bahía. Parecía que nos sonreía desde lo más alto, haciéndonos un guiño de complicidad. Las estrellas la acompañaban en una alianza luminosa.

—Hermosa noche es esta —suspiró mi general.

El ulular de un búho se escuchó cerca.

—Sí, mi señor —respondí—, es bella, pero a veces la belleza significa perdición.

—Diego —me dijo—, no tengas pensamientos oscuros. Deja que la providencia actúe. Verás cómo nos es favorable.

—Recuerdo haber leído —pensé en voz alta—, antes de terminar la guerra, que el propio Napoleón comentó que si en su mano hubiera estado, os habría puesto al frente de sus ejércitos.

— ¡Ah! El francés —sonrió—. A la larga, todas sus estrategias las desbaratábamos. Los hicimos correr con el rabo entre las piernas.

—Es cierto, sí —continué—. La bravura de las gentes de estas tierras pudo con todas las fuerzas que aquí llegaron. Pero la cuestión

es que ese que se proclamó emperador, antes de ascender a alguien a mariscal, preguntaba a los más allegados si era un hombre con suerte. Si la tenía, lo nombraba general. Si no, se quedaba de coronel. A vos, señor, os habría puesto al frente de sus ejércitos, por vuestra arrogancia, valentía, intuición, etc., pero también por vuestra suerte. ¡Ojalá que no se os haya acabado!

Unos ratoncillos pasaron corriendo silenciosos por delante de los caballos, poniéndose a roer un tronco cercano.

—Yo no creo en cosas tan etéreas —contestó—. Cuando algo está bien planificado, por lo general termina como se planeó. No existe la influencia del destino, ni tenemos el futuro escrito. Ni hay mala ni buena suerte. Todo eso se lo dejo a los supersticiosos que llenan las bolsas de los que se llaman, a sí mismos, adivinos. Yo, a un buen discurrir de las cosas, como se había pensado antes, lo llamo providencia. Dejémosla entonces actuar.

Un ruido nos calló. El búho aleteó por encima de nosotros lanzándose hacia los ratones. Agarró a uno con sus garras y remontó el vuelo. Los chillidos del roedor terminaron pronto. Los amigos del capturado habían desparecido, huyendo asustados ante lo imprevisto del vuelo de la rapaz

Creo que los dos pensamos lo mismo de la escena que acabábamos de ver. El ave de rapiña era Fernando VII. Los ratones, nosotros. Los demás roedores, todos aquellos que, en principio, ayudaban al pronunciamiento. Entonces escuchamos un trote que se acercaba.

—Supongo que nuestra hora ha llegado —me dijo con voz grave pero serena—. Esperemos junto a los caballos.

Al poco, un jinete paró delante.

— ¿Dónde va vuestra merced? —preguntó el general.

El caballero nos miró de arriba abajo, varias veces, antes de contestar.

—En busca de uno que llaman «el Marquesillo», que me han dicho que anda por este camino. ¿Acaso lo habéis visto o conocéis de su paradero?

—Yo soy el que buscáis.

—Os traigo una carta de La Coruña. El capitán Castañera me ha ordenado que os la entregue en mano.

Mi señor rompió el sello, y la abrió para leerla. En ella le daban instrucciones, y le decían que estaba todo dispuesto para recibirlo. Montamos y comenzamos a andar el trozo que nos faltaba. El emisario nos acompañó. A la vista de la muralla, el general mandó parar. Al de la misiva, no obstante, le ordenó que entrara.

—Ya ha comenzado a girar la rueda que no se puede parar —me dijo abrazándome durante unos segundos—. La historia y el

destino nos esperan —sonrió—. Diego, te deseo, ya que en ella crees, toda la suerte del mundo. Ve tú delante. Yo te sigo.

Descabalgamos, y cogí las riendas de mi caballo. Mi ojo derecho había comenzado a moverse para mirar, el solo, la punta de mi nariz. Tardé muy poco en recorrer la distancia que me separaba de la puerta abierta. Nada más entrar, un oficial se dirigió a mí.

— ¿Sois su asistente?

—Sí, señor.

—Atad la cabalgadura a ese árbol y esperad por aquí. Es de suponer que no tardará en llegar.

—Él viene detrás de mí.

—Por cierto. No se si soy yo, pero os veo algo raro. ¿Qué os pasa en los ojos?

—Nada de importancia —le dije—. Estemos a lo que estamos.

—Razón tenéis —contestó.

Se acercó al postigo, hasta que por él entró mi señor. Apareció en ese momento el teniente coronel Cabrera, sin duda el autor del mensaje que nos habían entregado por el camino. Él y el oficial, flanquearon a mi general, dirigiéndose al cuartel de San Andrés. Yo les seguí.

Allí, en la sala de armas, esperaban un buen número de oficiales. Se despojó de la capa con solemnidad y seriedad, dándomela a mí. Entonces sacó su arma de la vaina, se arrodilló ante la bandera y puso su mano derecha sobre una Biblia. Con la izquierda, apoyó en el suelo la punta del sable, dejando la empuñadura, en forma de cruz, a la altura de su cara y dijo:

—Juro por Dios y por mi honor, guardar y hacer guardar lealtad a la Constitución de España y a todas las leyes de ella emanadas, dando por ello, si fuera preciso, hasta la última gota de mi sangre.

Con gesto solemne, besó la cruz de su arma y se levantó. Al momento me vino a la mente el juramento que realizaban los caballeros de épocas más antiguas. En esas ceremonias, a falta de crucifijo, besaban la cruz que forma la empuñadura de sus espadas. Volvió en envainar el sable y miró a los presentes.

—Señores, esta noche comienza una nueva etapa. Les invito a seguir mi ejemplo. Juremos antes de nada lo que vamos a defender.

BANDOS Y PROCLAMAS

Uno a uno, todos juraron la Constitución, utilizando la misma forma y fórmula que mi general. Por supuesto que yo también lo hice. Una vez terminado esto, ordenó que se detuviera al capitán general, al general

gobernador y al intendente. Los ingresarían en el castillo de San Antón. Para ello, tres pelotones de a quince, procedieron a ejecutar lo ordenado. Mandó también, la liberación de don Santurio García, preso en la cárcel real, así como la búsqueda del impresor don Manuel Soto, propietario de una imprenta en la calle de San Andrés, para confeccionar diversos bandos.

Entretanto, el capitán Peón, que era el oficial que nos había recibido, formó el batallón del cuartel de la Palloza, marchando con ellos, a tomar los lugares más estratégicos de la ciudad y sus murallas. En el resto de cuarteles se tocó generala, repartiéndose aguardiente y munición. La totalidad de la tropa ya estaba dispuesta. Sobre las cinco de la madrugada, mi señor reunió en la sala del trono del palacio de capitanía a la mayor parte de los oficiales de guarnición. A ellos se dirigió, más o menos, con estas palabras:

—Compañeros, soldados todos que somos de España. Hemos jurado, hace poco, la sagrada Constitución, a fin de llevar a buen término lo que nos proponemos. Necesitamos terminar con la injusticia, con la miseria. Que nadie más sea encarcelado por pensar de forma diferente al rey. Por mayoría habéis decidido que sea yo quien guíe los pasos del ejército en los gloriosos días que se avecinan. Ante ello, he aceptado. Pero es requisito imprescindible el que antes sea nombrado capitán general.

Se oyeron voces afirmativas, mientras unos diez o doce oficiales se le acercaban con un pliego de papel.

—Mi general —habló el más antiguo—, es este un nombramiento firmado por la totalidad de la oficialidad de la plaza, en el que autentificamos que, por delegación de las Cortes Constitucionales de 1812, vuestro nuevo empleo es el de capitán general de los ejércitos del reino de Galicia.

Le entregaron el manuscrito, pasando, después, a sus puestos.

— ¡Viva el capitán general! —gritó alguien.

— ¡Viva España! ¡Viva la Constitución! —se voceó varias veces.

Terminado el acto, Porlier se desplazó al cuartel de Zalaeta, en donde ya estaban los batallones formados, esperándole. Se dirigió a las tropas con palabras parecidas a las del palacio.

— ¡Soldados! —habló desde el medio del patio de armas—Ha llegado la hora en la que el clamor popular se deje oír. Todos nosotros, defensores de nuestro suelo ante el invasor, nos vemos despreciados por los que defendimos. La miseria, merced al despropósito del gobierno del rey, hace estragos en nuestras familias. Muchos son presos sin causa justificada. La Inquisición tortura a inocentes. Es ya el momento de terminar con todo ello. Que la Constitución aprobada por el pueblo, pero rechazada por el felón y su camarilla, vuelva a regir nuestras vidas. Desde hace unas horas, he

sido nombrado capitán general del reino de Galicia. Si me seguís, os prometo que haré todo lo que en mi mano esté para devolver las libertades y el progreso al país. Si por el contrario, alguien no estuviera de acuerdo, le invito a que ahora mismo abandone la formación. No se tomarán represalias. Solo se le licenciará.

Nada se oía en el patio. Únicamente, el lejano chillido de una pareja de gaviotas rompía el silencio. Nadie se movió. Ante ello, finalizó.

—¡Soldados, hoy ha comenzado la revolución! Estamos haciendo historia. Nosotros mismos, desde este preciso momento, estamos entrando en la gloriosa historia de nuestro país. ¡Viva España! ¡Viva la Constitución! ¡Viva la libertad!

Tres marciales ¡vivas! le contestaron. Su eco retumbó en el patio, traspasando los muros, perdiéndose por entre las calles de la ciudad. La misma escena se repitió en el cuartel de San Andrés, en el de la Palloza, en el de Santo Domingo, en el de la Maestranza y ante los soldados desplegados por toda la ciudad. No hubo más de diez deserciones. La Coruña entera hervía y gritaba ¡Viva la Constitución! ¡Viva España!

Eran las siete de la mañana, cuando comenzaron a llegar los bandos a la capitanía general. Hubo varios diferentes: a la auditoría general del reino, a los nobles habitantes de La Coruña, a los poderes municipales y a los soldados.

Todos los bandos decían, más o menos, lo mismo, animando a sus destinatarios a impulsar, con su apoyo, el pronunciamiento militar que se estaba produciendo contra el poder absoluto del rey. A las siete y media de la mañana, grupos de soldados eufóricos, recorrían la ciudad, colocando las hojas con las nuevas por los lugares más concurridos. Yo fui, con uno de ellos, hacia la plaza del mercado, y por toda la calle de San Andrés.

Éramos diez, de ellos ocho íbamos armados, acompañados de tambor y pregonero. Cuando encontrábamos un grupo de gente, parábamos para colocar los papeles, mientras, a golpe de cornetín, se leía el pregón.

—Por orden del excelentísimo señor capitán general del reino de Galicia, don Juan Díaz Porlier, se hace saber: Que, en el día de hoy, un nuevo horizonte de libertad, riqueza y bienestar, se abre ante nosotros. Que el rey felón y su camarilla, van a ser depuestos, en breve, de sus cargos. Que se ha iniciado un movimiento militar en esta ciudad, que será seguido por todas las fuerzas de las Españas. Que a las nueve de esta mañana, acudáis a la plaza de la Harina, en donde el propio general Porlier proclamará la Constitución y os hablará de todo ello. Que la asistencia es libre, pudiendo no acudir aquel que así lo considere. Así se ha ordenado, y así se ha leído.

Al principio de colocar pasquines, las gentes se mostraban algo escépticas, pero a medida que recorríamos la calle de San Andrés, algunos nos seguían, otros aplaudían y muy pocos demostraban indiferencia. A eso de las ocho y media, iniciamos el regreso siguiendo el paso al ritmo del tambor. Muchísimas personas venían detrás. ¡Viva la Constitución! ¡Abajo el felón! ¡Viva Porlier! Se escuchaba cada poco.

Cuando llegamos ante la capitanía general, ya estaban formadas varias compañías, unos ochocientos hombres en total. El gentío que nos seguía se mezcló con la muchedumbre que allí esperaba. Los gritos seguían oyéndose. Alguien trajo un retrato de Fernando VII y le prendió fuego en la parte de atrás de la plaza. Cuando las llamas decrecieron, muchos, entre risas, saltaron por encima, al igual que se hace con las hogueras en la noche de San Juan, como en un intento de eliminar penas y pesares, o de desafío al mismísimo diablo de todos los infiernos. Entonces, el cornetín ordenó firmes a la tropa. El general Porlier apareció, con uniforme de gala, en las escalinatas del edificio. Después de recibir novedades mandó descanso.

—Nobles habitantes de La Coruña, valientes soldados españoles. Todos recordamos los duros y difíciles años de guerra. La lucha contra el invasor llenó de sangre toda nuestra tierra. ¿Quién no ha perdido un esposo, un hijo, una hija o un hermano? Nuestra bravura, alentada por la sagrada Constitución de las Cortes de Cádiz y por el anhelo del regreso del rey, nos hizo imbatibles e insuperables. Juntos, arrojamos más allá de los Pirineos al francés, llegando a luchar en su propio suelo. Pero, cuando la dulce victoria nos alcanzó, regresó aquel a quien llamábamos «el deseado». Le habíamos supuesto, durante esos años, en una dura cárcel enemiga. Nos engañó. Su encierro no era tal. Disfrutó de todos los placeres de la vida en un enorme y suntuoso palacio de Valençay. Rodeado por un grupo de consejeros aduladores y mentirosos, en un año, cortó de raíz todo lo conseguido, aumentando los impuestos, restituyendo la malvada Inquisición, persiguiendo, encarcelando y asesinando a todos aquellos que a él y a su camarilla se oponían. Ahora, todos le llamamos «el felón», ya que lo único que sabe hacer bien son felonías. Nadie puede usurpar el legítimo poder al pueblo. En él reside la soberanía, y es el que decide cómo y quién le gobernará. Hoy se ha iniciado, primero en La Coruña, después en el resto del país, una insurrección militar para deponer a ese rey malvado y así reinstaurar la Constitución y con ella la libertad y el progreso. Yo, Juan Díaz Porlier, capitán general que soy del reino de Galicia, proclamo vigente la Constitución Española, y nombro una Junta Provincial, hasta que las Cortes Nacionales estén constituidas. Para festejarlo, declaro tres días de regocijo, en los que

repicarán las campanas, se iluminará la ciudad y se organizarán bailes al atardecer —este último comentario desató murmullos de aprobación—. ¡Coruñeses! ¡Soldados! ¡Viva La Coruña! ¡Viva la Constitución! ¡Viva España!

Unos disparos al aire se mezclaron con los gritos de aparente alegría. Se organizó entonces un desfile por toda la ciudad. La banda militar marchaba delante. Al ritmo de su música, los soldados desfilaban sonrientes. Las gentes los seguían y aplaudían. Cualquiera que llegara en ese momento, pensaría que se celebraba el día grande de la fiesta, tal era el regocijo y la algarabía que reinaba en sus calles.

Mientras tanto, fue enviado un oficial a las casas consistoriales, para que los regidores municipales supieran que ellos eran los nombrados como Junta Provincial, así como que dieran orden de repicar las campanas, iluminar la ciudad y conseguir alojamiento para unos mil quinientos soldados, que esa tarde se esperaba que llegaran de Ferrol. Los munícipes, reacios y desconfiados, no quisieron comprometerse con la causa, despidiendo al oficial sin cumplir lo ordenado. Adujeron que sin órdenes escritas de instancias superiores, no realizarían ningún mandado.

Cuando regresó el emisario, mi general redactó la misma orden por escrito, volviendo de nuevo al ayuntamiento. Se constituyeron entonces los regidores en asamblea, votando sobre aceptar o no aquel mando impuesto a espaldas del rey. Solo uno de ellos se declaró favorable. El resto quiso dar largas, es decir, ni sí ni no. Contestaron, también por escrito, que no disponían de medios para ello, así como que no recordaban en que disposición, el general Porlier fue nombrado capitán general del reino de Galicia, ya que lo suponían preso en Arteijo.

Cuando la misiva llegó a palacio, yo me encontraba cerca de mi general, atendiendo una serie de cuestiones relativas a la impedimenta. Se enfadó bastante, decidiendo que sus consejeros lo dejaran solo unos instantes para tomar una determinación. Entró en donde yo estaba y me habló.

—Diego, amigo, ya ves cómo están las cosas. Tienen ante ellos la libertad, pero no la quieren coger.

Le miré sin responder.

—Nombraremos una Junta formada por militares. Así, esos cobardes dejarán de tener algún mando en esta plaza.

—¿Y qué haréis con ellos? —pregunté.

—Los retendremos en la cárcel. Antes quiero hablarles.

Ordenó que dos piquetes se trasladaran a las casas consistoriales, escoltando a cuatro oficiales de artillería, que serían los que formaran el nuevo gobierno municipal. Uno de los pelotones quedaría de guardia permanente en el ayuntamiento. El otro traería a

los díscolos regidores.

Pasaba ya el mediodía, cuando el señor Rojo, acompañado de otros dos comerciantes, solicitó audiencia. Concedida ésta en el acto, allí mismo, los visitantes, hicieron entrega al tesorero, capitán Juan Villar Urquijo, de la cantidad de ciento noventa y cinco mil reales, para sufragar los gastos iniciales del alzamiento. Mi general, extendió recibo por dicha cantidad, quedando para comer en la fonda de Terón, que está en la calle de la Franja. Repartió entonces, todo el efectivo, en proporción a los soldados de cada batallón.

Antes de salir, redactó varias decenas de mensajes, que fueron remitidos, con correos, a Astorga, Gijón, Vigo, León, Burgos, etc., acompañados de copias de los bandos. Hacia Santiago de Compostela, partió otro, con cartas para el coronel Alonso Ortega, de guarnición en esa ciudad, a punto de tomar el mando de la 4ª división de granaderos provinciales, que se encontraba allí, en tránsito de Orense a La Coruña. En ellas, le decía que detuviera al general jefe, haciéndose cargo de las fuerzas, rogándole que le enviara, a no tardar, a la mitad de sus hombres, que ascendían a unos dos mil quinientos. Salieron también, por barco, bastantes bandos y misivas, camino de Bilbao, Santander, Cádiz y Barcelona. Acto seguido, fuimos a comer.

Nos reunimos allí algo más de cincuenta personas, la mayoría militares francos de servicio. Cuando el asado llenó nuestros estómagos, y el vino lo ayudó en su trasiego, algunos oficiales se exaltaron, profiriendo voces.

— ¡Muera el rey! —gritaban unos.

— ¡Viva la revolución constitucional! —contestaban otros.

Después de varios intentos, pudo por fin, mi señor, poner algo de orden en aquella algarabía, para que le escucharan. Puesto en pie, nos habló.

—Amigos —comenzó diciendo—, las cuestiones del vino, a veces, están reñidas con las de la guerra. Conservemos, por lo tanto, la cabeza en su sitio y la calma sosegada, no dejándonos llevar por la alegría pasajera que pueda producirnos el imperio de Baco.

—Mi general —preguntó alguien—, ¿se sabe algo de si ha habido más sublevados?

—Hace algunas horas, han salido varios correos para multitud de guarniciones. Portaban cartas y bandos, en los que les animo a sumarse a la causa de la razón.

—¿Se nos unirán los de Ferrol y Santiago?

—Sí. De Ferrol ya hemos recibido confirmación. De Santiago todavía no, pero es de esperar que los granaderos detengan al gobernador, que, seguro, es el único obstáculo que existe allí.

—Pero… ¿y si así no ocurre?

—Si eso no sucede, marcharemos hacia su encuentro —no se le

notó el apuro—. Ahora, terminemos la tertulia, que queda mucho por hacer.

Dicho esto, abandonamos la fonda, volviendo a palacio. Allí, esperaban los doce miembros del consistorio. El general Porlier les hizo pasar al salón del trono.

—¿Qué delito se dice que hemos cometido como para ser tratados tal que vulgares delincuentes? —preguntó el que parecía ser el alcalde.

Él los miró con seriedad, sin decir nada.

—¿Cuál es nuestro pecado? ¿Acaso el reconocer al rey? —indagó otro.

Mi señor seguía sin contestar. El del principio, se le acercó con aires ostentosos, a la par que decía:

—Sabed que esto que hacéis está mal. Ni su majestad lo aprueba, ni el pueblo os seguirá. Quedareis solo y desamparado por dar de lado a la ley emanada del mismo monarca.

Mi general, con ira poco contenida, por fin contestó.

—¿Quiénes os creéis que sois como para negar a cualquiera el derecho a la dignidad? ¿Por qué, vulgares hombrezuelos, os comportáis como los niños que esconden la mano? ¿Decís que vulnero la ley? Eso vosotros, que no acatáis la Constitución.

—Señor —levantó la voz el secretario del ayuntamiento—. La ley es el rey, no esa otra que algunos inventaron.

—Ese que decís, a quien todos llamamos el felón, es un hombre indeseable. Es cobarde, ladrón, asesino y malhechor. Cuando no maquina alguna perfidia, viola a las mujeres y después se emborracha. Dice que es rey por la gracia de Dios. Yo digo que no, que Dios quiere a todos los hombres iguales. En base a esa igualdad divina, el pueblo de España, mediante los miembros de las Cortes, redactaron y aprobaron la Constitución, mientras él se refugiaba en los brazos de nuestro enemigo, gozando de todos los placeres de la vida en un palacio de Valençay. De vuelta, pisoteó a los que dieron su sangre y su vida por su regreso. Y… ¿decís que ese asesino es la ley? ¡Por Dios! —finalizó con un gesto de asco—. No digáis más sandeces.

El silencio, roto por los pasos rápidos de mi general, no duró mucho.

—Señor —habló el alcalde—. No podemos acceder a vuestras pretensiones, por no tener conocimiento de vuestro nombramiento.

—Sargento mayor —ordenó—. Lleve a estos navegantes de dos aguas a la cárcel real. Que en la soledad de sus mazmorras sientan lo que el felón está haciendo a miles de hombres buenos.

Entre protestas airadas, y palabras subidas de tono, los regidores fueron ingresados en celdas incomunicadas.

Caía la noche, cuando los oficiales de los regimientos, repartieron

entre sus hombres el equivalente a dos soldadas, que tal y como estaban las cosas, eso era mejor que nada, ya que, al que menos, se le debían treinta y seis.

SE NOS HAN ADELANTADO

Cercanas las dos de la madrugada del día veinte, un jinete entró en Santiago de Compostela por el camino de Órdenes. Era el capitán Sostrada, que portaba documentos para el coronel Alonso Ortega. Las herraduras de su montura hacían saltar chispas del seco empedrado. Bajó por el Hospitalillo hacia San Martín Pinario. Bordeó la catedral por la Quintana de Vivos y Muertos, ascendiendo, después, por la calle del Franco. Se detuvo en la última casa, que era edificio militar, de tres plantas, destinado a residencia de oficiales transeúntes o en comisión.

—Mi coronel —dijo—. Tengo unas cartas reservadas, del mariscal de campo Porlier.

—Qué querrá ese muchacho… —se quejó Ortega—. Tan impetuoso como siempre.

Eran, coronel y general, viejos conocidos de la guerra. Por ser la edad del primero casi el doble de la del otro, cuando coincidían, el trato era como de padre a hijo. Ortega era de los pocos militares que se permitían tutearle, tal el era el conocimiento y confianza que existía entre ellos. Mientras rompía el sello, recordó que debería de estar cumpliendo condena.

—Capitán —lo miró a los ojos—. ¿Qué ha sucedido en La Coruña?

—Mi coronel, el general Díaz Porlier ha sido nombrado capitán general del reino de Galicia. La Constitución se ha proclamado esta mañana. Toda la guarnición, así como la ciudadanía, lo apoyan. Os ruega que os unáis a él, poniéndoos bajo su mando y acatando esas órdenes escritas.

—Pero…, me pide que detenga al comandante militar y al gobernador.

—Así es, señor.

Resopló varias veces.

—Acompañadme a mi habitación —le dijo al oficial.

Una vez allí, se sentaron en unos butacones. El coronel, revolvió en un cajón, sacando dos cigarros. Le ofreció uno de ellos al mensajero. Con la llama de una vela, le dieron candela a la punta, inspirando fuerte varias veces. Ambos aspiraron con lentitud el humo.

—Los reservaba para una ocasión significativa, y cual mejor que ésta.

En los cinco siguientes minutos, ninguno habló. Se limitaron a observar las volutas ascendentes, dejando volar sus pensamientos. De pronto, Ortega se levantó.

—Bien, capitán, ha llegado el momento. Dentro de media hora, tendré a más de dos mil granaderos listos para ejecutar las órdenes recibidas de La Coruña.

Bajaron, ordenando al cabo de guardia que despertara a los diez o doce oficiales de su regimiento, que allí dormían. Cuando los tuvo ante él, les habló.

—Señores. Acudan al campamento y que se toque generala. Revistaré a las tropas en veinte minutos. Después de la formación, me reuniré con todos y les explicaré los hechos tan extraordinarios que están sucediendo.

Acababan de salir los perplejos oficiales, cuando un emisario entró, cuadrándose ante el coronel.

—Señor, el comandante general de los batallones provinciales del reino, mariscal de campo don José Imaz, os ordena que os presentéis a él sin tardanza.

Ortega miró a Sostrada. Intuía que el comandante militar se le había adelantado. Cuando llegaron al cuartel provincial, todo era un hervidero. Las guardias estaban reforzadas. Los oficiales y soldados, corrían hacia todos los lados, portando órdenes y contraórdenes. Nadie sabía muy bien lo que sucedía. El coronel, que había dejado al capitán a la entrada, respiró profundo sopesando lo que debería de hacer. Con estas, entró en el despacho de Imaz, presentándose.

—¡Por Dios, Ortega! —le dijo el general—. Llegáis en el momento oportuno. Estoy, ahora mismo, poniendo en alerta a toda la guarnición. ¿Sabéis la que ha organizado el Marquesito? —ante el encogimiento de hombros del coronel, prosiguió—. ¡Pues que se ha fugado del presidio y ha sublevado a las tropas de La Coruña! ¡Tamaña osadía!

Ortega seguía silencioso. Ni un solo músculo de su cuerpo se movía. Seguro que ni pestañeaba. Cómo no contestaba, Sostrada lo miró algo desconfiado antes de continuar.

—El muy arrogante Porlier. ¿Quién se ha creído que es? Ha obligado a todo el mundo a jurar aquella nefasta ley liberal de cuando la guerra. La que llaman Constitución. Ha lanzado pestes contra nuestro bien amado rey Fernando, pero, yo, por ahí no paso. Ya estáis, ahora mismo, levantando a vuestra gente y tomando el camino de Órdenes. Con la mitad de ellos, cavad zanjas y trincheras, bordeando la ciudad. Con los otros, haced lo propio en la zona de Sigüeiro.

El coronel Alonso Ortega estuvo un momento dubitativo. Por un momento se le pasó por la cabeza detener allí mismo al general, pero, seguro, que los oficiales de Sostrada le iban a ser fieles.

—¡Qué pasa coronel! ¿Es que no me ha oído? ¿No ha entendido lo que le acabo de ordenar?

— ¡Sí mi general! A la orden.

Dio media vuelta y salió fuera. Allí le esperaba el capitán Sostrada.

—Alguien se nos ha adelantado. Aquí ya no hay nada que hacer. Volved y decid al general Porlier lo que ha sucedido. Dadle saludos. Decidle también que lo siento y que le deseo toda la suerte del mundo. Si avanza hacia aquí, me uniré con mis hombres a él, en Sigüeiro. Id presto y.... que se cuide mucho, que, a la mínima, me tendrá bajo sus órdenes.

LA INQUISICIÓN

—Ilustrísima. Permitidme —se arrodilló besando el anillo—. Lamento interrumpir vuestro sueño.

El arzobispo, carraspeó despejándose la garganta.

—Pues sí que sois intempestivo. Apenas son las cuatro. Ni los gallos quiquiriquean ni las gallinas cacarean todavía —lo miró frunciendo el ceño—. A ver, decidme. ¿Qué es eso tan importante que ni a los ministros de la iglesia les permite dormir de seguido?

—Ayer estalló una revuelta en La Coruña. La lidera el general Díaz Porlier. Se ha rebelado contra el rey. Ha hecho jurar la pérfida Constitución al pueblo y a sus soldados.

El que hablaba no era hombre joven. Vestía hábito negro, que dejaba entrever los dedos de sus pies a través de las sandalias de cuero gastado. El rostro, de nariz recta y colorada, aparecía surcado de arrugas. Su frente más bien parecía el sembrado de una huerta, y bajo ella, dos cejas espesas que cubrían sus pequeños ojos marrones. De él se decía que jamás sonreía. Era el inquisidor real de Santiago. Siempre permanecía en la sombra, pero, hasta los más poderosos le temían.

—No podemos permitir —continuó con voz suave el recién llegado—, la Santa Madre Iglesia no acepta, el que se quiera hacer de nuestro rey un pelele al servicio del pueblo.

—Esperad —interrumpió el arzobispo—. Yo no le veo mucho peligro. Si esa aventura se limita a La Coruña, no hay nada que temer. Y..., pero... ¿no estaba ese hombre preso allí?

—Ilustrísima, Porlier se ha fugado del presidio, con la connivencia de unos cuantos. Ese general traidor al rey cuenta con apoyos. El pueblo lo adora, sus propios soldados también. Tengo noticias de que parte de la guarnición de Ferrol está con él. Aquí, en Santiago, gracias a Dios, nos hemos adelantado. Pero, me consta, que ha enviado emisarios a diferentes ciudades y reinos, por lo que si esto

no se corta en breve, sucederán cosas graves para nosotros y para la Santa Iglesia. La paz, que tanto costó recuperar, peligra de nuevo, pero esta vez entre hermanos de sangre. Y además el poder de nuestra católica Iglesia con su Santa Inquisición se verá mermado de una forma como nunca se ha conocido en las Españas. Debemos actuar rápido, más que él, adelantándonos, incluso, al ejército y al propio rey.

El arzobispo apoyó su cabeza en la mano, cerrando los ojos. No dejaba de pensar en las palabras que le habían susurrado. Cierto era que le aterraba la caída del trono, con el consiguiente acceso al poder de aquellos que se llamaban liberales, gentes sin principios ni valores morales. Sí. Debían de tomar una determinación antes que nadie. De lo contrario, el caos reinaría en ciudades y pueblos. Pudiera ser que se avecinara una nueva guerra cruel.

—¿Qué habéis pensado? —preguntó al inquisidor.

—Debemos minar las creencias de los soldados que le sirven. Si conseguimos, por el medio que sea, que parte de su gente se vuelva contra él, habremos salvado lo que tenemos. Si esa merma de voluntades no fuera posible, seguro que existen otros medios más rápidos y efectivos.

—Pero...¿Qué me estáis diciendo?

—Ilustrísima. Si los oficiales que siguen a Porlier no quieren dejarse aconsejar por nosotros, usando la fuerza del dinero, no queda más opción que la de suprimir a ese generalito.

—¿Me habláis de muerte? –el arzobispo hacía como que no había entendido nada.

—Señor, si en último extremo la necesidad obliga a deshacernos de él, así se hará, con su venia, por el medio que corresponda.

Un silencio espeso llenó la habitación. Aquellos hombres de la Iglesia estaban planificando la muerte de una persona. Ellos, que se decían garantes del amor, la paz y la vida de Jesucristo mismo.

—He pensado enviar a alguien, con dineros suficientes como para conseguir cambiar las voluntades —deshizo el mutismo el inquisidor—. En fin, si no lo consiguiera de esta forma, habrá que solucionarlo de la otra. Necesito ahora vuestra aprobación.

—Bien, hacedlo ya. Pero, cuando todo termine, vos seréis mi confesor. Supongo que yo el vuestro.

—Que así sea. Amén.

Sin despedirse, el inquisidor real de Santiago salió de la estancia, para acudir a la cárcel de la Inquisición, que era en donde tenía sus dependencias. Allí, llamó a su ayudante.

—Avisad al padre Luis. Necesito verlo con urgencia.

Era, el tal Luis, coadjutor de la iglesia del Pilar. De edad menor

de treinta años, hacía solo uno que había sido ordenado. Bello de cara y de cuerpo, se rumoreaba, en los mentideros de la curia, que había tenido varios líos de faldas durante los últimos meses, así como que buscó el refugio de la ordenación, para evitar males de justicia.

Cierto era esto último, como bien sabía el inquisidor, pero lo que otros muchos ignoraban, era que el padre Luis era un personaje sin escrúpulos. Durante la guerra, torturó, violó y asesinó a multitud de personas. Trabajó tanto para los franceses como para los españoles. Cuando la contienda finalizó, se vio obligado a alejarse de sus zonas de «trabajo», Andalucía y Madrid principalmente, refugiándose en el clero, después de cambiar de nombre.

Era, a su juicio, la persona más adecuada para llevar a cabo lo que se proponía. Hombre seductor, con mucho tacto en el trato y buen negociante, solo él lo lograría. Su alma se encontraba manchada de pecados. Seguro que uno más no lo notaría. Antes de las cinco, Luis se presentó en la cárcel, ante quien lo había llamado.

—Padre —dijo arrodillándose—. Estoy a vuestro permanente servicio.

—Sentémonos —indicó aquel—. Os he llamado para realizar una tarea que requiere rapidez y buen hacer.

El cura no contestó.

—No sé si sabéis que ayer se produjo una revuelta en La Coruña. Los revoltosos amenazan con reinstaurar la Constitución. Partiréis ahora hacia allí, y haréis todo lo posible para que fracase.

—Ilustrísima, necesitaré salvoconductos y algo de dinero.

—Mi secretario ya tiene todo dispuesto. Portaréis cincuenta mil reales. Supongo que es más que suficiente como para comprar las voluntades de muchos asesinos. Conseguid, en el gobierno militar, uniforme de sargento o de cabo, de lo que sea. Os darán lo que pidáis enseñando mi sello —se lo entregó—. Tengo conocimiento de que la revolución está a cargo del general Díaz Porlier. Comprad las voluntades que sean para llevar toda esa conjura a mal camino. Debéis traer vivo al cabecilla. Supongo que dispondréis de otros ingenios para doblegar lo que sea menester, incluso con armas. Tenéis tres días para terminar con todo esto.

El padre Luis lo miró. Estaba diciéndole que si no podía terminar con aquella algarada, asesinase al mismo Porlier y a quien hiciera falta. No era nuevo para él. Por eso, una sonrisa se adivinó en su rostro antes de contestar.

—Bien, pero, tengo entendido que sus tropas y el pueblo lo apoyan. No me será nada fácil. ¿Qué pasará si fracaso?

—Sabes —le tuteó—, que tengo unos cuantos informes acerca de ti. Si no lo logras, el interrogado serás tú.

A las siete de la mañana, el padre Luis, cura, asesino y espía, partía

rumbo a La Coruña, bajo uniforme de sargento de artillería.

EL «HIENA»

Durante el transcurso de esa noche, y de la tarde anterior, también habían sucedido hechos en Ferrol. Enterada la guarnición de la revuelta iniciada en La Coruña, varios oficiales arengaron a las tropas, convenciéndolas para unirse a Porlier.

Eran los coroneles Ramón Romay y José María Peón. Ambos se dirigieron, con poca escolta, a eso de las seis de la tarde del diecinueve, al edificio del gobierno militar. Allí, consiguieron audiencia ante el gobernador, que los recibió de no muy buena gana.

—Mi general —dijo Peón—. Mi batallón se encuentra presto para partir hacia La Coruña, obedeciendo la orden recibida del capitán general Díaz Porlier.

—Bien, pero le advierto, coronel, que yo no autorizo esa salida. Si así se hiciera, sería bajo su responsabilidad.

—General —habló Romay—, solo queremos su palabra de que no interpondrá fuerzas en nuestro camino.

—No haré que mis hombres se enfrenten entre ellos.

—Si así es, quede con Dios. Si no lo cumple, juro que mi mano rebanará su pescuezo —sentenció.

Ambos coroneles, después de esa breve conversación, regresaron a sus cuarteles, en donde formaron a las tropas. Eran el 6º regimiento de marina y el 2º batallón de órdenes militares. Sumaban casi seiscientos hombres. Organizó entonces, el coronel Romay, dos secciones para que se hicieran con el mando del bergantín «Hiena», anclado en el puerto, para así llegar presto a La Coruña, a cuatro millas por mar, pero a veinte por tierra.

El capitán del «Hiena», que ya tenía noticias de lo sucedido en La Coruña, cuando vio acercarse la fuerza armada mandó quitar el portalón, para impedirles el acceso. Desde el muelle le gritaron. Él hizo caso omiso a lo que le decían. Desplegó velas e izó anclas, haciendo oídos sordos. Varios disparos de mosquete hicieron saltar astillas del puente, pero con el cañón de proa, de un par de tiros, dispersó a aquellos que intentaban detenerlo.

Peón envió, por su parte, una compañía con carros al Parque de Artillería. Pretendían hacerse con armamento, munición e impedimenta. Al llegar, les cerraron las puertas, por lo que las volaron. En el patio de armas se produjo un tiroteo. Unas decenas de soldados, al mando del coronel del Parque, trataban de impedir que se apropiaran del material. Los liberales, poco a poco, los hicieron retroceder hasta los últimos almacenes, por lo que, cruzando un par de

vehículos sin tiro, para detener las balas, vaciaron los del principio. Cuando se retiraron, atrás dejaron cinco soldados propios muertos.

Por fin, al filo de las diez de la noche, el 6º regimiento de marina y el 2º batallón de órdenes militares, partieron por tierra desde El Ferrol, con los coroneles Romay y Peón a la cabeza, para sumarse a la revuelta iniciada el día anterior en La Coruña.

EL PAÑUELO

Era ya el veinte, de recién amanecida. La Bandera acababa de ser izada al alto mástil del palacio. Un suave viento, la hacía flamear con orgullo. En otros lugares de España, ejércitos absolutistas, en ese preciso momento, también la izaban. Era paradójico, amigos y enemigos, lucharían entre sí, todos bajo la misma enseña, al amparo de una única Bandera.

Mi señor no había dormido. Decidió entonces, tomarse unas horas para poder ver y estrechar a su amada. Por ello, me encargó el organizar una partida que, a modo de escolta, lo acompañase hasta Pastoriza.

—Pero, mi general —le dije—. Solo soy soldado. No tengo ningún mando.

— ¡Caramba, Diego! —exclamó haciéndose el sorprendido— Nunca te traté como tal, ya que para mí, tienes más valor que muchos coroneles, con demasiado mando, que conozco.

—Señor —repliqué—, el valor que uno pueda tener, no mueve ejércitos ni partidas. Ni qué decir tiene que ya sabéis como están las cosas estos días por aquí. Si me lo permitís, os solicito una orden por escrito, que me autorice a buscar la escolta que me pedís. En caso contrario creo que no lo lograré ni a tiros.

—Hace ya tiempo que estás bajo mis órdenes. Nunca te he visto flaquear. Sí arriesgar tu vida en multitud de ocasiones. Incluso en San Marcial, salvaste la mía, descabezando a aquel pérfido dragón —rio sin reparo.

Recordaba el episodio, que a punto estuvo de dejarme sin general, con un escalofrío que recorrió mi espalda.

—Mérito poco tuve —dije con falsa modestia—. Lo cierto es que el miedo casi me dejó sin habla y con el ojo derecho retorcido, que, ya sabe que cuando los momentos difíciles me aprietan, mi vista desvaría sola, torciéndose el diestro para la nariz.

Rió a carcajadas contagiándome. Muchas veces habíamos hecho bromas los dos acerca de este defecto mío que se producía solo cuando yo no quería. Él también tenía uno, que solo doña Josefa y yo lo sabíamos. Y era que al igual que yo, en las situaciones en las que la

muerte ya se veía venir, su ojo izquierdo comenzaba un lloro continuo, no en forma de lágrimas, sí en pequeño manantial. Tampoco lo podía controlar. Así que de esa guisa estuvimos en alguna batalla. Yo con el diestro mirando al centro, el con el siniestro en fuente desatada. Era de risa. Cuando se nos pasó aquel arranque risueño, él contestó.

—En la batalla, existe una escala de valores para medir hechos como el que tú hiciste. Los héroes no son más que soldados cuyo miedo se multiplica por cien o por mil, pasando a ser valentía. Tú eres un valiente, yo también lo soy. ¿Por qué? Porque hemos tenido, y tenemos, tantísimo miedo, que ha pasado, en nosotros, a ser valor. El valiente, con un poco más de miedo, se convierte, sin quererlo, en héroe.

No supe qué decir, por lo que continuó.

—Diego. Quiero que sepas que muchos, con menos méritos que tú, han llegado a generales. Hace ya tiempo que debería de haberte recompensado de alguna forma todos tus desvelos.

—Mi señor. Yo no quiero nada —pensé en doña Josefa—.Solo me gustaría seguir sirviéndoos como hasta ahora.

Se me acercó, abrazándome. Unas lágrimas brillaron en mi cara.

—No esperaba menos de ti, querido Diego.

Cuando deshizo el abrazo, prosiguió.

—Voy a extender un nombramiento de alférez para ti. Al ser capitán general, es asunto de mi competencia.

—Pero, es que yo... —no sabía qué contestar.

—Tú ya eres el alférez Diego Carballo da Veiga. Recibe mi enhorabuena.

Llamó al escribiente, a quien dictó la cédula de mi nuevo empleo.

Su ayudante, el capitán Castañera, trajo los galones, que me fueron colocados en las hombreras. De paso me dijo que la intervención militar se haría cargo, esa misma mañana, de la toma de razón correspondiente al empleo.

—Alférez Carballo —me ordenó Porlier—. Quedas en la plaza de La Coruña, en comisión de servicio en el estado mayor de esta capitanía general. Ahora, solicita al coronel Peón, del 6º regimiento de marina, una sección, de a caballo, para marchar conmigo a Pastoriza.

Iba a salir, cuando se presentó el capitán Sostrada, recién llegado de Santiago. Portaba la noticia de la no sublevación de las tropas de esa ciudad.

—El general Imaz, de madrugada, se adelantó al coronel Ortega —explicó—. Cuando éste quiso levantar a sus fuerzas, el gobernador ya había tomado decisiones. Han enviado tropas por el camino de esta

ciudad.

Mi señor, pensativo, no decía nada.

—Os traigo, también, un mensaje personal del coronel Ortega —finalizó el oficial—. Dice que os cuidéis mucho, que tengáis toda la suerte con la revolución. Me ha asegurado que se unirá a nosotros en cuanto nos tenga a la vista.

Fue llamado entonces a presencia del general el capitán Castañera. Le ordenó el organizar patrullas que recorrieran el camino hasta pasado Órdenes, para informar de los movimientos del que ahora era supuesto enemigo. Le prohibió establecer contacto, que no fuera visual. Deberían de estar de regreso al finalizar la tarde. El mismo oficial se encargaría de preparar una fuerza de ochocientos a novecientos hombres, para marchar a Santiago, intentando engrosar las tropas con las de Ortega, haciéndose con la plaza. La partida se realizaría esa misma noche.

Mientras, yo me desplacé al cuartel de la Palloza, en donde el recién llegado 6º regimiento de marina se había alojado. Allí me presenté al coronel Peón, a quien no veía desde hacía meses.

—Enhorabuena, mi alférez —se alegró—, ya iban siendo horas de que el general se acordara de usted. Cierto es que lo merecéis.

—Gracias, mi coronel —contesté—. Supongo que, después de lo pasado en la guerra, todos somos acreedores de un ascenso.

—Cierto es, pero ahora mismo no hacen falta oficiales. Necesitamos hombres como tú. Por cierto. ¿Qué te trae por aquí? —me tuteó.

—Mi coronel, necesito una sección a caballo para escoltar al general hasta Pastoriza.

Me miró entrecerrando los ojos. Adivinando sus dudas, le repliqué.

—No va a huir. Sólo piensa despedirse de su esposa, ya que esta noche partiremos a Santiago para hacer caer la plaza.

—Dios me libre, mi alférez, de falta de confianza para con nuestro jefe. Al punto tendrás lo que pides. La fuerza la compondrán tres cabos y doce húsares. Os acompañará también, por no saber en dónde encuadrarlo, un sargento recién llegado de Santiago. Pertenece al regimiento de granaderos provinciales. En cuanto ha sabido que nos hemos sublevado contra el poder real, ha sentido en su pecho la llama de la libertad —ante mi mirada recelosa continuó—. Ya lo hemos interrogado. No es espía.

—Bien, mi coronel. Voy a por mis hombres.

Esperé en el patio de armas. En menos de diez minutos, la fuerza ya estaba allí, dándome novedades.

—A la orden, mi alférez. Formada la escolta de dieciséis hombres, sin novedad.

Como no eran tiempos de fiarse de nadie, menos aún de los que asegurarían la vida de mi señor, los mandé apear para hablar con ellos.

Les pregunté sus nombres, edades y hechos meritorios. De una media de veinticinco años, todos eran viejos soldados, fogueados en alguna batalla, de lo más normal en el ejército de aquellos días.

Uno, el sargento, me llamó más la atención. En principio, su apariencia física contrastaba con el resto. De tez blanca, rasurada, nada curtida por el viento y el sol. Manos sin callos, delicadas, de dedos largos con uñas limpias, de impresión poco acostumbradas a cavar trincheras, disparar o cargar. Corte de pelo cuidado, nada habitual, y uniforme limpio, sin descosidos, con todos los botones. Las botas brillaban casi tanto como su dentadura. Una media sonrisa, me hacía pensar en un personaje de la corte y no en un guerrero. Dijo llamarse Luis Ferreiro, de Vigo.

—Mi sargento —le dije—, creo que usted es recién llegado a esta plaza.

—Sí, mi alférez —contestó con la mueca en su rostro impasible —. Salí de Santiago esta noche, para prestar mi apoyo a la insurrección.

—Pero, dígame. ¿Qué pasó allí?

—Ayer por la tarde, el coronel Ortega, jefe del regimiento de granaderos provinciales, movilizó a todos sus hombres, más de cuatro mil. El general Imaz, por su parte, hizo lo propio con el resto. En aquella ciudad hay unos ocho mil soldados que se nos oponen. Yo escapé porque amo la libertad, quiero que vuelva la Constitución. No necesito más represión.

Mientras él hablaba, yo lo miraba a los ojos. Él no los retiró, pero un pequeño chispazo que vi en ellos, me convenció de que no era demasiado de fiar.

—Muchos, dice usted, que se nos enfrentan en Santiago.

—Sí señor, e incluso me quedo corto, ya que tengo entendido que se está realizando una leva obligatoria por la zona.

Achaqué, aquellos números tan exagerados, a la propia imaginación del sargento. No cuadraban las cantidades, ya que las fuerzas de Imaz y Ortega no llegaban a tres mil. Sin hablar más, fui a ver, de nuevo, al coronel Peón. Le expresé mis sentimientos hacia ese sargento. No me daba buena impresión.

—Pero no es espía. Lo hemos interrogado nada más llegar —me dijo.

—De todas maneras, prefiero no llevarlo de escolta del general Porlier. No lo considero fiable.

—Que sea como quieras.

De regreso al patio de armas, le indiqué, al llamado Luis

Ferreiro, que saliera de formación, ya que prescindiría de él para este servicio.

—Pero mi alférez —protestó—. Yo quiero servir a la causa. Quiero luchar junto al general Porlier. Quiero defenderlo.

Mi negativa a que viniera fue rotunda. Se alejó murmurando por lo bajo. El resto, salimos al galope de la Palloza. Llegados a capitanía general, me presenté a mi señor, quien, firmando sus últimas órdenes, salió fuera. Eran casi las doce del mediodía, cuando partimos a toda velocidad, hacia Pastoriza. No paramos en todo el camino, manteniendo un buen trote, que hizo que en una hora mi general abrazara a doña Josefa.

Ella estaba radiante, inmensa en su hermosura y esplendor. Se retiraron, de la mano, a sus habitaciones. Cuando volvieron, al rato largo, la comida ya estaba dispuesta. Éramos cuatro a la mesa: don Andrés Rojo, mis señores y yo. La escolta ya había comido antes.

Se charló de cosas intranscendentes durante el almuerzo, más que nada para no dar motivo de alarma a mi ama. Al término, el general quiso quedarse solo con el anfitrión, por lo que nosotros salimos al jardín. Una vez allí, nos sentamos en un banco.

—Dime, Diego —me dijo mi señora—. ¿Qué está sucediendo?

Como no sabía hasta donde le habían informado, no queriendo preocuparla, contesté con ambigüedades.

—No hace falta que me mientas. Esto no está tan lejos de La Coruña. Sé que no todos se han sublevado contra el rey.

No quedándome otra opción, la miré a los ojos.

—Josefa, querida —nunca hasta entonces, salvo una noche ensoñadora que pasamos en Astorga, la había tratado con esa familiaridad—. Es cierto que el general Porlier ha iniciado la revolución. Pero otras ciudades ya se están uniendo a él.

Ella, adivinó los brillos enamorados de mis ojos. Sonrió, cogiendo mi mano entre las suyas. Un temblor recorrió mi cuerpo.

—Diego, mi amigo. Te aprecio mucho, quizá demasiado —un rayo de esperanza golpeó mi corazón—. Pero comprende que, ahora mismo, tengo mi alma entregada a mi marido.

Yo asentí en silencio.

—Por eso, quiero que lo protejas, como ya has hecho otras veces.

—Te juro, señora mía —contesté lloroso, permitiéndome el tutearla—, que toda mi inteligencia y fuerza irán encaminadas a que mi señor no sufra daño alguno.

—Eres muy generoso, Diego.

Retiró sus manos. Un par de lágrimas resbalaron por su mejilla. Las secó con un pañuelo blanco, con sus iniciales, J.Q., bordadas en color azul.

—Quiero que lleves algo mío —me alargó el pañuelo—. No me malinterpretes. Con ello, te acordarás siempre de tu juramento. Ahora, por favor, déjame sola.

Le besé la mano con suavidad y cariño antes de irme. Guardé aquella prenda de mi enamorada en el zurrón, yendo a reunirme con la escolta. Durante un tiempo, esa fue la última vez que la vi. En mi mente flotó su imagen. Cerca de mi corazón, la tela con su esencia. En lo más profundo de mi alma un anhelo de ese amor inalcanzable.

A las cinco de la tarde, partimos, con mi general a la cabeza, de regreso a la ciudad, a donde llegamos, al galope, en menos de una hora.

LA CANCIÓN

Una vez en palacio, mi señor recibió las novedades de lo ocurrido durante su ausencia, de las que no había mucho que reseñar. La más significativa, era la del mal estado del calzado de la tropa que marcharía a Santiago. Por ello se me ordenó recorrer los almacenes de telas y cueros, a fin de conseguir la mayor cantidad posible de pares de zapatos.

De nuevo me dirigí al cuartel de la Palloza, en donde solicité un pelotón con dos carros. Cuando me lo concedieron, reconocí al que mandaba la fuerza. Era Luis Ferreiro, el sargento recién llegado de Santiago.

—Caramba —le dije—, parece que por fin sirve usted a la causa.

—Sí, mi alférez. Aunque sea recogiendo zuecos —contestó con ironía.

Al ritmo del cansino paso de las vacas que tiraban de los carromatos, pasamos por los lugares en los que se suponía que había aquello que buscábamos. Por todas las mercancías requisadas extendí recibos, para que los dueños los pasaran al cobro ante el habilitado de capitanía. A eso de las diez de la noche, entregué todo al coronel Peón. En total se habían recogido del orden de cuatrocientos pares de zapatos y unos cien de botas altas.

De regreso a palacio, se me ordenó integrarme en un escuadrón del regimiento de húsares del reino de Galicia, a cargo del estado mayor, por lo que pasé a despedirme de mi general.

—Señor —le dije—, me han comisionado en el regimiento de húsares.

—Bien, Diego —contestó sonriente—. Tu merecido ascenso, ya ves, conlleva servidumbres.

—Sí mi general. He venido a despedirme, puesto que

marcharemos en vanguardia.

—Amigo mío —me abrazó—, cuando todo esto termine, volverás, si así lo deseas, a mi lado.

—Sabéis que siempre que me necesitéis allí me tendréis.

Al salir, sus ojos brillaban tanto como los míos. Me di cuenta de que de su izquierdo, salía un hilillo de agua, que casi no se notaba.

Estando próxima la partida, formamos a caballo en la plaza de la Harina. El coronel que nos mandaba nos revistó, dándonos las consignas para esa noche.

—Húsares —decía—. Iremos en avanzada descubierta por el camino real de Santiago. No desharemos la formación de marcha salvo en el caso de ser atacados por fuerzas enemigas. El trato a los civiles será exquisito, como hasta ahora. La gran mayoría nos apoya, pero siempre quedará algún elemento subversivo que intentará impedir nuestra tarea. Llegaremos hasta el poblado de Carral, en donde tomaremos posiciones en un lugar cercano, asegurando la plaza y el camino, a la espera del grueso de las fuerzas. Quiero que sepáis, que el propio capitán general dirigirá todas las operaciones. Ahora, húsares de Galicia, al trote.

Así, partimos, antes de la medianoche para enfrentarnos, todos nosotros, con nuestro propio destino.

El monótono golpeteo de los cascos, hacía que los vecinos de las casas situadas al borde del camino, despertaran, saliendo a nuestro paso. Unos, incrédulos, callaban ante los treinta caballeros armados. Otros, se asomaban, con miedo, por detrás de las ventanas y los quicios de las puertas. Algunos, gritaban contra el rey, contra el régimen. Hubo un momento, pasando por Villabuena, que se le llama Vilaboa, en que recibimos algunas piedras, lanzadas desde un bosque. Por no causarnos bajas, proseguimos, sin hacer más caso. A eso de las dos de la madrugada del día veintidós, llegamos a Carral. Como un cuarto de legua más adelante, paramos en la aldea de Sarandones, formada por unas quince casas.

Los ladridos de los perros nos dieron la bienvenida. Nos desplegamos, por cuestiones de seguridad, desde allí hasta el camino real, asegurando la posición. Ante el ruido y jaleo que formamos, los moradores salieron fuera. Nos ofrecían, sonrientes, vino, pan y tocino, sin saber muy bien qué es lo que hasta ese lugar, apartado de la carretera, había llevado a los soldados. A las cinco de la madrugada, escuchamos el caminar del grueso de la expedición. Marchaba a su cabeza el general Porlier.

Como no podía perderse tiempo, se ordenó, después de organizar la vigilancia, el descanso al raso, por no amenazar lluvia, siendo la diana para las ocho. Esas tres horas las pasé en el cuerpo de guardia, a caballo entre los puestos. El cornetín sonó de recién

amanecida. Nada más repartir el rancho, un trozo de pan, queso y aguardiente, los húsares partimos hacia Queijas, en el alto de Herves, a fin de asegurar el lugar. Llegados a eso de las diez, hicimos lo mismo que en Sarandones, desplegándonos. De nuevo, los aldeanos nos obsequiaron con viandas, sonrisas y palmadas en la espalda.

Mucho me fijé en un pequeño rosal, de no más de una vara de alto, que allí, a la vera del camino, había. Su única flor era una rosa. Llamaba la atención el que crecía entre matorrales y árboles, cuyas hojas ya estaban secándose y cayendo por la cercanía del otoño. Cogí la solitaria flor con la mano. Era roja, de un carmesí intenso. Su olor casi hería agradablemente. Pero una espina traicionera me pinchó, haciéndome un poco de sangre.

—Algo tenía que tener de malo –pensé sonriendo.

A eso de las doce, el creciente golpeteo de los tambores, con música de la banda de guerra de gaitas y tambores, nos anunció que las fuerzas se acercaban. Entraron en el pueblo desfilando orgullosos, con sus fusiles al hombro, cantando una marcha que, durante la guerra, se había hecho muy popular entre los soldados, que la entonaban antes de las batallas:

«Dos de mayo, primavera,
todos se van a la guerra.
Unos ríen, otros lloran,
y otros se mueren de pena.
Pero el que más pena lleva,
es el que lleva la bandera.
Le pregunta el capitán:
¿Por qué llevas tanta pena?
¿Es por padre o es por madre,
o es por culpa de esta guerra?
No es por padre ni es por madre,
ni es por culpa de la guerra.
Es por una muchachita
que me he marchado sin verla.
Echa la mano al bolsillo
y saca un retrato de ella.
Hasta el mismo capitán
se prenda nada más verla.
Coge mi caballo blanco
y vete corriendo a verla.
Que por un soldado menos
no perderemos la guerra.
No puedo mi capitán,
primero está mi bandera.

Luego está mi regimiento,
y después está ella».

Esa vez fue la única en la que se me erizó el vello sin necesidad de tener miedo. La emoción de la tropa era compartida por las dos docenas de paisanos de la aldea, que vitoreaban jubilosos a la columna. Muchos soldados sentimos, en esos instantes, tal orgullo por nuestro uniforme y nuestra causa, que mal pudimos disimular las lágrimas.

Algunos civiles, unos cincuenta, seguían a las compañías desde La Coruña o desde Carral. «*Dos de mayo, primavera,…»,* cantaban ellos también, «…*es por una muchachita que me he marchado sin verla».*

Creo que, en todos nuestros corazones, quedaron grabadas para siempre, las sensaciones que nos produjeron esos minutos, desfilando casi sin espectadores, al son de aquella, tan triste canción.

Se ordenó un alto de dos horas, más que nada para recoger a los retrasados, fijando el lugar para pasar la noche en el pueblo de Órdenes, distante de allí como unas dos leguas. Los húsares, volvimos a adelantarnos, como desde el inicio de la marcha, hasta aquel pueblo para asegurar las posiciones de los que vendrían detrás.

Llegados allí, delimitamos un gran campo llano, al que llaman Villa Verde por ser de mucha hierba, en donde se montarían las tiendas. Establecimos además los puestos de los cuerpos de guardia, los recorridos de las patrullas y los puntos de los centinelas. En un mesón cercano, propiedad de un tal Viqueira, apalabramos alojamiento con manutención para el propio general y la oficialidad. Por último, recorrimos casas y almacenes, en busca de pan, vino, o lo que fuera, para el rancho, extendiendo, por supuesto, los recibos pertinentes.

Cerca ya de las cinco de la tarde, las gentes comenzaron a salir de sus casas, por escuchar el sonido creciente de gaitas y tambores. Cuando la columna entró por la calle principal, hacia la plaza mayor, el cántico de «*Dos de mayo, primavera…»* era coreado por los civiles, que llenaban los lados del camino. Aplaudían mucho. Daban gritos de ánimo, vítores a Porlier y a la Pepa, mueras a Fernando.

Mi general, viendo el ánimo de la gente, se engrandeció más, ordenando la colocación de bandos por calles y casas, para así enterar bien a aquella población de que se les estaba liberando del yugo del despotismo y del absolutismo más grande que jamás país alguno conoció.

Una hora después, a las seis, la tropa ya estaba instalada en sus tiendas, y el estado mayor reunido en el mesón del señor Viqueira. Se dejó en Villa Verde a un sargento por sección, para vigilar los buenos modales de los soldados. Se acordó, asimismo, enviar varias patrullas

hacia Santiago, para observar todo lo que sucediera. Tenían orden de avanzar hasta toparse con el enemigo. Entonces regresarían sin establecer más contacto que el visual.

Como fuera que las guardias ya estaban establecidas, nuestro coronel nos dio a los húsares, tiempo libre para andar por el pueblo hasta caer la noche. Por ese motivo, me acerqué a Órdenes, a unos dos mil pasos del campamento. Había algunos soldados y oficiales que, como yo, en esos momentos estaban libres de servicio. Como no era muy grande el poblado, acudí al otro mesón, que era el de Pacheco, a fin de charlar con algún compañero.

Dentro de la casa, el ambiente era grato. Estábamos allí unos cincuenta militares, repartidos entre la cocina y los salones. Los mesoneros no daban abasto a servir a tanta gente. Las jarras rebosantes de vino acompañaban a las empanadas y a los bizcochos con frutas. La alegría, a nivel general era grande. Yo me uní a un grupo de húsares que, aunque compañeros desde hacía menos de un día, habíamos intimado en las largas horas que pasamos juntos.

Mientras tanto, a eso de las ocho, regresaron las patrullas enviadas hacia Santiago. Traían información de que las tropas enemigas, se encontraban parapetadas a unas tres leguas. Habían levantado barricadas y cavado trincheras. No establecieron contacto con ellos, pero vieron que se encontraban en disposición defensiva, a la espera del discurrir de los acontecimientos.

Informado de todo esto el general Porlier, ordenó el toque de diana para las cuatro de la madrugada, fijando la partida para media hora después. Se había propuesto realizar una incursión con parte de las tropas monte a través, a fin de rodearlos, mientras una columna les hacía frente. Su propósito no era más que el lograr la rendición de los oponentes derramando la menor cantidad de sangre posible, si es que no se nos unían.

A las nueve, más o menos, vi salir del mesón en el que me encontraba, a un grupo de sargentos y cabos del regimiento de órdenes militares. Entre ellos estaba el llegado de Santiago, Luis Ferreiro. Apreció como, justo en el quicio de la puerta, entregaba dos bolsas de las de dinero a uno de sus acompañantes, por lo que me acerqué a él.

—Mi sargento —le dije—, es bueno saldar las deudas.

Antes de hablar, despidió a los que con él estaban.

—Claro mi alférez. Como puede ver, quien paga descansa. Pero, salgamos fuera y charlemos, que tanto barullo me tiene atolondrada la cabeza —me invitó.

Accedí a su propósito, encaminándonos hacia una zona, entre árboles, apartada de casas y gentes.

—Creo que es usted demasiado suspicaz —me dijo.

—Mi desconfianza es fruto de muchos desengaños. Por eso, no creo que le haya dado tiempo a perder todo el dinero que ha entregado a esos suboficiales.

—Es cierto —contestó como con pesadumbre—. No es deuda de juego.

Lo miré, sin hablar, dándole pie a que continuara.

—No sé cómo pensáis, alférez, sobre todo lo que está pasando. Me interesaría que me dijerais algo sobre ello, para yo saber hasta dónde puedo comentaros mi vida.

Extrañado, le expliqué mi posición.

—Conozco al general Porlier desde hace ya años. He sido su amanuense, su ayudante y su amigo. Creo que esto, que parece una locura, llegará a buen puerto. Debemos, bajo su mando, derrocar al rey que nos gobierna aconsejado vilmente por esa camarilla de ineptos, ignorantes, miserables, cicateros e interesados.

Calló un momento antes de contestar.

—Bien, señor oficial. Veo que poco más podemos tratar entre nosotros.

Su mirada lo delató. Fue un pequeño destello de sus ojos el que me advirtió que el filo de un cuchillo volaba hacia mí. Logré esquivar el primer golpe, pero el revés me cortó el pecho. No era profunda la herida, ni dolorosa, aunque la sangre salía a borbotones. Di unos pasos hacia atrás y desenfundé mi espada.

Rasgué el aire varias veces con ella. El sargento, por su parte, también desenvainó. Pensé, en ese momento, en mi pistola, que había quedado en el campamento, dando gracias a Dios de que él hubiera hecho lo mismo con su mosquete.

— ¡Eres un traidor! —gritaba apuntándole desafiante.

— ¿Traidor yo? —se rio— A quién traiciono. ¿Al loco de Porlier?

Los ruidos del metal, nos acallaron un momento.

— ¿Quién eres? ¿Quién te ha pagado?

—Para ti soy Luis Ferreiro —descargó un fuerte golpe que paré de casualidad—, aunque hasta hace muy poco vestía los hábitos.

—Un cura traidor —mi rabia le devolvió el desafío que también fue detenido.

—Sí —rio—. Soy cura pero yo no traiciono a nadie. La suerte de ese Marquesillo estaba echada antes de comenzar esta aventura de insensatos.

— ¡Has pagado a esos sargentos para vender al general!

Sus carcajadas me sonaron a muerte. En un descuido, recibí un nuevo tajo en la mano derecha.

—Yo no vendo. Solo he comprado, en nombre de nuestra Santa Madre Iglesia, las voluntades y las almas de algunos débiles. En breve,

detendrán a todos los oficiales menos a ti. Tu muerte me la reservo. Ahora soy cura, sí, pero quiero que sepas que en el filo de mi espada descansa la justicia de Dios.

Me acometió, al terminar la frase, con verdadera fiereza. Fue tal el ímpetu, que no calculó bien las fuerzas y me rebasó. Aproveché que me daba la espalda durante un segundo, para atravesarle de atrás a adelante.

Cayó de cabeza, sin abrir las manos. Con rabia, le lancé varias patadas al costado. De nuevo le pinché fuerte. Como no se movía, supuse que había muerto, por lo que, con bastante esfuerzo, le di la vuelta.

Su vida se le escapaba rápido. Boqueaba, lanzando los últimos estertores.

— ¿Quiénes son los que le traicionarán?

Entre la sangre que salía de su boca, adiviné una extraña sonrisa.

Sin contener la rabia, acribillé aquel cuerpo inerte con mi espada. Cuando me calmé un poco, me dejé caer, cansado. Estaban a punto de dar las diez de la noche.

LA ÚLTIMA CARTA

«Querida mía: te supongo ya en La Coruña, porque no debes estar un instante fuera de ella hasta el resultado definitivo de estas cosas.

Yo he llegado a este pueblo, y mañana al mediodía, me presentaré delante de Santiago. Espero hacer algo, aunque no hay una completa seguridad. Lo que sí advierto es mucha decisión en los paisanos. Las tropas de Santiago están abriendo zanjas en las calles para embarazar nuestra entrada. Ya veremos, pero tú no creas que resultará nada malo, pues no me aventuraré sin mucha probabilidad. Dile a Rojo que se cobre ahora mi cuenta, y la ponga en relación, como gastos que yo hice antes de emprender el asunto presente, para que tuviese buen efecto. También es preciso que, cuando tenga dinero, nos guarde un par de miles de duros, que daré yo por recibidos, para espionaje y comisiones reservadas. Estos, los recibirás para que nos sirva en cualquier caso.

Adiós. Escríbeme a menudo, pues deseo mucho saber cómo te hayas.

Órdenes, 21 de septiembre de 1815, a las diez de la noche.

Juan Díaz Porlier».

TRAICIÓN

Cuando comprobé que el traidor del sargento que decía ser cura, había muerto, me puse en pie. El pecho me sangraba bastante, aunque menos que al principio. Tenía todos mis huesos doloridos, costándome mucho caminar. Como pude, renqueando, me fui acercando hasta el mesón del paisano Viqueira. Cuando ya estaba al lado, oí un tumulto grande de gente que se acercaba. Sonó entonces un disparo.

— ¡Traición! —grité tan fuerte como pude, con el ánimo de que los de dentro me oyeran.

La guardia de la puerta, puso rodilla en tierra y apuntó a los que llegaban.

— ¡Traición! —repetí ya casi sin fuerzas.

Se cruzaron dos ó tres docenas de tiros, despejando la entrada. Un sargento que participaba en la revuelta, me lanzó un culatazo de su fusil, que me partió dos dientes, tirándome al suelo. Entraron en la casa arrasándolo todo, con gritos de ¡viva el rey Fernando! Yo me arrastré hasta una esquina, para evitar que me pisotearan. Fueron sacando a todos los oficiales que estaban dentro pero faltaba mi general.

— ¡A huido por una ventana! —gritó alguien.

Al momento, con antorchas, se pusieron a buscarlo. Los presos fueron todos colocados en fila y atados de manos. Al ser yo del mismo empleo que ellos, supuse que correría similar suerte, pero, quiso el azar, que, uno de los cabecillas, al verme con la cara hinchada, sangrando por la boca, el pecho y la mano, se dirigió a los demás exclamando.

— ¡Este ya tiene la justicia de Dios! —rio suponiendo que poca vida quedaba en mi cuerpo.

Antes de irse, me escupió en el rostro. Yo casi no me podía mover del dolor, por lo que permanecí lo más quieto que pude. En unos minutos, una histérica algazara se desató. Habían capturado a mi general. Se mofaban de él, lanzándole puyazos a los costados. Alguien lo abofeteó. Pudo más el vil ansia de recompensa de los traidores que la bajeza de sus almas, por lo que ataron a los prisioneros de a dos, excepto a mi señor, que lo pusieron delante.

El jefecillo de aquella turba, un tal sargento Chacón, ordenó a varios cabos que tomaran el mando de la mitad de la tropa, emprendiendo el regreso a La Coruña. Se cuidó mucho, de enviar antes emisarios, notificando el fracaso, para así hacer desistir a los de guarnición en la ciudad. Hecho esto, la columna emprendió el camino al encuentro de los de Santiago, llevando delante al propio general y a todos sus oficiales, excepto a mí, que me habían dado por muerto.

— ¡Viva el rey Fernando! ¡Muera Porlier! —gritaban como energúmenos.

Durante estos hechos, las gentes del pueblo se refugiaron en sus casas, pero, cuando observaron que las tropas se marcharon, muchos salieron. Eran sobre las doce de la noche cuando yo era el único militar que allí quedaba vivo. Fue entonces cuando el señor Viqueira, dueño del mesón, salió afuera y me ayudó a levantar.

—Por Dios alférez. Habéis tenido mejor suerte que esos —dijo señalando a los miembros de la guardia, cinco ó seis, muertos defendiendo la entrada.

—Debo seguir a mi general —contesté en un susurro.

—Sí, pero no ahora. Antes hay que curar esas feas heridas.

No sé ni cómo fue. No recuerdo nada más hasta el día siguiente en que, temprano, me desperté en una de las camas de la casa. Tenía vendajes por mi pecho y en mi mano. Mi boca me dolía bastante, estando muy hinchada. Intenté gritar, pero de mi garganta solo salió un ronco gemido. Bastó ese sonido para que la esposa del mesonero, acudiera a la habitación.

—Señora —musité—. Debo de ir ahora a ver a mi general.

Ella, sin decir palabra, salió, avisando a su marido.

—Buen hombre —silbé a través del hueco de mis rotos dientes —, tengo que seguirle.

—No puedes levantarte ahora. La herida de tu pecho volverá a sangrar. Mañana quizá sí.

—Pero yo he jurado…, tengo la obligación…

—El general Porlier ha sido llevado a Santiago. Allí lo han ingresado en la cárcel de la Inquisición. Se dice que, en pocos días, lo trasladarán a La Coruña para juzgarlo. Nada puedes hacer salvo esperar.

—Necesito que me hagáis un favor.

—Yo también estoy en contra del servil Fernando. Dime lo que quieres. Yo lo haré por ti.

—En Pastoriza, entre Arteijo y La Coruña, está la casa de don Andrés Rojo. En ella se aloja María Josefa, esposa de mi general, con su sirvienta, Bernarda. Por favor, id allí, explicad lo sucedido y traedlas. Temo que, en su afán de venganza, intenten hacerles daño a ellas también.

—No os preocupéis —contestó—. Aquí no las encontrarán. Enseguida partiré en su busca.

Le alargué el pañuelo de mi señora.

—Enseñadle esto. Así sabrá que soy yo quien os envía.

Al poco rato oí alejarse una cabalgadura. Después, me sumí en un duermevela en el que los recuerdos e imágenes me hicieron sudar, convirtiéndose en terribles pesadillas, solo aliviadas cuando, por el dolor de mi pecho, despertaba.

Antes de caer la noche, el señor Viqueira regresó. Volvía solo.

—Se nos han adelantado. El capitán general ordenó esta mañana su detención. Se las han llevado a Betanzos —me dijo devolviéndome el pañuelo.

Viendo mis lágrimas, me dejaron solo. No podía pensar. Mi mente se negaba a admitir el hecho de que mi señora, mi eterna enamorada, sufriera algún mal. Debí de pasar la noche entera llorando. De madrugada, la señora Viqueira me trajo algo de comer. En silencio, me limpió, respetando mis sollozos. Seguí sin reaccionar hasta ya bien entrada la madrugada, del veinticuatro al veinticinco. Fue entonces cuando me levanté de la cama. Me encontraba muy magullado y dolorido. A la tortura de mi alma se unía la del cuerpo. Cualquier movimiento que hiciera, me producía tales pinchazos que se tornaban insufribles.

Tardé hasta el amanecer en vestirme. Pudo ser que mis sentimientos se enfrentaron a los sufrimientos, lo que motivó que durante casi una semana me acostumbrara de tal forma al dolor, que me negaba a sentirlo.

Salí de la habitación con pasos lentos y vacilantes. El mesonero, despertado por los ruidos, me vio ante la puerta.

—Pero hombre de Dios —dijo—. ¿Qué intentas hacer?

—Voy a Santiago. Debo ver a mi general.

Movió la cabeza de lado a lado, como si yo fuera un niño que había hecho una chiquillada.

—Ayer me llegaron noticias de que lo van a llevar a La Coruña —habló—. Supongo que ese traslado lo verificaran a no tardar. ¿No te sería más inteligente el esperar aquí a la comitiva?

Lo miré, como si no comprendiera lo que me hablaba.

—¡Ea! No se diga nada más. Te prepararé una montura para que los puedas seguir —me miró sonriente—. Además, supongo que el uniforme de oficial, hoy en día por estas tierras de Galicia, causará más disgustos que alegrías al que así vaya.

Tenía razón. No había reparado en la conveniencia de vestirme de paisano, disfrazando de alguna forma mi aspecto. No dudaba que si me reconocían, sería colocado con el resto de mis compañeros, a la espera de juicio. Por todo ello, asentí a lo que aquel buen hombre, patriota y liberal me proponía.

—Qué cierto es lo que me decís, señor Viqueira. Os haré caso, que este cuerpo mío todavía no lo tengo bien asentado.

Me facilitó ropas de labriego, con las que no parecía un soldado. Por la tarde, unos viajeros de la diligencia, provenientes de Santiago, nos comentaron que se rumoreaba el inminente traslado de mi general a La Coruña, cabeza de la capitanía, para su enjuiciamiento.

¡Enjuiciamiento! ¡Qué palabra aquella! Iban a juzgar y

condenar a quien había defendido la libertad del hombre, a quien se había rebelado contra la tiranía, promulgando la igualdad entra las personas. Un tribunal dictaría la sentencia que ya se sabía. El delito cometido sería castigado, según el código penal militar, con la muerte.

¡Cuánta hipocresía! Lo llevaban a La Coruña para decidir si le aplicaban el garrote o la horca. Por haber protagonizado aquellos hechos, levantándose contra el manejado rey, ruin y felón, Fernando, no tenía derecho, si es que así se puede considerar, a morir fusilado como militar que era. Le reservaban el humillante patíbulo.

Con esas tristezas tan grandes, cenamos de manera bastante frugal, pasando a las habitaciones. Poco rato dormí yo, ya que estaba más pendiente de los ruidos del camino que de conciliar el sueño. Así, el primer canto del gallo del día veintiséis hizo que me levantara.

Me vestí con las ropas civiles, calándome hasta las cejas un sombrero de tela dura, con dos picos y borlas rojas. Después de un copioso desayuno, acudí a las cuadras para limpiar mi caballo. Andaba por allí el bueno del dueño, por lo que aproveché para agradecerle todas las atenciones. Él, rehusó mis promesas de regresar para pagarle los gastos.

—Querido amigo —me dijo—. Poco ha sido lo que yo he hecho. En mi alma me queda el dolor de no haber podido, por no saberlo, advertir al Marquesito de lo que se fraguaba. No nos debes nada. Sí nosotros a ti, y a todos los detenidos, por habernos hecho respirar el aroma de la libertad, por haber dejado que nuestra ilusión en un futuro de paz y prosperidad campara sola y tranquila, aunque todo ello solo fuera por una tarde.

El trote de varias cabalgaduras interrumpió la conversación, obligándonos a salir fuera. Una sección completa de húsares se acercaba veloz, deteniéndose al llegar a nuestra altura.

— ¡Mesonero! —voceó el capitán que la mandaba—Queremos comida y descanso.

—Por supuesto, señor —contestó Viqueira—. ¿Puedo saber cuántos sois y qué tiempo parareis aquí?

—Nuestra misión no es para predicarla —dudó el oficial en proseguir—. Pero, qué caramba, a la noche nos iremos.

Se apearon, pasando todos a las cocinas, menos dos de ellos, que montaron guardia ante los caballos. En total eran sobre veinticinco.

—¿Qué gente hay en la casa? —preguntó un serio sargento.

—Mi mujer, yo mismo y… nuestro hijo —me señaló.

—Pues sírvenos vino y comida, que los viajes abren el apetito —rio.

—Antonio —me ordenó con un guiño mi supuesto padre—, llena jarras para todos.

Entré en la bodega, e hice lo que me mandaban. Permanecieron los soldados todo el día, comiendo, bebiendo y hablando entre ellos. Esos comentarios no me eran del todo indiferentes, escapándoseles, de cuando en vez, cosas interesantes para mí. Por sus conversaciones, pude averiguar que formaban parte de la escolta que habían enviado por el camino real, para establecer puntos de control y así proteger a la fuerza que trasladaría al general Porlier. Por lo visto se produciría esa misma noche. Deduje, también, que, después de la detención de mi amigo, la guarnición de La Coruña se dispersó. Los partidarios de Fernando restituyeron en el cargo de capitán general a su anterior dueño. Después supe que los principales implicados civiles y militares, don Andrés Rojo y varios oficiales, habían huido, gracias a Dios, en barco a Inglaterra.

Con todas estas cosas, dieron las dos de la madrugada del veintisiete, cuando todos salieron fuera, montando. Estaban esperando a alguien. Sincronizados, en pocos minutos llegó, por el camino real de Santiago, otra sección completa de húsares. Ellos eran los que escoltaban a mi señor. Lo llevaban atado de manos, sobre un enjuto y risible caballo. No ostentaba divisas ni condecoraciones, sin duda algún cretino se las había arrancado, como para hacerse valer en su estupidez ante los necios de sus acompañantes. El general marchaba cabizbajo, dando la impresión de que dormía, pareciendo como ajeno a cualquier estímulo o sobresalto que pudiera producirse. Con aquella cabalgadura ridícula para quien había ostentado tan alto empleo, intentaban, humillarlo. Querían causar la mofa del que así lo viera. Los que habían estado esperando en Órdenes, se unieron a los otros, continuando todos viaje.

Sin perder mucho tiempo, me despedí de los señores Viqueira, saliendo en pos de los soldados. Dejé, entre ellos y yo, la distancia prudencial de una media legua, para que no se percataran de que les seguía. Marchaban al galope corto. Por el camino, se les unieron otras dos secciones más, enviadas con anterioridad para controlar a la población, evitando cualquier idea de intentar liberar a mi general. A eso de las seis de la mañana, bajo una suave lluvia, llegamos a La Coruña.

LA CONDENA

Habían elegido bien la hora del traslado. Por ser tan temprano, casi nadie se percató de a quien traían. Estoy seguro de que si se realiza al mediodía, con las gentes por las calles, hubiera sido diferente. Trotaron hasta la cárcel real, unida a capitanía, en donde mi señor quedó ingresado. Triplicaron las guardias en torno al edificio, así

como por toda la plaza de la Harina, e incluso por entre las rocas del Parrote.

Yo no sabía a quién acudir, ya que si era reconocido, mi suerte estaba echada. Los amigos de mi general se encontraban o huidos o espiados, por lo que deambulé todo el día por las calles, sin saber qué hacer, con cuidado de no cruzarme con soldados. Cierto es que, con mis ropas de labriego y mi aspecto desaliñado, pocos me reconocerían en ese momento. Tenía todavía la cara algo hinchada y de un color como amarillento por los golpes. Mi pelo estaba alborotado, y mis, hasta hacía poco bien cuidadas y elegantes patillas y bigote, trastornaban mi rostro, ya que se mezclaban, en anárquica composición, con una barba de unos cuantos días.

Comí algo en una taberna, que, aunque mis tripas ni llamaban a la comida por no tener ni ganas de ello, si el cuerpo no se alimenta, es fácil que desfallezca. A media tarde, me acerqué a los muelles de la Pescadería. Allí vi al Mahonés. Estaba descargando unas cestas de peces de una barquichuela, ayudado por cuatro o cinco más.

—¿Son frescos estos pescados? —le pregunté.

Sin reconocerme, me contestó con una especie de gruñido siguiendo a lo suyo.

—¿No eres tú el barquero del castillo? —insistí en llamar su atención.

Me miró con ojos entrecerrados.

—Sí, lo soy. Pero no acierto a recordar si nos conocemos.

Me di cuenta, entonces, que él sabía quien era, pero que por algún motivo no quería tratar conmigo, por lo que decidí terminar la conversación.

—Hace años que no venía a La Coruña. Solo soy un paseante que vive de buenos recuerdos.

Sin hablar nada más me alejé de allí. La noche se acercaba, urgiéndome, por lo tanto, el encontrar alojamiento. Fui a una posada que conocía, cerca de la iglesia de Santa María, frente al edificio del veedor rea. Cerca ya, en mitad de la Amargura, oí un susurro detrás de mí. Era el Mahonés que me llamaba.

—Te espero en mi casa dentro de una hora. Vivo en la primera puerta de la Judería.

Como haciendo que no me había visto, continuó su camino. Pasado el tiempo marcado, me presenté en el portal indicado. Estaba abierto, por lo que entré. Subí al primer piso, en donde mi amigo me esperaba. Me hizo pasar a su vivienda y allí hablamos.

—Diego —me abrazó—, cuanto me alegro de verte.

Me puso en antecedentes de lo sucedido desde el veintitrés, ratificándome lo que yo ya había deducido. En el momento en que llegó la noticia del fracaso de la rebelión, muchos de los oficiales que

mandaban las fuerzas de La Coruña escaparon, por miedo a las represalias, liberando, algunos suboficiales y soldados sobornados, al anterior capitán general, que ocupó inmediatamente el cargo.

Este hombre no se durmió en los laureles. Rápido, hizo detener a mi señora, a quien confinó en un convento de Betanzos. Después desplegó por toda la ciudad, un ejército completo de espías y delatores, los cuales seguían haciendo su trabajo. Era esta la razón principal por la que se vio obligado a hacer como que no me conocía, ya que sabía que yo era personaje buscado, aunque circulaba el rumor de que yacía muerto en Órdenes.

Aparte de estas cuestiones, me comentó también lo que ya me esperaba. Era la cosa la de que, haciendo gala de la ruindad y bajeza más absolutas, esa misma mañana, al poco de llegar, había sido juzgado mi señor. Hasta tal punto llegaban las redes del felón, que se decía que ya existía una sentencia dictada, en la que solo faltaba fijar la fecha de la ejecución, en el Campo de la Horca, en donde ya habían comenzado a levantar el patíbulo.

Después de todo esto, estuvimos maquinando, a lo largo de la noche, los dos, sobre la forma de liberarlo de la cárcel. Acordamos el que yo me introdujera en la prisión, él era demasiado conocido, hasta su celda. Merced a la amistad que el Mahonés tenía con la dueña de la taberna de Santiago, en la plaza de la Harina, que era la que suministraba los alimentos al palacio de la capitanía y a la cárcel, yo le llevaría el almuerzo.

Gracias a ello, al mediodía del veintiocho, entré portando un puchero y una hogaza de pan. Era la comida de los carceleros. Me condujeron por entre pasillos hasta un cuarto del sótano, del que partían varias galerías con celdas. Ellos utilizaban esa sala como zona de descanso, en la cual también comían. Me mandaron dejar todo y marcharme.

Cuando me encontré fuera, supe que sería casi imposible llegar hasta mi general, y, más si cabía, liberarlo. En el exterior, unos treinta soldados montaban guardia permanente, y dentro, por entre los corredores, otros tantos. Sin perder la esperanza, ni obtener resultado positivo alguno, seguí acudiendo, tres veces al día, hasta el dos de octubre, en que, con la comida de la mañana, me impidieron la entrada durante un buen rato.

—Están tomándole las últimas voluntades —me explicó un carcelero.

Cuando me permitieron el paso, me hicieron apartar una parte del almuerzo, para acercarla a la capilla. Estaba, la mencionada, en la planta baja, por lo que en ella había mucha menos humedad que en los sótanos. Llegado allí, dos soldados custodiaban la cerrada entrada. Uno comprobó lo que yo llevaba en el cesto, mirando bien por todos

los lados, para evitar que introdujera armas o venenos de cualquier tipo, haciéndome probar, antes de entrar, una porción de cada alimento. Después, me abrieron la puerta.

Allí dentro estaba mi señor. Media docena de húsares, a los que no conocía, lo vigilaban. Se encontraba con el mismo uniforme que llevaba el día de la vil traición de que fue objeto, al que, como ya tengo escrito, le habían arrancado todas las divisas y galones.

—Señor —le dijo uno—. Os traen la comida.

Él, se levantó despacio, acercándose a una mesa que había al fondo. Allí puse yo la leche y los bollos. Cuando me vio, un destello de esperanza alumbró su rostro. Muchas cosas querría decirme, pero la prudencia obró más, e hizo como que no me conocía. Se sentó, y empezó a comer despacio.

Hubo un momento en que, por unos segundos, los guardias se despistaron. Todos estaban algo lejos y distraídos. Ese instante fue aprovechado por mi general. Mirándome con tristeza, susurró:

—Diego, amigo. ¿Y Josefa?

Una bonita mentira piadosa salió de mis labios.

—Es libre. Escaparemos en pocos días a Inglaterra, en busca de vuestro cuñado. No permiten a nadie visitaros, por lo que me ha encargado que os haga llegar su amor, que os diga que en su corazón jamás existirá nadie más. También me ha entregado esto para vos.

Muy rápido, saqué el pañuelo de mi amada, haciéndolo llegar a las manos de mi señor. No pudimos hablar más, pero nuestras palabras y gestos pasaron desapercibidos para los soldados. Cuando salí, no pude contener las lágrimas. Tan grande era la tristeza de mi ser, que mi alma se deshacía. Solo una cosa me consolaba. Y era que pude hacer que sus últimas horas fueran menos duras, merced a una doble mentira.

Alguien me dijo que la sentencia se cumpliría en la mañana del siguiente día, el tres de octubre. Al mediodía y a la noche, cuando volví a llevarle comida, no pudimos hablar, pero noté que afrontaba aquel amargo paso con una pizca de alegría. En su triste rostro adiviné un atisbo de esperanza.

EL TESTAMENTO

Ya tengo escrito que el día dos, cuando llegué por la mañana, no me dejaron pasar debido a que estaban tomando sus últimas voluntades. Cuando los hechos terminaron, como se verá en otras líneas, la perfidia del felón y de su camarilla, llegó hasta el punto de invalidar aquel documento legal. Hasta, en su berrinche de tiranía, llegó a acusar, de conspiración, al relator real que asistió a la redacción.

Gracias a un buen monje de la iglesia de Santiago de La Coruña, pudo hacerme, tiempo después, con una copia del testamento, que dice así:

«En el nombre de Dios Todopoderoso. Amén.

Sea público y notorio a todos los que la presente carta demanda testamento, última y postrera voluntad vieren, como yo, don Juan Díaz Porlier, General de los Ejércitos Nacionales, digo que todo cuanto pudiera pertenecerme, en cualquier derecho o motivo, sin excepción de nada, lo transmito, en absoluta posesión, sin restricción alguna, a mi esposa, doña Josefa Queipo de Llano, hija de los señores Condes de Toreno, la que precederá en orden de sucesión a falta suya, según las instrucciones, que en carta cerrada, por mi confesor, le será entregada después de mi muerte, dejando, asimismo, a su arbitrio, y fiado del acendrado amor que siempre me ha acreditado, el que haga para mi alma los sufragios y plegarias que tuviera por convenientes.

Asimismo, le encargo que cuando las circunstancias se lo permitan, extraigan mis cenizas del paraje en donde se encuentren, al que fuera más de su agrado, y que, depositadas en un panteón sencillo, hagan grabar en él la siguiente inscripción: "Aquí yacen las cenizas de don Juan Díaz Porlier, General que fue de los Ejércitos Nacionales. Fue siempre feliz en cuanto emprendió contra los enemigos externos de la patria, y murió víctima de las disensiones civiles. Hombres sensibles a la gloria: respetad las cenizas de un patriota desgraciado." El día y año de mi muerte.

Dejo encargado a don José Miranda, teniente coronel y comandante del regimiento de infantería de Navarra, el que cumpla cuanto contiene la presente carta. Que ejecutada la justicia, disponga que mi cuerpo sea colocado en una caja forrada de negro, con llave. Que después de cerrada, y dado tierra a mi cadáver, le entregue personalmente, con copia de esta mi última disposición, a mi mujer, doña Josefa Queipo de Llano. Si sus ocupaciones militares se lo impidieren, lo remitirá todo por persona de su confianza, que le presentará recibo.

Con lo cual, doy por concluido este, mi testamento, que dicté por mí mismo, y firmo y otorgo por ante presente el Rector del número de la Real Audiencia de este Reino de Galicia, que reside en la ciudad de La Coruña, donde es fechado y otorgado.

Cárcel Real y su Capilla, a dos días del mes de octubre de 1815, del que fueron testigos, por mi llamados y rogados, don José Miranda, teniente coronel y comandante del regimiento de Navarra; don Federico Castañón, capitán del mismo cuerpo; don Juan Ignacio de Sarasola, rector de la parroquial del señor Santiago de esta ciudad; don Pedro de Castro, vicecura de la misma, y don Ramón Allende, carcelero de esta ciudad.

Firmado: Juan Díaz Porlier».

TRES DE OCTUBRE, PRIMAVERA

Estaba amaneciendo cuando intenté, por última vez, ver a mi general en la capilla. No me permitieron la entrada, alegando que se negaba a comer debido al estado de recogimiento en que permanecía.

Salí de allí llorando. Me aposté entonces en la plaza de la Harina, frente a la puerta del presidio.

Esa mañana, la ciudad entera se encontraba revuelta. Todos sabían que el mariscal de campo don Juan Díaz Porlier, sería ajusticiado en el Campo de la Horca, por lo que la expectación era muy grande. Alguien me dijo que las fuerzas de guarnición estaban formadas allí. Iban a obligar a aquellos buenos patriotas valientes a presenciar la muerte de su general. ¡Qué infamia!

Era el tres de octubre de 1815. Esa jornada, la ilusión de un tiempo nuevo en España se iba a desvanecer. Con aquella ejecución inminente, se anularía, con el tirón de la soga de un patíbulo, un sueño. El sueño de igualdad, de libertad, de paz, tan ansiado por el mariscal de campo don Juan Díaz Porlier, general que era de los ejércitos españoles.

Todos los años, desde que el mundo es mundo, cuando los fríos invernales terminan, llega la deseada primavera. Esta estación representa el resurgir de la vida en toda la tierra. Eso mismo simbolizaba mi amigo. El revivir de la misma esencia en paz de las personas. Él mismo encarnaba ese sentimiento tan antiguo de la humanidad. El era la primavera.

Ese día, el tres de octubre, fue por siempre primavera.

SOLO ES UNA LÁGRIMA

Desde donde yo estaba, pude observar cómo se desarrollaron todos los hechos. Cada vez, había más y más gente en la plaza de la Harina. Casi nadie hablaba. Solo se murmuraba en voz muy baja.

—Pobre hombre —susurraba uno.

—Es una injusticia lo que van a hacer —le contestaba el de al lado, quedo.

Habían reforzado la presencia de soldados en torno a la cárcel, casi llegaban a un centenar. A buen seguro que, el capitán general, no esperaba mucha tranquilidad, por parte del pueblo ese día. Tenía miedo de que se produjera un levantamiento civil. Por eso, las compañías desplegadas miraban hacia las gentes, con sus armas

dispuestas.

Entonces salió mi señor, escoltado por diez húsares.

Un murmullo nos recorrió a todos los que allí estábamos, como un fuerte latigazo. Yo no podía dejar de llorar.

— ¡Viva Porlier! —se oyó por el fondo.

— ¡Abajo el felón! —contestó alguien por otro lado.

Desplazaron entonces a bastantes soldados hasta las zonas de dónde venían los gritos. Se produjo un enorme revuelo, y aparecieron, al poco, con un grupo de unos cuatro o cinco paisanos, quienes habían gritado. A culatazos, los introdujeron por la puerta de la cárcel.

— ¡Asesinos! —esta vez era voz de mujer— ¡Viva Porlier! ¡Viva la libertad!

El oficial al mando de la fuerza en la plaza de la Harina, ordenó rodilla en tierra a sus soldados.

— ¡Muera Fernando! ¡Abajo la tiranía!

El griterío se iba generalizando. Todos vimos cómo nos apuntaban con sus armas, pero solo consiguieron que la muchedumbre retrocediera un poco, sin dejar de vocear. Permanecimos en esa actitud unos cinco minutos. El pueblo, lanzando frases hirientes contra el rey y vivas a Porlier. Los militares apuntándonos desafiantes, pero sin atreverse a abrir fuego.

Mi general, permanecía silencioso en el quicio de la puerta.

Apareció entonces el capitán general, quien veía que o lo remediaba rápido o se le iba de las manos. Alzando su voz, acalló al resto.

—¡Ciudadanos! —amenazó—. Ninguno de nosotros queremos derramar sangre. No atentéis de palabra ni obra contra nuestro soberano. Tenéis hijos, esposas y maridos que os esperan. Que no tengamos hoy más entierros que el que ha dictado la justicia.

Pudieron ser las bocas de los mosquetes, o quizá aquellas palabras. La cuestión fue que el vocerío y el alboroto ya no se volvieron a repetir. No obstante, el despliegue de fuerzas se generalizó en la plaza y a lo largo del camino hasta el cadalso. Mi señor había asistido a estos hechos, observando todo desde lo alto de la escalinata. Parecía que la cosa no iba con él. Estaba muy serio, con la cabeza alta.

Se retiró entonces el capitán general. El alcaide, a la vista de todos, hizo entrega del condenado, como si de una vulgar mercancía se tratara, al jefe de la fuerza que lo conduciría hasta su destino final. Hasta firmaron un recibo de su entrega. ¡Qué humillante!

Yo me encontraba allí cerca, pudiendo observar y oír lo que sucedió. Parecía que el mencionado alcaide se encontraba compungido por la suerte del reo, por lo que mi amigo, como saliendo de su trance, lo miró, con una media sonrisa.

—No se desasosiegue vuestra merced —le dijo—. Este camino,

que para mí es el último, bien se andará. Pero recuerde, amigo mío, que otros como yo, no faltaran mientras no mude el sistema.

—Mi general, que Dios os tenga en su gloria y,..., los hombres en su recuerdo —contestó lacónico.

Sin pronunciar más palabras, la comitiva se puso en camino.

Delante marchaban cuatro tambores, marcando el paso de forma lenta. Detrás, por el centro de la calle, mi señor, con su uniforme de campaña sin sombrero ni divisas. Parecía como que sonreía. A los lados, unos veinte soldados lo custodiaban. Abandonaron la plaza de la Harina, subiendo por la calle Damas. Yo andaba a su costado, intentando hacerle llegar mi aliento. Al llegar a Veeduría, me vio. Su sonrisa se ensanchó.

— ¡Doña Josefa os envía todo su amor! —mentí gritando por encima de los tambores— ¡Se reunirá con vos en el Cielo!

No me contestó, pero se llevó la mano al pecho, mientras cerraba, por un momento los ojos. Me había oído. Pude ver como en su diestra portaba el pañuelo que yo le había dado el día anterior.

Entonces, armándose de valor, gritó al oficial apremiándole.

— ¡Ea, capitán! Que los malos tragos, cuanto antes se pasen, mejor.

Por ello, los tambores, redoblaron su ritmo, acelerando todos el paso.

Salimos por la Puerta de Aires. Desde allí ya se veía el patíbulo. Mi amigo, entonces, suspiró hondo ante aquella visión.

En poco, llegamos a la plaza de la Horca. Se encontraban allí, en posición de firmes, parte de las fuerzas que lo habían acompañado hasta Órdenes. La ruindad del sistema obligaba a aquellos nobles soldados, que hasta hacía muy poco habían defendido la libertad, a presenciar el padecimiento de su paladín. Las ocho o diez compañías, ocupaban casi toda la explanada. Las gentes de la ciudad, se apiñaban a su lado, llenando los espacios y las calles adyacentes.

Era el último tributo al héroe. Llegados al pie del cadalso, los guardias formaron a un lado. Los tambores no dejaban de sonar. Yo estaba allí cerca, me coloqué en la primera fila. Mi general, mi señor, mi amigo, me miró por última vez.

—Diego —le entendí por encima del redoble—. Recuérdalo todo. Que la historia no está bien escrita si la dicta un rey o un poderoso.

Asentí y gaché mi cabeza. No quería que viera como las lágrimas no dejaban de salir de mis ojos. No podía contener el silencioso llanto

A la derecha de la horca, un montón de proclamas y bandos emitidos durante los días de libertad, esperaban ser quemados. Subió entonces un oficial, de los de Santiago. Con un gesto, hizo callar a los

tambores y leyó la sentencia.

—¡Viva Fernando VII! —gritó al terminar sin ser contestado.

Ordenó entonces a mi general que subiera la escalera. Quiso degradarle en público, pero eran tan mezquinos que ni se habían dado cuenta de que mi amigo ya no ostentaba divisas de su empleo, porque se las habían arrancado días antes. Por ello, después de un momento de incertidumbre, dijo.

—Juan Díaz Porlier, mariscal de campo que fuisteis de los ejércitos nacionales, quedáis degradado de vuestro empleo. Habéis sido la vergüenza de la clase militar. Por ello os expulso de ella, siendo, a partir de este momento, un ciudadano, sin derecho alguno a los que tuvierais adquiridos por vuestra anterior condición.

El silencio era tal, que solo se escuchaba la voz de aquel energúmeno oficial y los chillidos de algunas gaviotas. Finalizado aquel acto tan ridículo, subieron a mi amigo a un taburete, atándole las manos a la espalda. El verdugo vio que en su derecha llevaba el pañuelo de su amada, pero no se lo quitó.

Pasaron la soga alrededor de su cuello. Los tambores comenzaron a sonar. Juan Díaz Porlier, levantó la cabeza, miró al cielo y cerró después los ojos. Una sola lágrima salió de entre ellos.

El ejecutor dio una patada al banquillo, que cayó a un lado. Un grito sordo, se escuchó entre la muchedumbre, acompañando al fuerte chasquido que indicaba que su cuello se acababa de tronzar. Los ojos se le abrieron entonces como platos, la lengua le colgó casi hasta la barbilla y su cara se amoratá muy rápido. Exánime, tardó poco en dejar de bambolearse al final de la cuerda. Acababa de morir, con aquel hombre, la libertad de toda una nación.

Pararon entonces lo redobles. El oficial que lo había degradado, agarró una tea y prendió fuego a la pila de papeles que allí al lado estaban. La sentencia se había ejecutado. El felón y su camarilla, se habían salido con la suya, anulando la voluntad de todo un pueblo, cuyo máximo representante era aquel que ahora pendía, inerte, de la soga.

Dios de los cielos, estoy seguro que le reservas un sitio cerca de ti.

EL ENTIERRO

Cuando las llamas de la hoguera se apagaron, los oficiales que mandaban las diferentes compañías fueron retirando sus fuerzas a los cuarteles, al ritmo de los tambores. Yo me quedé allí, al pie del patíbulo. Todavía no me lo podía creer. Me esforzaba por no mirar el cuerpo ajusticiado. Mucha gente permaneció en la plaza. Todos estábamos callados. Unos pocos, lloraban. La mayoría pensábamos.

Dejábamos volar nuestras almas hacia lo que hubiera podido ser si Juan Díaz Porlier triunfa.

Al joven que media nación seguía ardorosa, entre sangre y muerte, ofreciendo todos el pecho descubierto a las balas enemigas. A ese muchacho lo hemos dejado morir, sin hacer nada. El inepto e inútil rey, una vez más ha dejado a su camarilla gobernar y coger una rabieta. Se la ha cobrado a mi señor. Estoy seguro que, sentado en su trono, tiene miedo. Teme que se le prive de sus privilegios. No solo él es el que padece pavor si el pueblo piensa. Todos los gerifaltes, usureros y demás personajillos que, creyendo ellos que tienen una mayor capacidad intelectual, que son superiores, nos engañan, nos manipulan.

El rey y su camarilla de aduladores y lavacaras, que lo único que hacen bien es el mal, todos ellos tienen miedo. Creo que ahora le tienen más miedo al general que cuando vivía, porque han hecho, con sus infamias, mentiras, fechorías y malas artes, de él un mártir. El día menos pensado, ese temor a lo que pueda pasar, se convertirá en pánico ante la reacción de todos los ciudadanos.

Cuando España despierte, dejaremos que nos gobiernen la libertad y la igualdad. Seremos regidos por quienes nosotros, el pueblo, los hombres y mujeres, al fin y al cabo, hayamos elegido en libertad puesto que el ser hombre, o mujer, significa el ser libre, el haber nacido sin ataduras ni esclavitud.

Allí estuve, sentado en una piedra de la plaza, hasta el principio de la tarde. De vez en cuando, la brisa se convertía en suave viento, que mecía al ahorcado, haciéndolo girar. Cuando esto pasaba, la cuerda crujía, con ruidos temblorosos, casi de ultratumba, dando la apariencia de ser la despedida postrera de mi querido amigo. Su cara estaba hinchada y amoratada. Los ojos se habían entrecerrado. En su boca, una media sonrisa dejaba salir su larga lengua en una mueca de espanto.

Observé que su mano todavía sujetaba el pañuelo. Se le habían agarrotado los dedos en torno a él. Seguro que el último pensamiento fue para su amada, mi querida Josefa. Mi primera intención fue subir al patíbulo y recoger aquella prenda, pero tuve miedo. Era un miedo diferente al que estaba acostumbrado a sentir ante la inminente llegada de la muerte. Era de respeto. Nunca he sido capaz de explicarme a mí mismo esa sensación de miedo distinto, extraño. Nunca he podido.

Apareció entonces, por allí, un carro, tirado por dos bueyes. Varios frailes lo guiaban. Traían el encargo del traslado del cadáver y su entierro. Con cuidado, lo descolgaron. Yo asistí, sentado como estaba, sin decir palabra. Una vez en el suelo, le desataron las manos. Debido a la rigidez cadavérica del cuerpo, les fue imposible mover los

brazos hacia los lados, así como cerrarle los ojos y la boca. Como estaba, con su última posición en vida, fue envuelto en una manta.

—¿Eres, acaso, familiar de este pobre desgraciado? —me preguntó un triste sacerdote.

—Sí. Yo era su hermano.

Me cogió con suavidad, haciendo que me incorporara. Una vez de pie, me abrazó.

—Lo lamento. Ahora, nos contempla, sentado cerca de Nuestro Señor. Acompáñanos. Le vamos a dar tierra en sagrado

Sin decir nada más, me echó su brazo por encima del hombro. Caminamos detrás del carro, hasta la iglesia de Santiago. Allí, bajaron la carga, introduciéndola en el recinto santo. La colocaron en una tarima de madera, frente al altar. Entonces, todos se retiraron, quedándome yo solo en la nave. Ante mí tenía el cuerpo muerto del ser humano que yo más había apreciado. El vacío que sentía era tan grande, que hasta los ojos habían dejado de llorarme. Quise darle mi último adiós, por lo que deshice, con cuidado, el fardo.

—Amigo mío —hablé a aquel rostro deformado, ya sin vida—. Muchas han sido las vicisitudes que hemos pasado. Demasiados miedos y alegrías. Has sido, siempre, una buena persona. Que mis ruegos te ayuden a sentarte a la derecha del Divino.

Recordé, entonces, mis promesas hechas para cuidar de su esposa, renovándolas.

—Mi hermano. Ante los ojos de Dios, en su casa, sin miradas indiscretas de este mundo, te juro, de nuevo, que daré mi vida por tu amada Josefa. Pondré en ello toda la fuerza de mi cuerpo y de mi espíritu. La Santísima Trinidad es testigo de mi juramento, que solo la muerte podrá romper.

El cura sacristán, portando unos cálices, se me acercó.

—Hijo, vamos a proceder a preparar el cadáver. Puedes estar presente, si lo deseas.

—No, padre. Prefiero esperar aquí.

A los diez minutos regresó. Portaba algo que yo conocía bien.

—No tenía más efectos personales que este pañuelo blanco, con letras bordadas. Lo tenía tan agarrado, que nos ha costado bastantes esfuerzos el desembarazarlo. Supongo que lo quieres conservar.

—Gracias —murmuré alargando mi mano para cogerlo.

Un cuarto de hora más tarde trajeron de nuevo a mi amigo. Venía en una sencilla caja de madera, sin tapa. Tenía una mortaja que le cerraba la boca, y trozos de tela tapando sus ojos. Los brazos, supongo que con los huesos rotos, reposaban sobre su pecho.

Los frailes lo habían vestido con su uniforme de mariscal de campo, contraviniendo la sentencia del tribunal militar. No sé de donde salió la ropa, pero estaba impecable, con charreteras, galones y

condecoraciones. Supongo que consiguieron todo por amistad con alguien de algún cuartel. Me resultó muy curioso el hecho. Hasta los mismos frailes, por extensión la Iglesia, la de La Coruña, le rendían tributo después de muerto.

Comenzó la homilía, concelebrada por quince sacerdotes. Al principio, solo yo la presenciaba, pero a medida que pasaban los minutos, aquello se fue llenando de gente, hasta el punto de que muchísimos esperaban fuera. Me llegó el rumor de que el capitán general había prohibido asistir a ella. No me extrañaba nada. Seguro que ahora era cuando su miedo a Porlier, al mariscal de campo don Juan Díaz Porlier, comenzaba a crecer de manera desmesurada, sin ánimo de freno.

Cuando terminó el funeral, varios paisanos se adelantaron. Taparon el féretro, y lo izaron sobre sus hombros. Se recorrió, en procesión, el corto trecho que nos separaba del cementerio. Allí, se le dio santa sepultura. Varios exaltados, comenzaron entonces a proferir, dentro del campo santo, frases contra el régimen.

— ¡Viva Porlier! ¡Abajo la tiranía! ¡Muera Fernando!

Mientras, delante del palacio de la Capitanía, de nuevo los mercachifles al servicio del felón, arremetieron contra el pueblo. El creciente miedo del propio capitán general, lo llevó, en su falta de humanidad, a comportarse como un chiquillo asustado. El fantasma de Porlier, crecía por minutos.

Desplegó muchas fuerzas alrededor del edificio. Pero, sintiéndose incapaz de parar el sentimiento popular de venganza, ordenó que un par de secciones dispararan contra los que gritaban en contra del rey. No sé los muertos que allí pudo haber, ya que ni lo vi ni participé, pero, según oí, superaron las dos docenas. A pesar de ello, de toda la represión a la que fue sometida aquella ciudad y sus gentes, ese día y multitud de veces más, jamás, así me consta, se apagó el espíritu liberal de los habitantes de La Coruña.

EL COLEGIO DE HUÉRFANAS

Ya nada me ataba allí, por lo que decidí ir en busca de la viuda de mi amigo. Por prudencia, hice noche fuera de la plaza, utilizando para dormir un cobertizo lleno de paja, cercano al poblado de El Burgo.

Temprano, casi amaneciendo, emprendí camino, a pie, hacia la ciudad de Betanzos. Quería encontrarme con doña Josefa cuanto antes. Sabía que la habían ingresado en el colegio de huérfanas de esa población, administrado por las madres Mercedarias; pero desconocía en qué situación se encontraba, si tenía libertad de movimientos o no.

Tardé todo el día en recorrer el largo trecho. Durante el viaje,

me alimenté gracias a un pan y un queso que compré a un campesino. Disponía de algunos dineros, suficientes para sobrevivir unos meses, por lo que esa era mi menor preocupación. Como yo ya conocía de antes aquella ciudad, busqué amparo en casa de un antiguo soldado de mi general de cuando la guerra del francés. Se llamaba Luis de Lazareto. Poseía un solar edificado con un pequeño pazo en la calle de la Fuente, cercana a la iglesia de Santiago.

Era, el mencionado, hombre de no más de cuarenta años. Estaba casado con una recia mujerona de la tierra. Tenía siete hijos, de ellos cuatro de menos de diez años. No se alegró al verme, lo noté algo desconfiado. Sus pesares me los confesó durante un aparte que hicimos después de la cena.

—Diego —me habló—, quiero que entiendas que yo no te cierro las puertas de mi morada. Soy hombre de edad y con familia. Estas cosas me hacen ser prudente.

—No entiendo, amigo Luis —sonreí—, el porqué de esas ansias que te noto en el corazón.

—Este pueblo, el de Betanzos, no se ha caracterizado nunca por sus inquietudes de libertad. Aquí, los hombres y mujeres nacen, crecen y mueren, sin importarles más cosa que su propio bienestar. No son dados a las aventuras románticas y liberales. Los rumores sobre todo lo recién pasado en La Coruña corren de boca en boca. Se comenta también, que se ha emprendido una caza de afines al general. Entiendo que tú eres de los más buscados. Si permaneces aquí, tarde o temprano alguien te reconocerá delatándote. También se habla del precio de las cabezas de muchos de los que siguieron a Porlier.

—Entiendo, amigo —murmuré—. Lo que no sabes, es que a mí, me dieron por muerto en la ciudad de Órdenes, cuando detuvieron a mi señor.

—Lamento contradecirte. Alguien te vio en La Coruña, durante el entierro. Lo único que yo puedo hacer por ti, es hacerte pasar por un pariente mío. Para ello deberás de disfrazarte o disimular tu rostro de alguna forma. Quiero que sepas que no podré alojarte más de dos días.

Lo miré, casi sin dar mucho crédito a todo aquello. Los criminales intransigentes, hasta me seguían la pista a mí. Era demencial, increíble. Una curiosidad asomó en mi cabeza.

—Te agradezco tu gesto. Y necesito el que me encubras. Pero... ¿qué precio me han puesto?

—Por lo visto hay personas que les interesan más. Tú vales, creo, unos cuatro mil reales, pero un tal Rojo, cuesta más de diez mil.

A falta de otra cosa, amagué una sonrisa. Cuatro mil reales, vaya, una cantidad por la que muchos venderían a su propia madre. A la mañana siguiente, vestido con un hábito de carmelita, con la

capucha hasta las cejas, salí de la casa de aquel antiguo amigo y buen soldado. Entendía sus miedos. Era tal la villanía de los secuaces del felón, que no dudarían en ejecutar a Luis y a su familia si descubrían que yo había estado allí, o que me había ayudado.

Me acerqué al colegio de huérfanas con el propósito de entrar, a cobijo de mi nueva apariencia. No había soldados en la entrada, aunque esa era custodiada por un alguacil del consistorio.

—Perdonad, padre, pero debéis de decirme cual es el motivo de vuestra visita, ya que nunca os había visto por aquí —me cortó el paso.

—Hijo mío —contesté con mi más beata e irónica sonrisa—. Sé que en este convento o colegio, se encuentra en reclusión de aislamiento doña Josefa Queipo, con su criada Bernarda Freire. Soy hermano de la última, amén de confesor y consejero espiritual de ambas.

Desconfiado, el guardián me miró de arriba abajo, sin responder.

—Estoy recién llegado de La Coruña. Os ruego que me presentéis a la madre superiora, para que me dé permiso para continuar con mi obligación, que es sagrada misión, para con mis señoras.

Sin contestarme, cerró la puerta en mis propias barbas, haciéndome esperar, sin ningún tipo de cortesía, durante un rato largo. Al regresar, pidió, de forma bastante humilde, disculpas.

—Perdonad, padre —dijo—. Entended que vuestra hermana y su ama tienen las visitas restringidas, salvo, por supuesto, las de la iglesia o las que autorice la madre superiora.

Haciéndome pasar, me indicó adonde debía dirigirme.

—En la planta alta, al lado de la escalinata, os está esperando la abadesa.

Antes de darle las gracias, le lancé un par de bendiciones en latín, aprendidas de oído en los oficios, que fueron bienvenidas de manera gratificante.

—A la paz de Nuestro señor —me saludó la superiora cuando me vio llegar.

—Amén —contesté sonriendo—. Madre, soy el padre Evaristo, de la orden del Carmelo, con destino en Santander. De un tiempo para acá, vuestros huéspedes, la viuda del general Porlier y su criada, mi hermana Bernarda, se confiesan conmigo.

—Claro, padre. Supongo, por tanto, que deseáis verlas —sonrió.

Sin dejarme responder, me indicó que la acompañara.

En el corto trecho, por pasillos y pisos, continuó la conversación.

—¿Pensáis quedaros mucho por aquí? —me interrogó con

suspicacia femenina.

—Solo el tiempo que las señoras necesiten de mis consejos.

—Y.... ¿disponéis de alojamiento?

—Pues no, madre. Recién he llegado a esta ciudad y, la verdad, es que no he reparado en esa cuestión. De todas formas, ya conocéis de una máxima carmelita: Dios proveerá.

Rio un poco antes de ofrecerse.

—Si así lo deseáis, os podemos habilitar una celda en el ala norte, separado, por supuesto, de las de las hermanas y de las de las huérfanas.

Recogí lo que me obsequiaba, dándole las gracias por sus atenciones. Llegados a las habitaciones de mi señora, pasamos dentro.

En mi cara no se movió un músculo al verlas. Ellas, sin embargo, mostraron una sorpresa feliz, aunque nada dijeron, a pesar de haberme reconocido.

—Hijas mías —las saludé con cortesía—, espero que me hayáis echado de menos.

—Mucho, padre —contestó con humildad doña Josefa—, mucho.

—Hermana, dichosos los ojos —me dirigí a la sorprendida y callada Bernarda—. Me alegro de volver a verte.

La abadesa, pidió permiso y nos dejó solos. Al momento de cerrarse la puerta tras de ella, las dos mujeres me abrazaron llorosas.

— ¡Diego! —dijo mi señora— ¿Es cierto que lo han ajusticiado?

No pude, ante la evidencia de comentarios y rumores, engañarla.

—Sí. Yo fui testigo de todo lo ocurrido.

Las lágrimas arreciaron.

—Pero —continué— su último pensamiento estuvo repleto de vos. Su última palabra fue vuestro nombre. Ahora, nos contempla sentado a la derecha de Nuestro Señor.

Cuando llegó la calma, les relaté todo, sin dejar nada en el olvido. Al rato, salí de allí, dejándolas con una nube de pesadumbre muy espesa. Tal y como me dijo antes la abadesa, se me facilitó alojamiento y manutención. A los dos días de estar yo allí, fui llamado a su habitación.

—Padre —me dijo la abadesa al verme—, antes de nada, quiero que sepa que todo lo que se trate o se hable entre estas paredes, de aquí no saldrá jamás. Después de recibir mi gesto de agradecimiento, continuó.

—Sé que no sois sacerdote. Os he observado. Vuestros modos no son, en absoluto, de hombre consagrado al Señor.

Entonces tuve que sincerarme ante ella. Le conté toda la verdad. Estuve hablando más de media hora. Al terminar, me sonrió.

En este punto, he de dejar constancia escrita de mi agradecimiento hacia aquella buena monja. No solo no me delató a las autoridades, sino que me permitió permanecer en el colegio hasta la liberación de doña Josefa, con la única condición de que jamás impartiera santo sacramento alguno.

En esa situación permanecimos cinco años. Bernarda y yo éramos libres para circular por el pueblo, aunque poco lo hacíamos. Mi señora no podía traspasar la puerta.

Por fin, el dieciocho de febrero de 1820, mi amada conoció la libertad. El rey, previa solicitud de ella por escrito, había ordenado su inmediato libramiento. Disponiendo de suficientes fondos económicos, alquilamos, felices, un carruaje hasta La Coruña.

Por esos días, España entera, de nuevo, se convulsionaba. Una nueva insurrección del ejército consiguió que el ruin Fernando VII jurara la Constitución, el día nueve de marzo. El movimiento de libertad ya era imparable. El pueblo tenía rey por propia elección, no por herencia ni por supuesta delegación divina. Los poderes se separaron, eran independientes. El absolutismo había muerto.

En mayo de ese año, los restos de mi amigo, el general Porlier, recibieron los honores que hasta entonces se la habían negado.

Los tres, Josefa, Bernarda y yo mismo, presenciamos las solemnes exequias que tuvieron lugar, trasladando sus cenizas desde San Agustín hasta San Roque, cerca del lugar donde recibió muerte.

Su figura fue rehabilitada. Se le rindieron honores civiles y militares. A pesar de ello, de ese reconocimiento público, fue vergonzoso ver como los que más habían perseguido a mi señor, los más absolutistas, de la noche a la mañana eran más liberales que ninguno.

¡Qué desánimo! ¡Ya nadie tenía ideales! Cada uno miraba para sí, al igual que había hecho la camarilla.

Por ello, entre otra serie de razones, unos días después partimos hacia Cangas de Narcea. Allí nos retiramos en el palacio de la Muriella, propiedad de la familia Queipo de Llano.

QUINCE MIL REALES

La libertad solo duró tres años. El rey Fernando VII, pidió ayuda a Francia para recuperar el poder y restablecer el absolutismo. De ese país llegaron los llamados «cien mil hijos de San Luis», guardianes de la fe. Por esto último se les decía «los feotes». Esos perros hambrientos de sangre asolaron parte de la nación. Entre otras, la ciudad de La Coruña fue sometida a cruento y prolongado asedio, cuyo último episodio fue la capitulación. Una vez más, el felón despreciaba y

pisoteaba a los que lo habían defendido.

Por nuestra parte, continuamos llevando una vida apartada de la política, a pesar de los rumores de que los absolutistas habían vuelto a poner precio a mi cabeza, cuestión que me obligó a mudar, cada poco, de aspecto y apariencia. Y hago aquí constar un detalle curioso. Si ocho años antes pagaban por mí cuatro mil reales, ahora eran ya quince mil. Demasiado miedo tenían a la figura de Porlier y a lo que le había rodeado. Debían de considerarme como un terrible peligro a eliminar cuanto antes. Pero,...qué le vamos a hacer.

Que también de ejemplo de ese miedo terrible, cómo la miseria y mezquindad de esos energúmenos partidarios de la esclavitud, floreció, como zarzales espinosos, cuando profanaron la sagrada tumba de mi señor. En un intento engañoso y gratuito de borrar sus huellas y su recuerdo, saquearon el campo santo, esparciendo sus cenizas por diferentes puntos de la ciudad. No contentos, borraron su nombre de placas y monumentos.

Pero ellos, hicieron, con esos infantiles agravios, que La Coruña se convirtiera en homenaje a mi amigo. Sobre ella, por sus calles y campos, reposan, mezclados con su tierra los restos de mi amigo. La Coruña entera es la tumba de uno de los hombres más grandes de la historia. Su espíritu de libertad conforma el carácter de todos los coruñeses.

Mi amada, por su parte, cuando conoció tan sacrílego suceso, enfermó. Sus dolencias se agravaron con el tiempo. Nada pudimos hacer por aliviarla. Así, mi pobrecita Pepita falleció en mayo de 1827. Durante más de un mes, acudimos a diario al altar de Santa Gertrudis, donde está su tumba, a ofrecerle nuestras oraciones. Al cabo, fui denunciado por alguien del pueblo. Mi delito seguía siendo el de haber servido, doce años atrás, al general Porlier. Y el curioso premio había vuelto a aumentar. Ahora ya valía veinticinco mil reales. Huí antes de que me capturaran acompañado por Bernarda.

Merced a la generosidad de mi amada señora Josefa, disponemos de dineros suficientes como para subsistir sin problemas. Por mi condición de huido de la justicia, contagiada a mi querida Bernarda, nos encontramos cada pocos meses cambiando de domicilio. Espero que esta situación no dure mucho. Creo que Dios es justo. Que, al final, terminará por llevarse al felón a los infiernos, que es de donde nunca debió salir.

De todas estas vivencias, que son una vida entera, me quedan mis recuerdos, todos mis recuerdos, que son muchos. Como cicatrices en el alma, allí permanecen, inmutables. Unos son buenos, otros malos, los más, peores. Siempre he intentado apartar a lo más profundo del corazón esas cosas ingratas, que me producen horror e incluso el llanto, pero sé que siguen ahí. Esos asuntos de incierta

benignidad, salen a la luz, erizándome el vello más veces de las que yo quisiera.

Y quiero escribir, que para mí toda esa revolución, esos ideales, esa alegría desbordante de la gente, que durante muy pocos días se vivió, yo el primero, en la ciudad de La Coruña, fue de lo más magnífico que me ha sucedido. Todo pasó al final del verano, con las hojas de los árboles cayendo. Todas de colores pardos.

Muchas veces me acuerdo de ese pequeño rosal de Queijas, en el alto de Herves. Su única flor roja, con perfume penetrante, lucía desafiante, libre. Aquel color bermellón que casi dañaba los ojos. Ese agradable olor profundo y exagerado que de ella salía. Pero, ay, sus espinas pinchaban hasta hacer daño y sangre.

Sí que es cierto también, que luzco muchas marcas en mi cuerpo, pues de todo hay. El tiro en el muslo, señales de luchas, cortes y demás. Mas ahí, la propia piel crece sin mesura, disimulándolos poco a poco.

De las cosas materiales, amén de los dineros de doña Josefa, tengo un pañuelo. Aquel que está bordado con sus iniciales, J.Q., el cual guardo con todo mi ánimo y sentimiento. Seguro que son imaginaciones mías, pero más de una vez me lo he acercado a la cara, rozándolo contra mis mejillas, y he adivinado ese perfume, el aroma, su olor. El de la propia doña Josefa. El de mi eterna enamorada inalcanzable. Su propia esencia.

Con el paso de los años, tanto Bernarda como yo hemos conseguido enamorarnos el uno del otro. En verdad nos encontramos muy a gusto juntos. Por cuestiones del mismo Cielo, supongo, Dios no ha querido otorgarnos la dicha de un niño, pero seguimos en ello, aunque cada vez con menos esperanzas. Pueda ser que este sea uno de los pagos que tenga que hacer para librarme de todos esos pecados, demasiado crueles incluso como para llamarlos pecados, que cometí durante los años de la guerra.

Aun a pesar de no estar sacralizada nuestra unión, nosotros actuamos como matrimonio, aparentando ante los ojos ajenos que lo somos. Así, como esposos felices y tranquilos, alguna vez hemos visitado, de nuevo, La Coruña.

Al pisar su suelo y observar a sus gentes, en nuestros corazones se ha repetido siempre el grito que escuché muchas veces a sus gentes, cuando Porlier anduvo por sus calles, como general, como reo, como condenado y como muerto. Ese grito sigue resonando en lo más profundo de mi corazón, y también en el de Bernarda. Son solo tres palabras que emocionan a quienes han sufrido y luchado por poder gritarlas al viento.

¡Viva la libertad!

Y siempre tendré el convencimiento de que el tres de octubre de

1815 comenzó, para ser por siempre, la primavera.

ÍNDICE DE PERSONAJES, LUGARES Y BATALLAS

A PENEIDA: Municipio coruñés, lugar de nacimiento de Diego Carballo da Veiga.

AGUILAR DE CAMPÓ: Municipio de la provincia de Palencia.

ALCALÁ: Juez que practicó diligencias y registros en la casa madrileña de Juan Díaz Porlier.

ALLENDE, RAMON: Carcelero de La Coruña. Testigo del testamento de Juan Díaz Porlier.

AMARGURA: Calle de la ciudad vieja de La Coruña.

AMOR PISA: Capitán. Ayudante del general Juan Díaz Porlier de 1808 a 1814.

ARCE: General español, de reserva en Oviedo en 1810.

ARTEIJO: Pueblo a doce kilómetros de La Coruña. En él existen fuentes termales.

ASTORGA: Municipio de León.

AVILES: Ciudad asturiana, cercana a Oviedo.

AYSA, MANUEL: Comandante jefe de una partida guerrillera que operó en Asturias en 1812.

BARROS, EUGENIO: Capitán. Alcaide del castillo de San Antón en 1814—1815

BATALLA DE BURGOS: Así llamada también la batalla de Gamonal.

BATALLA DE GAMONAL: Tuvo lugar a finales de 1808 en las cercanías de Burgos. Debido a la cobardía y desorganización del general en jefe, Rufino Patiño, las tropas españolas fueron derrotadas por las francesas, sufriendo 7.000 bajas.

BATALLA DE GRADEFES: Tuvo lugar en septiembre de 1809 en Gradefes (León). Las fuerzas defensoras españolas, se opusieron, durante cinco días, a las francesas, que intentaron, sin éxito, tomar la posición. Sufrieron, los atacantes, más de 500 bajas.

BATALLA DE SAN MARCIAL: Tuvo lugar en las alturas de San Marcial, cerca de Irún (Guipúzcoa), el 31 de agosto de 1813. Las fuerzas españolas derrotaron e hicieron huir a las francesas. Fue la última de la guerra de la Independencia.

BATALLA DE TRAFALGAR: Entablada en 1805 entre los ejércitos franco —español e inglés, con la victoria de los últimos y la total

aniquilación de los primeros.

BERMEO: Municipio costero de Vizcaya

BETANZOS: Ciudad distante unos veinte kilómetros de La Coruña. En un convento de ella fue recluida Josefa Queipo durante casi cinco años.

BILBAO: Capital de la provincia de Vizcaya.

BUENOS AIRES: Actual capital de Argentina.

BURGOS: Capital de esa provincia.

CABALLERO Y GONGORA, ANTONIO: Arzobispo. Virrey de Cartagena de Indias en 1786.

CABRERA: Teniente coronel. Participó en la sublevación de 1815. Él fue el encargado de tener dispuestas las tropas de guarnición en La Coruña la noche del inicio de la revuelta.

CAMPO DE LA HORCA: Plaza de la Horca.

CANGAS DE NARCEA: Pueblo asturiano, en donde la familia de los condes de Toreno tenía posesiones.

CARBALLO DA VEIGA, DIEGO: Apodado “VIROJO”. Sirviente de Juan Díaz Porlier y autor de este libro.

CARRAL: Pueblo a unos quince kilómetros de La Coruña, por el camino real de Santiago de Compostela.

CARRION DE LOS CONDES: Municipio de la provincia de Palencia.

CARTAGENA DE INDIAS: Actual capital del departamento de Bolívar (Colombia).

CASTAÑERA: Capitán. Encargado de la custodia de Juan Díaz Porlier en Arteijo. Participó y colaboró en la sublevación de 1815.

CASTAÑON, FEDERICO: Capitán de regimiento de infantería de Navarra. Testigo del testamento de Juan Díaz Porlier.

CASTRILLO DE VILLAVEGA: Municipio de la provincia de Palencia.

CASTRO, PEDRO DE: Vicecura de la parroquia de Santiago de La Coruña. Testigo del testamento de Juan Díaz Porlier.

CEBREIRO: Monte y parroquia de Lugo, lindante con León. En su iglesia se custodia el llamado «Santo Grial», que, según la tradición, contiene vino y una oblea, los cuales se convirtieron en sangre y carne de Jesucristo merced a un milagro. Las citadas reliquias se encuentran, en la actualidad, expuestas al público en la capilla principal.

CERVERA DE AGUILAR: Municipio de la provincia de Palencia.

CHACÓN: Sargento de marina, natural de Cádiz, con guarnición en Ferrol. Sublevado con el coronel Peón, fue sobornado por Luis

Ferreiro. Él encabezó al grupo de sargentos y cabos que detuvieron al general Porlier y a toda su oficialidad en el mesón de Viqueira, la noche del veinte de septiembre de 1815.

CHEDA: Mayordomo de Andrés Rojo en su casa palaciega de Pastoriza.

CIUDAD VIEJA: Antiguo núcleo amurallado de La Coruña. También llamada Ciudad Alta.

COLLADO: Miembro de la camarilla de Fernando VII. Hizo del soborno, la extorsión y el cohecho una forma de vida.

COLLOTO: Municipio asturiano.

CONDE DE ALAGÓN: Francisco de Córdoba.

CONDE DE BELVEDER: Título que ostentaba Rufino Patiño, artífice de la derrota en la batalla de Gamonal.

CONDE DE TORENO: Título nobiliario de la familia de Josefa Queipo de Llano. Ostentaba el título el primogénito varón.

CORDOBA, FRANCISCO: Miembro de la camarilla de Fernando VII. Fiel acompañante del rey en sus juergas y borracheras nocturnas. Gracias a ello, fue nombrado teniente general y conde de Alagón, recibiendo el collar de la orden de Carlos III y el toisón de oro.

CUARTEL DE LA PALLOZA: Antiguo cuartel de La Coruña, hoy inexistente, en el actual barrio de ese nombre.

CUARTEL DE ZALAETA: Antiguo cuartel de La Coruña, en el barrio de ese nombre. Fue derribado en 1.987 para edificar viviendas.

CUARTEL DEL NOVICIADO: Acuartelamiento de Madrid en donde estuvo arrestado Juan Díaz Porlier.

CURA: Apodo del jefe de la partida a la muerte de “el piojo”. El autor no facilita su nombre. Antes de la guerra había sido estudiante de teología en Santiago de Compostela.

DARIEN: Provincia del actual estado de Panamá.

DEVA: Municipio costero de Vizcaya.

DÍAZ DE PIMIENTA, JUANA: Madre de Juan Díaz Porlier. Enclaustrada de por vida al quedarse embarazada.

DÍAZ PORLIER, JUAN: Mariscal de Campo (actual empleo de general de división) del ejército español. Protagonista de este libro. Llamado también “el marquesito” y “el marquesillo”.

EL DESEADO: Fernando VII.

EL FELÓN: Fernando VII.

EL FRANCO: Calle de la ciudad vieja compostelana, que desemboca en la plaza de la catedral. Debe su nombre a la gran cantidad de

peregrinos franceses que la poblaban.

EL MAHONES: Barquero que hacía el trayecto de La Coruña al castillo de San Antón. Secreto mensajero de Juan Díaz Porlier y Manuel de Santurio. Participó en la organización de la sublevación de 1815.

EL MARQUESILLO: Juan Díaz Porlier.

EL MARQUESITO: Juan Díaz Porlier.

ELIO: General español que recibió en Valencia a Fernando VII, a su regreso del exilio, en 1814.

FEOTES: Apodo dado a los "cien mil hijos de San Luis", por denominarse a sí mismos "guardianes de la fe"; de ahí lo de "feotes".

FERNANDO VII: Rey de España de 1808 a 1830. Protagonizó uno de los capítulos más vergonzosos de la historia de su país. Entregó la corona a Napoleón, refugiándose en Valençay, en donde vivió un exilio dorado. A su regreso a España, en 1814, restableció el absolutismo, persiguiendo cualquier vestigio liberal. En 1819 se vio obligado a jurar la Constitución de 1812, pero, 3 años después, solicitó ayuda a Francia, que envió un ejército llamado "Los cien mil hijos de San Luis". De nuevo con poder absoluto, gobernó de forma caótica. A su muerte, dejó un reguero de sangre y traiciones. Lo que la guerra permitió quedar entero, él, en sus años de opresor reinado, lo derrumbó. Sumió al país entero en una pobreza y miseria como nunca se habían conocido. Hasta 1814 se le apodaba "el deseado". A partir de entonces "el felón".

FERREIRO, LUIS: Sacerdote espía, enviado por el cabildo compostelano para sobornar a las fuerzas de Porlier. Fue muerto en Órdenes. De apellido supuesto, sólo se conoce su nombre de pila. Luis.

FERROL: Ciudad a 45 kilómetros, por tierra, de La Coruña, y a once por mar.

FIGUERES: Puesto fronterizo con Francia, en Cataluña.

FONDA DE TERÓN: Antigua fonda existente en la calle de la Franja de La Coruña.

FREIRE, BERNARDA: Criada de Josefa Queipo de Llano. La acompañó hasta su muerte.

FREIRE: General español.

FROMISTA DE CAMPOS: Municipio de la provincia de Palencia.

FUENTE: Calle de la. Calleja de la ciudad de Betanzos.

GARCIA, CARLOS: Apodado «el piojo». Jefe de una partida guerrillera que operó en los montes de Galicia. Muerto, en septiembre de 1809 cerca de Lugo, a los 30 años. Antes de la guerra había sido sacristán en el Cebreiro.

GIJÓN: Ciudad asturiana.

HALCONERO, AGAPITO: Criado y amanuense de Juan Díaz Porlier en 1814. Él lo denunció ante la justicia, por unas cartas en las que se conspiraba contra el rey.

HERRERA DE PISUERGA: Municipio de la provincia de Palencia.

HERVES: Colina cercana a Carral.

HIENA: Bergantín con base en Ferrol, que opuso férrea resistencia a la sublevación, no sumándose a ella.

HOSPITALILLO: Calle del casco antiguo de Santiago de Compostela.

IBAÑEZ, RAMON: Hijo del fundador de la fábrica de cerámicas de Sargadelos. Poseía un «pazo» (palacio) en la aldea de San José. Dicha edificación todavía se conserva en buen estado.

IMAZ, JOSE: Comandante general de las fuerzas de guarnición en Santiago de Compostela, en septiembre de 1815.

INFESTO: Municipio asturiano.

JUANA o JUANITA Díaz Queipo: Hija de Juan Díaz Porlier y de Josefa Queipo de Llano. Falleció en Bilbao, el veintitrés de enero de 1814, a los dieciocho meses de vida.

JUDERÍA: Calle de la ciudad vieja de La Coruña.

LA CORUÑA: Ciudad al NO de España, capital de la provincia de ese nombre.

LA FRANCA: Municipio costero de Asturias, lindando con Cantabria.

LA FRANJA: Calle de La Coruña, paralela a la de San Andrés.

LA HABANA: Actual capital de Cuba.

LA MONTAÑA: Municipio del interior de Asturias.

LA PEPA: Sobrenombre dado a la Constitución de Cádiz de 1812.

LAZARETO, LUIS DE: Antiguo soldado del general Porlier, conocido de Diego Carballo da Veiga

LEQUEITIO: Municipio costero de Vizcaya.

LOPEZ ALIA, SINFORIANO: Liberal coruñés, encarcelado en la prisión real de La Coruña. Uno de los principales artífices de la sublevación de 1815.

MARQUÉS DE BAJAMAR: Esteban Porlier de Asteguieta

MIRANDA, DOMINGO: Asistente del capitán Castañera. Asistió a los preparativos de la sublevación de 1815. No se conoce si participó en ella.

MIRANDA, JOSE: Teniente coronel del regimiento de Navarra. Testigo del testamento de Juan Díaz Porlier.

MONDOÑEDO: Municipio del interior de Lugo.

MOORE, JOHN: General inglés, muerto en la batalla de Elviña (La Coruña) en 1809.

MOSCOSO: Coronel. Jefe del ejército español en Asturias en 1810.

MURIELLA: Palacio de la Muriella, en Cangas de Narce. Propiedad de la familia de los condes de Toreno.

MUYAYO: Integrante de origen canario de la partida de Virojo. De unos 40 años de edad, había sido marinero mercante en un navío inglés.

NELLE: Colina cercana a La Coruña, en donde el general Díaz Porlier y su asistente, Diego Carballo da Veiga, esperaron, la noche del inicio de la sublevación, un mensajero de La Coruña. Actualmente, esta colina forma parte del paisaje urbano, encontrándose cruzada por una gran avenida que se llama Ronda de Nelle.

ÓRDENES: Pueblo a 35 kilómetros de La Coruña y a 25 de Santiago de Compostela, en el camino real.

ORTEGA, ALONSO: Coronel. De guarnición en Santiago de Compostela, al mando de la 4ª división de granaderos provinciales. Aunque quiso sumarse a las fuerzas del general Díaz Porlier, no lo consiguió.

OSTALAZA: Sacerdote. Miembro de la camarilla de Fernando VII. Servil y adulador. Confesor del rey.

OVIEDO: Ciudad asturiana.

PACHECO: Dueño del mesón de ese nombre en Órdenes.

PAREDES DE NAVIA: Municipio de la provincia de Palencia.

PASTORIZA: Pueblo cercano a La Coruña, a unos seis kilómetros.

PATIÑO, RUFINO: Conde de Belveder. Por su cobardía e ineptitud, las fuerzas españolas fueron derrotadas en la batalla de Gamonal, perdiendo unos 7.000 hombres.

PEÑAFLOR: Municipio asturiano, cercano a Oviedo.

PEON, JOSE MARIA: Coronel de guarnición en Ferrol. Se sumó a la sublevación del general Porlier.

PEON: Capitán de guarnición en La Coruña. Participó en la revuelta.

PEPITA: Josefa Queipo de Llano.

PEREIRA DE HOYOS, MARÍA: Viuda de Juan de Torezal Díaz Pimienta. Se hizo cargo, desde su nacimiento, de la educación y crianza de Juan Díaz Porlier.

PEREZ, ANASTASIO: Cabo natural de Bilbao. No se sumó a la sublevación, abandonando la formación ante el mismo general Porlier.

PESCADERÍA: Antiguo ensanche coruñés, que ocupaba todo el istmo, desde el fin de la Ciudad Vieja hasta las murallas que lo cerraban, denominadas “del Caramanchón”.

PIOJO: Carlos García.

PLAZA DE LA FUENTE: Plaza de la Horca.

PLAZA DE LA HARINA: Plaza a la que da la fachada principal del palacio de la capitanía general de La Coruña. Hoy se llama plaza de Azcárraga.

PLAZA DE LA HORCA: Plaza situada en el centro de La Coruña, en la que se ajusticiaba a los condenados. También se la conocía como Plaza del Mercado y Plaza de la Fuente.

PLAZA DE SAN JUAN: Plaza de la ciudad de Gijón.

PLAZA DEL MERCADO: Plaza de la Horca.

PLENCIA: Municipio costero de Vizcaya.

PORLIER Y ASTEGUIETA, ESTEBAN: Mariscal de campo, padre de Juan Díaz Porlier.

PORLIER Y ASTEGUIETA, ROSENDO: Oficial de la armada. Hermano de Esteban y tío de Juan Díaz Porlier. Se hizo cargo de la formación militar de su sobrino de 1802 a 1806.

POTES: Municipio de las montañas asturianas.

PRINCIPE DE ASTURIAS: Buque insignia de la armada española en la batalla de Trafalgar.

PUENTE DEL EUME: Municipio costero coruñés, a orillas del río Eume. Actualmente se llama Pontedeume.

PUERTA DE AIRES: Una de las puertas de las murallas de la Ciudad Vieja de La Coruña.

PUERTA DE LA TORRE DE ABAJO: Una de las dos puertas que existían en la muralla que cerraba el istmo que forma la ciudad de La Coruña.

PUERTA DE SAN MIGUEL: Puerta de la muralla de la Ciudad Vieja de La Coruña, enfrentada a la bahía. Junto a ella estaba el embarcadero para el castillo de San Antón.

QUEIJAS: Aldea cercana al alto de Herves, a cinco kilómetros de Carral.

QUEIPO DE LLANO Y RUIZ DE SARABIA, JOSEFA: Esposa de Juan Díaz Porlier, con quien casó por poderes. Hija del VI conde de Toreno. Nació el diez de mayo de 1783 en Oviedo. Murió el veinte de mayo de 1827 en Cangas de Narcea (Asturias). Llamada también, cariñosamente, “Pepita”.

QUINTANA DE VIVOS, QUINTANA DE MUERTOS: Plaza posterior de la catedral de Santiago de Compostela, a la que da la Puerta Santa. Se llama “... de muertos” a la zona en la que existía un cementerio. “...de vivos” es la parte alta de la plaza, desde donde los familiares de los finados, presenciaban los entierros.

RENEDO DE LA VEGA, JACOBO: Teniente coronel que, por poderes, representó a Juan Díaz Porlier en su boda.

RIBADEO: Municipio costero, al N. De la provincia de Lugo.

RIBADESELLA: Municipio costero de Asturias.

ROIZ: Municipio de las montañas de Asturias.

ROJO, ANDRES: Comerciante de La Coruña. Financió y apoyó la sublevación del general Juan Díaz Porlier. Ante el fracaso de la revuelta, se vio obligado a huir a Inglaterra.

ROMAY, RAMON: Coronel de guarnición en Ferrol. Se sumó a la sublevación del general Porlier.

SAENZ DE LA GUARDIA: General gobernador militar de Ferrol en 1815. No se sumó a la sublevación, aunque no opuso resistencia a la salida de unidades de revoltosos rumbo a La Coruña.

SAHAGÚN: Municipio de la provincia de León.

SALDAÑA: Municipio de la provincia de Palencia.

SAN ANDRES: Barrio principal coruñés de la Pescadería. En él existía un cuartel, cuyo solar ahora lo ocupa una iglesia. Está atravesado, longitudinalmente, por una larga calle de ese nombre.

SAN ANTON: Fortaleza —castillo en la bahía de La Coruña. Construido en el siglo XVI sobre un islote, fue prisión militar hasta mediados del XX. Actualmente está unido a tierra. Es un museo.

SAN CEBRIAN DE CAMPOS: Municipio de la provincia de Valladolid.

SAN JOSE: Aldea a caballo entre La Coruña y Pastoriza.

SAN JUAN DE CORIAS: Monasterio de Cangas de Tineo, en donde está enterrada Josefa Queipo de Llano.

SAN MARTÍN PINARIO: Monasterio de Santiago de Compostela, cercano a la catedral.

SAN NICOLAS DE BARI: Parroquia de Bilbao en donde está enterrada Juana, la hija de Juan Díaz Porlier y de Josefa Queipo de Llano.

SANTA LUCIA: Aldea periférica de La Coruña, en donde existía una leprosería.

SANTANDER: Capital de Cantabria, al N de España.

SANTOS: Sargento de infantería.

SANTURCE: Municipio costero de Vizcaya, a dieciséis kilómetros de Bilbao.

SANTURIO Y GARCÍA SALA, MANUEL: Liberal coruñés, encarcelado en la prisión real de La Coruña. Fue ajusticiado en mayo de 1815.

SARANDONES: Aldea cercana a Carral.

SARASOLA, JUAN IGNACIO DE: Rector de la parroquia de Santiago de La Coruña en 1815. Testigo del testamento de Juan Díaz Porlier.

SIGÜEIRO: Aldea distante doce kilómetros de Santiago de Compostela, en el camino real a La Coruña.

SOMIO: Pueblo montañés del interior de Asturias.

SOSTRADA: Capitán. El general Díaz Porlier lo envió a Santiago de Compostela con cartas en las que animaba al coronel Alonso Ortega a sumarse, con sus tropas, a la causa.

SOTO, MANUEL: Vecino coruñés, amigo de Juan Díaz Porlier y Josefa Queipo de Llano. Propietario de una imprenta en donde se elaboraron todos los bandos y las proclamas de la rebelión.

SOULT: Mariscal francés, que persiguió y derrotó a las fuerzas de Moore en La Coruña en 1809.

TABERNA DE SANTIAGO: Taberna existente frente al palacio de la capitanía general de La Coruña, en la plaza de la Harina. Actualmente se ha transformado en una cafetería.

TAZONES: Puerto asturiano, en donde desembarcó el ejército de Galicia en 1812.

TORDESILLAS: Municipio cercano a Valladolid.

TOREZAL DÍAZ PIMIENTA, JUAN DE: Virrey de Cartagena de Indias hasta 1784. Tío de Juana Díaz de Pimienta.

TORRELAVEGA: Municipio de Cantabria, a 27 kilómetros de Santander.

UGARTE: Estafador, confidente y espía. Formó parte de la camarilla de Fernando VII.

VALENÇAY: Municipio francés, en donde Fernando VII disfrutó de su exilio de 1808 a 1814.

VALENCIA: Capital de esa provincia.

VALLADOLID: Capital de esa provincia.

VEEDURIA: Calle de la Ciudad Vieja de La Coruña.

VILLA VERDE: Gran campo cercano a Órdenes. En él acamparon los sublevados

VILLAR URQUIJO, JUAN: Capitán tesorero del general Díaz Porlier.

VIQUEIRA: Dueño del mesón de ese nombre en Órdenes.

VIROJO: Diego Carballo da Veiga.

WELLINGTON: General inglés al mando de las tropas españolas en los últimos años de guerra. Fue nombrado, por las Cortes de Cádiz, generalísimo de los ejércitos españoles.